

RAFAEL ALTAMIRA  
Y LA «RECONQUISTA  
ESPIRITUAL» DE AMÉRICA



*Prólogo de M<sup>a</sup> Ángeles Ayala*

Rafael Altamira y la «reconquista  
espiritual» de América



Eva M<sup>a</sup> Valero Juan

Rafael Altamira y la «reconquista  
espiritual» de América

Prólogo de M<sup>a</sup> Ángeles Ayala

Cuadernos de *América sin nombre*

# Cuadernos de *América sin nombre*

dirigidos por José Carlos Rovira

Nº 8

## COMITÉ CIENTÍFICO:

Carmen Alemany Bay

Miguel Ángel Auladell Pérez

Beatriz Aracil Varón

Eduardo Becerra Grande

Teodosio Fernández Rodríguez

Virginia Gil Amate

Aurelio González Pérez

Rosa Mª Grillo

Ramón Lloréns García

Remedios Mataix Azuar

Ramiro Muñoz Haedo

María Águeda Méndez

Francisco Javier Mora Contreras

Nelson Osorio Tejada

Ángel Luis Prieto de Paula

Francisco Tovar Blanco

Eva Mª Valero Juan

Esta publicación es un primer desarrollo de dos becas postdoctorales: la de la Fundación Caja Madrid, concedida en diciembre de 2001 y desarrollada sólo hasta el 31 de abril de 2002, al obtener la beca del MECD (EX2002-0450) en la Universidad Autónoma de Madrid, a partir del 1 de mayo de 2002 y todavía vigente.

El trabajo está integrado además en las actividades de la Unidad de Investigación de la Universidad de Alicante «Recuperaciones del mundo precolombino y colonial en el siglo XX hispanoamericano» y en el proyecto «Creación de un corpus textual sobre recuperaciones del mundo precolombino y colonial en los siglos XIX y XX hispanoamericanos y edición digital de los textos sobre el argumento» (MECD, BFF2002-01058).

Los cuadernos de *América sin nombre* están asociados al Centro de Estudios Iberoamericanos Mario Benedetti.

Cubierta: Litografía decorativa de la compañía cigarrera «La perla cubana»  
(perteneciente a la colección de Florencio Giménez)

© Eva Mª Valero Juan

I.S.B.N.: 84-7908-755-2

Depósito Legal: MU-1356-2003

Fotocomposición e impresión: Compobell, S.L. Murcia

## *Índice*

Prólogo .....	11
Introducción .....	17
1. Latinos y anglosajones: contextos para una reconquista .....	33
2. El americanismo regeneracionista: hacia una «modalidad hispana» supranacional .....	47
3. La política pedagógica hispanoamericanista ...	69
4. Altamira y la «confederación intelectual» hispano-americana del 900 .....	81

5. Rafael Altamira y Fernando Ortiz: una polémica por la reconquista de América .....	99
SELECCIÓN DE TEXTOS .....	151
RAFAEL ALTAMIRA	
«Nuestra política americanista», capítulo III, <i>Cuestiones hispano-americanas</i> .....	153
Lo que debe hacer y lo que ha hecho España, capítulo VI (fragmento), <i>España en América</i> ..	161
Conferencia dada en la Universidad de La Habana: «La obra americanista de la Universidad de Oviedo» (fragmentos), <i>Mi viaje a América</i> ....	169
<i>La huella de España en América</i> (fragmentos) ....	177
Cómo concibo yo la finalidad del hispanoamericanismo (fragmentos) .....	185
FERNANDO ORTIZ	
Selección de artículos de <i>La reconquista de América. Reflexiones sobre el panhispanismo</i> ..	191
BIBLIOGRAFÍA .....	235

Como alguien ha escrito, «todos los libros tienen una historia». Y en esta ocasión la historia surge de un lazo de unión personal con Altamira que tiene que ver con un espacio común y un tiempo compartido a través del recuerdo de nuestros antepasados. Una persona muy querida me acompañó un día a visitar el lugar donde reposan los padres de Altamira en el pueblo de El Campello, y conocí también el espacio de la finca familiar desde la que el joven Altamira encontró la inspiración de su «paisaje del alma» para ensayar sus primeras páginas literarias; de aquel día y aquel lugar surgieron las historias vividas, los recuerdos de las visitas de Altamira a El Campello, los homenajes y discursos, las divertidas y entrañables anécdotas de Altamira con la gente del pueblo...; de aquellas conversaciones surgió también la idea de este libro, cuando a la historia personal se unió mi descubrimiento de América en el pensamiento y la vida de Rafael Altamira. México había sido su último destino, pero en aquel pequeño pueblo costero de su infancia, su presencia no siempre cayó en el olvido. Por fortuna, el recuerdo con el que mi abuelo pintó, entre papeles y palabras, su figura, me sugirió la posibilidad de este estudio. A sus recuerdos debo el origen de esta investigación, y a su memoria dedico las páginas de este libro.





## *Prólogo*

El Cincuentenario de la muerte de Rafael Altamira Crevea (1866-1951) ha sido una excelente ocasión para que estudiosos y admiradores de la obra jurídica, histórica, pedagógica y literaria de este intelectual llevaran a cabo, a lo largo de la geografía española, diferentes actos y homenajes con la clara intencionalidad de rescatar de un injusto olvido su figura. Homenajes a los que la propia Universidad de Alicante se ha sumado con la celebración en diciembre del pasado año de un Congreso Internacional en el que se ahondó en el estudio de las aportaciones más relevantes de este liberal y pacifista. Así, pues, escribir unas líneas como introducción al trabajo serio y meticuloso realizado por Eva Valero es motivo de enorme satisfacción, ya que me permite, de nuevo, rendir mi tributo de admiración a un intelectual demasiado desconocido para

la mayoría de los españoles de nuestra época. Es evidente que el tiempo no ha jugado a favor de Altamira, pues si su figura era admirada en la España de finales del siglo XIX y primeras décadas del XX, a raíz de su exilio en México en 1944 su obra fue silenciada sistemáticamente, sin que la llegada de la democracia a nuestro país diese paso al inicio de un proceso de recuperación de su figura, tal como ha sucedido con otros intelectuales que vivieron un silencio similar al sufrido por Altamira. Un intelectual como Altamira que escribió de literatura, de historia de España, de pedagogía, de Hispanoamérica, de política, de relaciones internacionales y que alcanzó el reconocimiento internacional con obras como la magna *Historia de España y la civilización española*, *España y el programa americanista* o *La política de España en América*, bien merece el esfuerzo de todos para tratar de divulgar sus ideas y que sus obras se integren en el patrimonio cultural de los españoles.

El trabajo riguroso e innovador que Eva María Valero Juan nos presenta en *Rafael Altamira y la «reconquista espiritual» de América* se centra en una de las facetas más ilustrativas del quehacer de un intelectual que a finales del siglo XIX deseaba por encima de todo que su patria volviese a recuperar su puesto en el concierto de las naciones civilizadas, lugar al que accedería sólo a través de una regeneración moral, política, económica y social. En el famoso discurso leído por Altamira en la apertura del curso 1898-1899 en la Universidad de Oviedo expone las dos condiciones ineludibles para alcanzar esa regeneración

nacional. En primer lugar era preciso restaurar el crédito de nuestra historia, con el fin de devolver al pueblo español la fe en sus cualidades innatas. En segundo lugar, entender la historia no como mirada retrospectiva hacia el pasado, sino como ciencia que permite aferrarse a un futuro de progreso conforme a nuestro genio nacional. Las antiguas colonias españolas del continente americano son para Rafael Altamira parte fundamental de esa historia y de esa raza o genio nacional, de ahí que el escritor insista en el citado discurso en la necesidad de establecer una política pedagógica que sea útil para recuperar, sobre la base de un sustrato ético y cultural común, los lazos entre España y sus antiguas colonias. Eva Valero centra su trabajo en esta interesantísima cuestión, analizando las repercusiones del viaje que Rafael Altamira emprende, ejerciendo de enviado especial de la Universidad de Oviedo, a tierras americanas entre junio de 1909 y marzo de 1910 y que, sin duda, supone el inicio de una etapa de acercamiento de España al continente iberoamericano. Un encuentro basado, tal como Altamira pretendía y expuso en *España y el programa americanista*, en el conocimiento profundo de la singularidad de cada país hispanoamericano. Eva Valero sitúa con todo acierto la labor americanista de Altamira tanto dentro del clima de pesimismo nacional que surge en España tras la pérdida de las últimas colonias, como en el ámbito de la polémica que se desarrolla entre los partidarios de afianzar la unión con los EE. UU. y los defensores de la tradición hispana y que, tal

como señala Eva Valero, no es más que la expresión del modo en que se estaba gestando la nueva identidad de la América Latina desde finales del siglo XIX.

Tras pasar revista pormenorizadamente a obras y discursos como *Cuestiones hispanoamericanas* (1900), *España en América* (1908), *Mi viaje a América* (1911), *España y el programa americanista* (1917), *Trece años de labor americanista docente* (1920), *La huella de España en América* (1924), *Cómo concibo yo la finalidad del hispanoamericanismo* (1927), *Últimos escritos americanistas* (1929), *La enseñanza de las instituciones de América* (1933), etc., Eva Valero sintetiza con brillantez las ideas más destacadas que sustentan el americanismo de Altamira y la defensa que éste hace de la necesidad de una política de colaboración pedagógica que contribuya al acercamiento de todos los países del ámbito latino o hispano.

Especialmente significativos son los dos últimos capítulos del presente trabajo. En el primero de ellos Eva Valero ofrece los testimonios de los reformadores de un lado y otro del Atlántico —Clarín, Unamuno, Ganivet, Rodó, Palma, García Calderón, Gálvez, Rojas, Reyes, entre otros— dispuestos a superar el pasado y favorecer la hermandad entre todos los países hispanos, pensadores que con diversos matices coinciden en términos generales con la postura panhispanista de Altamira. Es obvio que no todos los intelectuales aceptaron esta propuesta abanderada por Altamira, defendiendo, por el contrario, una identidad propia, libre tanto del imperialismo español como

del anglosajón. Este sería el caso del Fernando Ortiz, ensayista cubano al que Eva Valero dedica un exhaustivo análisis, utilizando para ello materiales inéditos u olvidados hasta el presente momento y que aparecen parcialmente reproducidos junto a los pertenecientes a Altamira en el anexo final del libro.

Como resumen final quisiera señalar que estamos ante un excelente trabajo de investigación que arroja nueva luz sobre Rafael Altamira. Sin duda servirá de estímulo a quienes deseamos ahondar en la obra de este intelectual que en los últimos cincuenta años no ha recibido en España la atención que su vida y obra merece.

M<sup>a</sup> DE LOS ÁNGELES AYALA  
Universidad de Alicante



## INTRODUCCIÓN

*Seamos más y más cultos,  
para ser más y más libres.*

Fernando Ortiz

La disyuntiva entre hispanismo y americanismo –tantas veces conciliada por la crítica en la figura de Rafael Altamira (1866-1951)– genera el primer interrogante al abordar los diferentes discursos de recepción del hispanismo abanderado por Altamira en tierras americanas entre 1909 y 1910. Ante el talante progresista y moderno del intelectual alicantino, reconocido como una de las figuras más dinámicas del regeneracionismo español, la lectura de las primeras líneas de su *Psicología del pueblo español* (1902) podría suscitar el desconcierto cuando se trata de profundizar en su faceta americanista y en la relación que mantuvo con los intelectuales hispanoamericanos del momento, objetivo principal de este trabajo: «Escribí el presente libro en aquel terrible verano de



1898, que tan honda huella dejó en el alma de los verdaderos patriotas»<sup>1</sup>.

¿Desde qué perspectiva debe entenderse que Altamira, apóstol del hispanoamericanismo en España, califique de «terrible» la fecha de la independencia de las últimas colonias, rezagadas con respecto a las jóvenes repúblicas hispanoamericanas que se habían emancipado en las primeras décadas del siglo XIX? Para responder a esta pregunta cualquier visión anacrónica distorsionaría la interpretación de una frase cuyo lamento se refiere, fundamentalmente, a la derrota frente a EE. UU. en la guerra de la independencia cubana; y, en un sentido más amplio, a las circunstancias históricas en las que Altamira comienza a desarrollar el discurso americanista, central, por otro lado, en su concepción de la historia y de la civilización españolas. La apreciación extemporánea reclama por tanto la necesidad de calibrar los factores del contexto histórico que determinan la psicología de la España del *desastre*.

1898, con la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, clausuraba el imperio y se convertía en la fecha detonante de una crisis de las conciencias que, agravada por la decadencia económica y sociopolítica de la nación, devendría endémica en el período de entresiglos<sup>2</sup>. Ante

---

<sup>1</sup> Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998, p. 53.

<sup>2</sup> Véase Juan Pan-Montojo (coord.), *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*, Madrid, Alianza, 1998.

este panorama, los españoles asumieron la depresión con matices distintos, según se tratara de los sectores más conservadores o de las fuerzas intelectuales progresistas del país. Pero si había algún factor común entre ellos, era sin duda la amargura ante una crisis nacional que elevó la palabra *pesimismo* al gobierno espiritual de una época; depresión que fue enfrentada por la intelectualidad peninsular desde diversos ángulos. La conclusión a la que pretendo llegar es que «aquel terrible verano de 1898» hay que entenderlo, en las palabras de Altamira, como expresión de un período profundamente contradictorio en el que el lamento ante el descalabro final de la patria no conllevaba necesariamente una actitud imperialista, sino que expresaba el sentimiento doloroso de la depresión nacional<sup>3</sup>, del que emergió una reacción de propensión utópica hacia la regeneración:

... acometí entonces –continúa Altamira– la traducción de los *Discursos* de Fichte. No es que yo acariciase la idea suicida de un desquite militar o de un renacimiento del imperialismo como al fin [...] vino a provocar la doctrina de Fichte. Lo que yo soñaba era nuestra regeneración interior, la corrección de nuestras faltas, el esfuerzo vigoroso que había de sacarnos de la honda decadencia nacional, vista y acusada, hacía ya tiempo, por muchos de

---

<sup>3</sup> Cf. Ricardo Viñalet, *Fernando Ortiz ante las secuelas del 98. Un regeneracionismo transculturado*, La Habana, Fundación Fernando Ortiz, 2001, p. 33.

nuestros pensadores y políticos, negada por los patrioterros y egoístas, y puesta de relieve a los ojos del pueblo todo, con la elocuencia de las lecciones que da la adversidad, a la luz de los incendios de Cavite y de los fogonazos y explosiones de Santiago de Cuba<sup>4</sup>.

El pesimismo ante la realidad imponía, en el pensamiento de Altamira, el necesario optimismo del ideal y, desde un posicionamiento social comprometido, diagnosticó con sus compañeros de generación los famosos «males de la patria» –la corrupción, la abulia, el dogmatismo religioso, el conformismo, la mediocridad...– para desarrollar una regeneración que superase el pesimismo de la psicología española del 98. Desde esta postura ética e intelectual, Altamira opuso ante el pesimismo aniquilador la fuerza constructiva de la voluntad:

... aun concedido que la leyenda respecto a nuestro pasado es falsa [...], y también que el pueblo español demostró plenamente, en otros siglos, cualidades relevantes y prestó servicios eminentes a la civilización del mundo, no pocos de nuestros pesimistas creen que el resultado de nuestra decadencia, desde mediados del siglo XVII, ha sido traernos a una situación de espíritu incorregible, que nos condena a estancamiento perpetuo o, cuando menos, sin fecha presumible de terminación<sup>5</sup>.

---

<sup>4</sup> Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*, ed. cit., p. 53.

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 131.

Nuestra derrota de 1898 produjo dos movimientos opuestos: uno, pesimista, que prestó colores de verdad a todas las opiniones afirmativas de una [in]capacidad esencial de raza para adaptarnos a la civilización moderna; otro, de reacción contra ese pesimismo, de esperanza en un porvenir mejor, el cual llevaba en su fondo, más o menos consciente, la creencia en cualidades fundamentales de nuestro espíritu aptas para todo progreso. De ahí la palabra *regeneración*, que entonces se hizo común y corriente<sup>6</sup>.

Este segundo movimiento se sustentaba en tres pilares básicos, íntimamente relacionados en su ideario regenerador. La frase del cubano Fernando Ortiz que encabeza esta introducción —«Seamos más y más cultos, para ser más y más libres»— resume el ideal de Altamira, que desarrolló a través de un proyecto pedagógico basado en una educación igualitaria y accesible para toda la masa del país como único vehículo para la creación de una sociedad culta y libre. Pero si ésta es una de las piedras angulares de su proyecto regenerador, en el segundo fragmento citado se descubren esos otros dos pilares que contienen el significado de la disyuntiva entre hispanismo y americanismo, planteada como problema cardinal al abordar la faceta hispanoamericanista de Altamira. Para consolidar la «creencia en cualidades fundamentales de nuestro espíritu aptas para todo progreso», los andamios cruciales en el ideario

---

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 45.

de Altamira eran dos y dependían el uno del otro: la búsqueda y la redefinición de la *identidad* nacional que debía apoyarse en los rasgos positivos desarrollados por la comunidad; y la concepción de la *historia* como eje para la transformación social basada en la reivindicación del poder civilizador español a través de los tiempos y, especialmente, en la acción llevada a cabo en América durante los siglos de la Colonia. Fusionando estos dos objetivos, Altamira escribe en su *Psicología del pueblo español*:

... por muy honda que supongamos la decadencia, nada arguye contra la realidad de nuestro poder civilizador durante siglos, y no puede, por tanto, destruir la esperanza de un renacimiento [...] ni fundamentar la suicida hipótesis de una ineptitud constitucional<sup>7</sup>.

Sobre esta reivindicación identitaria e histórica Altamira erige su noción de «modalidad hispana» supranacional, destinada a enaltecer un espíritu común hispano-americano y a vigorizar la creencia en las cualidades de un pueblo herido por el *desastre*. Pero será también esta reivindicación –que partiendo de la rectificación del pasado y de la búsqueda en las raíces positivas pretendía encomiar las cualidades de la *raza* para redefinir su identidad presente– la que genere la problemática principal en el diálogo entre España y América desde 1898, enraizada en los debates sobre la identidad

---

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 128.

que se desarrollan a ambos lados del Atlántico y que polarizan la disyuntiva entre hispanismo y americanismo. Altamira fue el abanderado de este diálogo desde que en 1909 fue enviado por la Universidad de Oviedo a tierras americanas, donde la defensa de *lo hispánico* era asimilada, rechazada o conciliada en el proceso de definición de las identidades nacionales hispanoamericanas.

En esta encrucijada, la recuperación de esta personalidad fundamental en la historia de España arroja luz sobre el fin de siglo hispanoamericano y la relevancia de los procesos culturales de Europa y América, desarrollados ampliamente por una extensa bibliografía ensayística sobre la polémica más significativa de la época: la que enfrenta a latinos y anglosajones como dos culturas opuestas tanto por las formas de vida que las caracterizan como por los acontecimientos históricos que detonaron dicho enfrentamiento.

Precisamente es en el año 1898 cuando Altamira, que en 1897 había ganado la Cátedra de Historia del Derecho Español en la Universidad de Oviedo, abre el curso académico 1898-1899 con el discurso titulado *Universidad y Patriotismo*<sup>8</sup>, donde diserta sobre la necesidad de una «política pedagógica» para restablecer los lazos entre España y las naciones hispanoamericanas, sobre la base del común sustrato ético-cultural. Como ha expuesto Santia-

---

<sup>8</sup> Se reimprimió con el título de *El patriotismo y la Universidad* en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, t. XXII (1898).

go Melon Fernández en su libro *El viaje a América del profesor Altamira*, «el discurso de 1898 es el primer paso ostensible de la política americanista de la Universidad de Oviedo»<sup>9</sup> y constituye el precedente de la relevante labor americanista de Altamira en este momento decisivo de la historia; labor desarrollada con perseverancia tanto en la práctica de su viaje a América, entre junio de 1909 y marzo de 1910<sup>10</sup>, como en las posteriores publicaciones sobre las relaciones culturales entre España y América y la necesidad de un programa americanista.

Para hablar de la función de Altamira en el ámbito del hispanoamericanismo español en las primeras décadas del siglo XX, es preciso recordar las evidentes limitaciones de la política internacional española de la época, que obstaculizaban la puesta en práctica de una verdadera política de orientación hispanoamericanista<sup>11</sup>. Y, seguramente, uno de los obstáculos que truncaban esta posibilidad era el desconocimiento de la realidad americana por parte de los peninsulares, quienes proyectaban la versión oficial

---

<sup>9</sup> Santiago Melon Fernández, *El viaje a América del Profesor Altamira*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1987, p. 17.

<sup>10</sup> Toda la documentación relativa a este viaje la recopiló el autor en *Mi viaje a América*, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1911.

<sup>11</sup> Véase Daniel Rivadulla Barrientos, «La naturaleza del hispanoamericanismo español, 1900-1918», en su libro *La «amistad irreconciliable». España y Argentina, 1900-1914*, Madrid, Editorial MAPFRE, 1992, pp. 59-80.

de un hispanoamericanismo quimérico, desprovisto de medios prácticos y objetivos concretos. En este ámbito, el viaje de Rafael Altamira a América, a modo de embajador o enviado especial de la Universidad de Oviedo, constituye un hecho de crucial relevancia, dado que se ubica en los orígenes de una vocación hispanoamericanista en España.

Como veremos, esta vocación no estuvo exenta de discrepancias ideológicas derivadas de su reivindicación hispanista en tierras americanas, pero, en cualquier caso, se gestó y desarrolló en el conocimiento directo de la realidad americana para la posterior reflexión y sistematización de los vínculos con España y la articulación de un pensamiento práctico que los consolidara. Altamira insiste en este sentido a lo largo de toda su obra, por ejemplo, en *España y el programa americanista* escribe: «El único hispano-americanismo eficaz es el que conoce concretamente la singularidad de cada país y de los problemas económicos, sociales y políticos que lo caracterizan»<sup>12</sup>. Como ha destacado Daniel Rivadulla, el viaje de Altamira, unido a los viajes de quienes siguieron sus mismos pasos en el periplo americano, llegó «en el momento decisivo en el cual se refuerza, aflora o cristaliza una tendencia; en el caso de alguna de las más destacadas personalidades de la élite pensante española de la época, su primer viaje a Amé-

---

<sup>12</sup> Rafael Altamira, *España y el programa americanista*, Madrid, Editorial América, 1917, p. 76.



rica tuvo la máxima importancia en el plano vital y en su trayectoria intelectual»<sup>13</sup>. Sin duda, estas palabras son exactas en lo que respecta al futuro de Altamira a partir de aquellos años, ya que desde su primer viaje a América afianza el americanismo como campo principal de su actividad, estableciendo el lazo intelectual que, tras la Guerra Civil española y la II Guerra Mundial, marca el destino de sus últimos días como exiliado en México (entre 1945 y el año de su muerte, 1951), período final en el que desarrolla una prolífica actividad intelectual.

El estudio de las conferencias impartidas en los diferentes países que visitó (Argentina, Uruguay, Chile, Perú, México, Cuba y Estados Unidos) y de los artículos de colaboración en la prensa hispanoamericana<sup>14</sup>, o un recorrido por las actividades desarrolladas en lo referente a su campaña de acercamiento entre España e Hispanoamérica<sup>15</sup>, dan la

---

<sup>13</sup> Daniel Rivadulla, *op. cit.*, p. 70.

<sup>14</sup> Por ejemplo, en *El Libro* (Buenos Aires), *Anales*, (Buenos Aires), *La Nación* (Buenos Aires), la *Revista del Círculo Médico Argentino y Centro de Estudiantes de Medicina* (Buenos Aires), la *Revista Universitaria* de Lima o *El Monterrey* (México), etc.

<sup>15</sup> Se podría recordar, por ejemplo, una larga lista de acuerdos de intercambio de profesores, publicaciones y colaboraciones diversas; el nombramiento como miembro honorario de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Santiago; el proyecto de creación del Instituto Español-Chileno; el nombramiento como Doctor «honoris causa» por la Facultad de Letras de la Universidad de Lima; el nombramiento como profesor titular de la Cátedra de Historia del Derecho en la Universidad Nacional de México; la reorganización de la Extensión Universitaria en el Colegio Nacional Oeste de Buenos Aires, etc.

medida del americanismo de Altamira, cuyo ideario plasmó además en diversas obras sobre las relaciones culturales entre España y América. Desde su exilio mexicano esta orientación americanista continuó dando sus frutos, y no me refiero sólo a los resultados bibliográficos, sino también al hecho de que Altamira, fiel a su talante dinámico y a su inquebrantable vocación pedagógica, todavía tuvo tiempo suficiente para crear escuela. Las siguientes líneas de uno de sus discípulos más destacados, el historiador mexicano Silvio Zavala, resumen la relevancia de la trayectoria americanista de Altamira desde la admiración y la conexión ideológica que le unió con su maestro:

Dos veces visitó Altamira las tierras de Hispanoamérica. El primer viaje fue más extenso, juvenil y fértil. Un profesor español de 43 años, bien preparado en filosofía, derecho, historia y literatura, siente la atracción del amplio mundo por el que se había extendido la civilización de su patria, y lo recorre a fin de poder penetrarse más íntimamente del carácter y de las obras del pueblo español. Esta acción sencilla deja en su formación un sello indeleble. Él predica a sus compatriotas que el conocimiento de la historia hispánica debe ganarse en España y también en América. Dedicará largos años de magisterio a comunicar esta lección a discípulos peninsulares, americanos y oceánicos. Y recogerá en su literatura histórica los frutos de esta vasta experiencia.

*Logra así iniciar un hispanoamericanismo de cultura, entendimiento y optimismo sobre un fondo histórico ensombrecido por las luchas del pasado y por los fracasos de los países hispánicos a uno y otro lado del Atlántico*<sup>16</sup>.

Sin embargo, no todos los intelectuales latinoamericanos concibieron del mismo modo el hispanoamericanismo de Altamira. Algunos de ellos mantuvieron posiciones claramente antagónicas con respecto a su reivindicación hispanista en suelo americano y, por tanto, contrarias a esa concepción expresada por Silvio Zavala sobre la visión idealista de Altamira como portavoz español del nuevo hispanoamericanismo «de cultura, entendimiento y optimismo» desde principios del siglo XX. Quizá esta última sea la visión que ha prevalecido en los estudios sobre la faceta americanista de Altamira. De ahí la necesidad de conducir la investigación hacia la otra ribera del Atlántico para revisar esa controvertida «mirada del otro», imprescindible en el diálogo cultural entre España y América Latina; es decir, para analizar no sólo las afinidades ideológicas y el abrazo fraterno con que muchos intelectuales americanos recibieron a Altamira, sino también el choque frontal con aquellos otros que pretendían «desespañolizar América»:

---

<sup>16</sup> Silvio Zavala, «El americanismo de Altamira», en Javier Malagón y Silvio Zavala, *Rafael Altamira y Crevea. El historiador y el hombre*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 1986, p. 17. La cursiva es mía.

Lo único cierto en este asunto —escribe Altamira— es que existen en América hombres, y a veces corrientes de opinión, que, convencidos o no de lo que dicen (en algunos casos son *boutades* y gestos de malhumor, compatibles con el cariño a España y hasta con una fuerte influencia de españolismo), repiten la consabida leyenda de nuestro atraso y nuestro sentido *viejo* y antimodernista, o movidos por restos de antiguas animosidades políticas, que por fortuna ya no siente la mayoría, creen útil y hasta patriótico desespañolizar América, y para eso necesitan sostener que no servimos para nada en la obra actual de la civilización espiritual y material. La existencia de esos casos es indudable, y tenerlos en nada sería indiscreto y temerario; pero no son, ni con mucho, expresión de opiniones generales y difundidas, hasta el punto de impedirnos toda acción en América y convertir en vana la pretensión del hispanoamericanismo<sup>17</sup>.

Esta discusión era inevitable si tenemos en cuenta que nos hallamos en los albores del siglo XX, cuando emerge el debate contemporáneo sobre la identidad de América Latina, que coincide con la crisis de la identidad nacional española y con su complejo proceso de redefinición. Evidentemente, la disparidad en la recepción del hispanismo en los países hispanoamericanos dependió de los procesos históricos en que se desarrolló la emancipación política e intelectual de España desde la segunda década del siglo XIX.

---

<sup>17</sup> Rafael Altamira, *España y el programa americanista*, ed. cit., pp. 9-10.

En la evolución de este estudio, el hallazgo sorprendente de algunos textos imprescindibles en los que se gesta dicho debate –*La reconquista de América* (1911) del cubano Fernando Ortiz es el libro central sobre la discusión con los planteamientos de Altamira– dirigió mi investigación hacia la necesaria revisión del americanismo del polígrafo alicantino desde una perspectiva hispanoamericana: fundamentalmente la de Ortiz como portavoz de la ansiada independencia intelectual con respecto a España (tras la independencia política) para la consolidación de la identidad nacional cubana. Lejos de mitificaciones infructuosas o de reivindicaciones reduccionistas y empobrecedoras de la figura de Altamira y su acción americanista, la perspectiva se dirige por tanto hacia el estudio de las distintas «miradas del otro» que, desde los diferentes países latinoamericanos, posibilitan una nueva visión. Al reencuentro ideológico de intelectuales españoles e hispanoamericanos desde principios de siglo –por ejemplo, la confraternidad ideal entre Altamira y el uruguayo José Enrique Rodó– se une la polémica ante los peligros de la ansiada reconquista espiritual de América preconizada por un grupo de intelectuales españoles desde finales del siglo XIX<sup>18</sup>; discusión que enriquece sustancialmente el cuadro

---

<sup>18</sup> «En efecto –escribe Christopher Schmidt-Nowara–, muchos españoles soñaban con reafirmar la grandeza americana de su país mediante cierta forma de liderazgo cultural de la América hispanoparlante frente al gigante protestante y anglosajón, cada vez con mayor influencia. A partir de 1898, este colonialismo cultural era la única alter-

de las relaciones entre España y América Latina desde la fecha emblemática de 1898.

Esta revisión se centra necesariamente en las dos primeras décadas del siglo XX, con especial atención a las consecuencias del viaje de Altamira a América en 1909-1910, cuando se cumplía la centuria del proceso emancipador hispanoamericano. Pero para poder comprender el signo del discurso de Altamira sobre la relación España-América en pleno siglo XX, es indispensable abordar su concepción histórica de los siglos de la Colonia, indisolublemente ligada a su proyecto americanista de futuro. Y es igualmente necesaria una valoración de su pensamiento evitando apreciaciones anacrónicas que distorsionen una visión en la que el contexto histórico es determinante.

Se trata por tanto de entender y enlazar el americanismo de Altamira —como hilo conductor que define su concepción de la historia—, con el conflictivo proceso de la redefinición de las identidades nacionales tanto hispanoamericanas como española, es decir, con la problemática discusión histórica en la que conceptos como *patriotismo*, *españolismo* o *raza*, tan en boga a principios de siglo, polarizan el debate entre hispanófilos e hispanófobos sobre la base de la asimi-

---

nativa de que disponía España en América y atrajo a intelectuales destacados de la izquierda y la derecha, como Rafael Altamira, Ramiro de Maeztu, Ernesto Giménez Caballero y José Ortega y Gasset. «Imperio y crisis colonial», en Juan Pan-Montojo (coord.), *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*, ed. cit., p. 84.

lación, el rechazo o la asunción ecuaníme de la influencia de España en América tras la Emancipación.

Para recorrer los caminos divergentes que conducen este debate considero necesaria la inclusión de aquellas citas, en ocasiones extensas, que esclarecen con mayor exactitud las ideas americanistas de Altamira y de los intelectuales hispanoamericanos que participan como figuras principales en la discusión planteada. Además, incluyo como anexo una selección de textos de Rafael Altamira y Fernando Ortiz que atañen exclusivamente a la temática abordada en este libro, esenciales para que el lector pueda acceder directamente al pensamiento de estos autores y contrastar personalmente las diferentes visiones que animan la polémica –tan rica en matices– sobre «la reconquista de América» desde las primeras décadas del siglo pasado.

Por último, quiero agradecer desde estas páginas la inestimable ayuda de Pilar Altamira –nieta del pensador– desde los comienzos de este trabajo, fundamental para el hallazgo de materiales de difícil acceso que sin duda han sido determinantes en la evolución de la investigación; también le agradezco su constante atención y las conversaciones en las que la presencia de Altamira cobra la dimensión del intelectual cuya vida, obra y memoria estuvo profundamente marcada por la historia nacional: la Guerra Civil española y la dictadura no sólo motivaron su definitivo exilio mexicano sino que también provocaron un vacío de su memoria que las investigaciones de las últimas décadas comienzan a clausurar.

## 1. LATINOS Y ANGLOSAJONES: CONTEXTOS PARA UNA RECONQUISTA

*Eres los Estados Unidos,  
eres el futuro invasor  
de la América ingenua que tiene sangre indígena,  
que aún reza a Jesucristo y aún habla en español.*

Rubén Darío, «A Roosevelt»

El 20 de mayo de 1898 Rubén Darío publicó en *El Tiempo* (Buenos Aires) un artículo titulado «El triunfo de Calibán», donde el vate nicaragüense planteaba la necesidad de unión de la raza latina frente a la prepotencia imperialista del enemigo común, encarnado en Calibán-EE. UU.; una más de las múltiples manifestaciones del conflicto finisecular entre el panamericanismo desplegado por EE.UU. tras la guerra de Cuba —a través de la Unión Panamericana y la doctrina «Monroe»—, y el iberoamericanismo meridional: «No, no puedo, no quiero estar de parte de esos búfalos de dientes de plata. Son enemigos míos,



son los aborrecedores de la sangre latina, son los Bárbaros. Así se estremece hoy todo noble corazón, así protesta todo digno hombre que algo conserve de la leche de la loba»<sup>1</sup>. En el ámbito de esta polémica, y en el resurgimiento de ese hervor de lo hispano-latino, la acción americanista desarrollada desde principios de siglo por Rafael Altamira y su plasmación en una amplia bibliografía sobre las relaciones entre España y América desde los tiempos de la conquista, plantea la necesidad de una reflexión sobre la recepción de su discurso en distintos países de América Latina, imprescindible para un acercamiento a su faceta americanista. Como he adelantado, esta recepción generó posicionamientos contrapuestos y polémicos que se vinculaban, directamente, con la gestación de la identidad latinoamericana, es decir, con la definición del concepto de América Latina desde finales del siglo XIX. Pero para abordar los encuentros y desencuentros de Altamira con los intelectuales latinoamericanos del momento, enraizados en los debates sobre la identidad, así como en la reivindicación de una nueva «españolidad» regeneradora del maltrecho espíritu nacional, ciertas claves del contexto histórico son, por supuesto, absolutamente imprescindibles.

Parece redundante insistir en la relevancia de 1898 como fecha emblemática que genera la paradoja del resur-

---

<sup>1</sup> Rubén Darío, «El triunfo de Calibán» (1898). En Sonia Mattalía, *Modernidad y fin de siglo en Hispanoamérica*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1996, pp. 179-182.

gimiento de América en el imaginario español, precisamente cuando se extinguían los últimos vestigios del imperio americano de España. Y parece redundante también abundar en la coyuntura que marca el año 1898 como momento que propicia el restablecimiento de un diálogo cultural entre intelectuales de España y América Latina, respuesta a la manida polémica entre la cultura expansiva anglosajona y la tradición humanista de la cultura latina. Sin embargo, es ineludible acudir a estas paradojas de la historia para poder entender el sesgo que tomaron las relaciones intelectuales entre España y América Latina desde la pérdida de las últimas colonias.

Durante las últimas décadas del siglo XIX, el decaimiento de los países latinos europeos se manifestó a través de sucesivas derrotas —la francesa frente a Alemania en 1870, la italiana en Adua<sup>2</sup> en 1896 y el descalabro español de 1898—, que se convierten en detonantes de esa fractura cultural desarrollada en los ámbitos intelectuales europeos a través de la polémica entre las dos civilizaciones principales: la latina frente a la anglosajona y germánica<sup>3</sup>. Una amplia bibliografía recorre esta polémica desde

---

<sup>2</sup> Adua es la ciudad de Etiopía en la que el ejército etíope, comandado por Menelik II, derrotó en 1896 a los italianos, al mando del general Barattieri.

<sup>3</sup> En el artículo de Lily Litvak titulado «Latinos y anglosajones: una polémica de la España de fin de siglo», la autora realiza un enjundioso estudio sobre el tema, desarrollado durante los años que rodean el cambio de siglo en libros de las más diversas procedencias. Lily Litvak,

distintos puntos de vista que dan cuenta de la existencia, a principios de siglo, de una corriente ensayística destinada a penetrar en las motivaciones profundas de la oposición latinos-anglosajones. Sirvan de ejemplo algunos de los títulos y autores principales: *Leyes psicológicas de la evolución de los pueblos* (1894), de Gustave Le Bon; *En qué consiste la superioridad de los anglosajones* (1897), de Edmond Demolins, que generó como respuesta el libro del argentino Víctor Arreguine, *En qué consiste la superioridad de los latinos sobre los anglosajones* (1900); *A ilusão americana* (1893<sup>4</sup>), del brasileño Eduardo Prado; *El continente enfermo* (1899), del venezolano César Zumeta; *La decadencia de las naciones latinas* (1900), de G. Sergi; *La americanización del mundo* (1902), del venezolano Rufino Blanco Fombona; *Pueblo enfermo* (1909), del boliviano Alcides Arguedas; *América Latina: ante el peligro* (1914), de Salvador R. Merlos; *Yanquilanda bárbara; la lucha contra el imperialismo* (1922), del argentino Alberto Ghirardo; *Nuestra América* (1903), del argentino Carlos Octavio Bunge (con prólogo de Rafael Altamira), que denuncia los defectos de las dos razas, hispánica e indígena: pereza, tristeza y arrogancia, como rasgos con-

---

*España 1900. Modernismo, anarquismo y fin de siglo*, Barcelona, Anthropos, 1990, pp. 155-199. (Publicado por primera vez en la *Revista Internacional de Sociología*, Madrid, Segunda época, 15-16, julio-diciembre de 1975).

<sup>4</sup> 2ª ed., París, Armand Colin, 1895. La primera edición fue suprimida y confiscada por orden del gobierno brasileño.

substanciales al carácter hispanoamericano, al «genio de la raza»; *Ante los bárbaros* (1903), del colombiano José María Vargas Vila, quien plantea que el futuro de América Latina depende de su capacidad para unirse con la «Madre Patria» y de acercarse a Italia y a Francia, «las dos hijas mayores de la raza», entendiendo el término desde el punto de vista de los ideales compartidos de una civilización y no desde la definición de los factores étnicos; o los libros del argentino Manuel Ugarte, miembro de la generación argentina del 900, en los que desarrolla sus ideas sobre la «Patria Grande», es decir, acerca de la necesidad de unión latinoamericana sobre la base de la defensa de la tradición hispana frente a la invasión anglosajona: *El porvenir de la América Española* (1910), *El destino de un continente* (1923), *Mi campaña hispanoamericana* (1922) o *La Patria Grande* (1922).

En todas estas obras el planteamiento difiere en muchos aspectos pero robustece la idea de una oposición entre los países latinos –cuyos males se diagnostican en algunas de ellas partiendo de la valoración de la composición étnica o de los ideales de la comunidad– y el enemigo común, inglés y norteamericano. Y polariza ambos extremos desde el punto de vista de los valores morales que definen sus respectivas sociedades: frente al materialismo, el utilitarismo, el culto a la riqueza, a la fuerza y a la competitividad del modelo nórdico, emergió, en los decaídos países latinos de Europa, el *panlatinismo*, como afirmación rotunda y exaltación de los valores culturales comu-

nes –el espiritualismo, el idealismo, y la reivindicación de la cultura<sup>5</sup>–, pero también como corriente que propició, en el ambiente cultural del regeneracionismo, el imprescindible autoanálisis para diagnosticar las causas del atraso y hacer frente a la superioridad que se atribuía a los países nórdicos. «El contraste con el modo de vida inglesa y americana –escribe José Luis Calvo Carilla– descubría las debilidades del viejo mundo mediterráneo, cuyas naciones venían arrastrando hasta el fin de siglo las cadenas de la cultura latina y de la religión católica»<sup>6</sup>. En suma, la evidencia del poder industrial, militar y económico adquirido por los países sajones, frente al sentimiento de amenaza de los decaídos países latinos, genera una confrontación que, en última instancia, se resume en el conflicto entre *nordicismo* y *mediterraneísmo*.

La decadencia de los países latinos tuvo como respuesta inmediata, en el ámbito de dicha querella, una reivindicación y reactivación de *lo latino*, cuya única posibilidad de empuje se veía en la necesaria unión cultural y técnica y en el acercamiento político entre estos países. Este concepto tuvo fervientes defensores en España y América, y aunque Miguel de Unamuno expresara sus reservas res-

---

<sup>5</sup> Véase Víctor Arreguine, *En qué consiste la superioridad de los latinos sobre los anglosajones*, Buenos Aires, La Enseñanza Argentina, 1900.

<sup>6</sup> José Luis Calvo Carilla, *La cara oculta del 98. Místicos e intelectuales en la España del fin de siglo (1895-1902)*, Madrid, Cátedra, 1998, p. 84.

pecto a esta idea –conocidas son sus reticencias frente al espíritu francés y su influencia creciente en los países hispanoamericanos–, demostró siempre una obstinada voluntad de acercamiento hacia dichos países, convirtiéndose en uno de los más ardientes paladines de la hermandad hispanoamericana<sup>7</sup>. En este sentido, es interesante recordar las siguientes líneas de su artículo «Don Quijote y Bolívar»:

... es uno de mis más repetidos estribillos: la necesidad de que todos los pueblos de lengua castellana se conozcan entre sí. Porque no es sólo que en España se conozca poco y mal a la América latina, y que en ésta se conozca no mucho ni bien a España, sino que sospecho que las repúblicas hispanoamericanas, desde México a la Argentina, se conocen muy superficialmente entre sí<sup>8</sup>.

Entre tanto, en el continente americano la amenaza creciente de los EE. UU. tras la guerra por la emancipación de Cuba alentó el rechazo ante el talante materialista y utilitario de los angloamericanos. Y, por otro lado, tal y como ha señalado Teodosio Fernández en su artículo «España y la cultura hispanoamericana tras el 98», «la derrota española llegaba, por tanto, cuando se agudizaba

---

<sup>7</sup> Véase Julio César Chaves, *Unamuno y América*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1970.

<sup>8</sup> Miguel de Unamuno, «Don Quijote y Bolívar», en *Obras selectas*, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, 1986, p. 908.

la necesidad de analizar los factores que habían limitado o impedido el éxito de las nuevas repúblicas en sus esfuerzos para pasar de la barbarie a la civilización»<sup>9</sup>; es decir, en el momento en que comenzaba a gestarse el nacimiento del debate contemporáneo sobre la *identidad americana*. En este contexto, la coincidencia histórica del debate de latinos-anglosajones y latinoamericanos-angloamericanos crea el clima propicio para la formulación de un urgente intercambio cultural entre los países latinos de América y Europa. Y si las viejas naciones en decadencia veían en el renacimiento latino el acicate para su regeneración, las jóvenes repúblicas latinoamericanas reivindicaban la *latinidad* como concepto que está en el origen de su búsqueda de la identidad.

Desde el Viejo Continente, y en concreto desde España, las acciones emprendidas para construir puentes de comunicación con las naciones hispanoamericanas fueron esenciales para el pensamiento regeneracionista propio de la época, cuyos máximos representantes se esforzaron por combatir la ausencia de una opinión pública favorable al americanismo. Sin duda, la imagen que Bolívar vislumbró en 1822, la de América como una crisálida transformadora o regeneradora del hombre a través de la fusión de razas, sintetiza el papel decisivo que, para un sector

---

<sup>9</sup> Teodosio Fernández, «España y la cultura hispanoamericana tras el 98», en Lourdes Royano (ed.), *Fuera del olvido: los escritores hispanoamericanos frente a 1898*, Santander, Universidad de Cantabria, 2000, p. 15.

importante de la intelectualidad peninsular, debían ejercer las jóvenes naciones en la indispensable renovación del carácter reaccionario y dogmático de la España finisecular. De este modo la proyección americana adquirió una profunda significación para la necesaria redefinición de la identidad nacional española. Todo ello convierte el período de entresiglos en uno de los momentos más relevantes de la historia del intercambio cultural e intelectual entre España y América Latina. Teodosio Fernández profundiza en esa complicidad intelectual cuando plantea que

el papel de España no se limitó a representar la pervivencia de las tradiciones religiosas y caballerescas que Rubén identificó tempranamente con don Quijote, o la esperanza en un futuro basado precisamente en la recuperación de ideales de hidalguía y generosidad. Los escritores de Hispanoamérica buscaron la complicidad de los regeneracionistas españoles sobre todo a la hora de precisar las características psicológicas del conquistador y sus consecuencias, pero su relación con la generación del 98 fue más profunda: con ella *compartieron la necesidad de una nueva vida espiritual, la convicción de que la vida es irreductible a la razón, la preferencia del sentimiento frente a la lógica*. En esa orientación irracionalista también hay que resaltar la influencia de Unamuno más que de ningún otro, quizá porque (positivista spenceriano en los ochenta, socialista en los noventa) había sido de los primeros en recorrer el camino que conducía a la nueva fe. Esa fe jugaría un papel determinante a la hora de definir la identidad iberoamericana o



nacional, esa tarea que ahora se descubrió necesaria y que obligó a revisar la imagen de España en busca de las raíces propias, de la patria perdida que había que recuperar con el pasado y las tradiciones, con el paisaje y las costumbres locales<sup>10</sup>.

A través de la reivindicación de esa «nueva vida espiritual», los tradicionales valores hispánicos adquieren una decisiva carga en el discurso sobre la identidad de intelectuales de ambos lados del océano, que formulan dicha vindicación partiendo del concepto de *raza*. Desde esta perspectiva, Rubén Darío continúa su discurso en «El triunfo de Calibán»: «De tal manera la raza nuestra debiera unirse, como se une en alma y corazón, en instantes atribulados; somos la raza sentimental, pero hemos sido también dueños de la fuerza; el sol no nos ha abandonado y el renacimiento es propio de nuestro árbol secular»<sup>11</sup>. En definitiva, se trataba de una formulación de unión iberoamericana que proseguía los esfuerzos de tantos otros defensores de la «Patria Grande» que retomaron el sueño unionista del libertador Simón Bolívar: Martí, Vargas Vila, Darío, Ugarte, Blanco Fombona son algunos de los nombres más destacados en la gestación de este proyecto dirigido a estrechar los vínculos latinoamericanos. Y para la consecución de este proyecto, la reivindicación de los valores de la hispanidad tenía una función determinante. Por ello, Darío termina su

---

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 30. La cursiva es mía.

<sup>11</sup> Rubén Darío, «El triunfo de Calibán» (1898), ed. cit., p. 181.

artículo «El triunfo de Calibán» con una defensa de España, de sus valores morales, de su tradición literaria, que no implica una opinión contraria a la emancipación de Cuba sino a los peligros que entraña «el enemigo brutal»:

Y yo que he sido partidario de Cuba libre, siquier fuese por acompañar en su sueño a tanto soñador y en su heroísmo a tanto mártir, soy amigo de España en el instante en que la miro agredida por un enemigo brutal que lleva como enseña la violencia, la fuerza y la injusticia.

«¿Y usted no ha atacado siempre a España?» Jamás. España no es el fanático curial, ni el pedantón, ni el *dómine* infeliz, desdeñoso de la América que no conoce; la España que yo defiendo se llama Hidalguía, Ideal, Nobleza; se llama Cervantes, Quevedo, Góngora, Gracián, Velázquez; se llama el Cid, Loyola, Isabel; se llama la Hija de Roma, la Hermana de Francia, la Madre de América.

¡Miranda preferirá siempre a Ariel; Miranda es la gracia del espíritu; y todas las montañas de piedras, de hieiros, de oros y de tocinos, no bastarán para que mi alma latina se prostituya a Calibán!<sup>12</sup>

Esta formulación del «antiimperialismo» había comenzado años antes en Cuba con José Martí<sup>13</sup>, continuando en

---

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 182.

<sup>13</sup> Véase Teodosio Fernández, «José Martí y la invención de la identidad hispanoamericana», en Carmen Alemany, Ramiro Muñoz y José Carlos Rovira (eds.), *José Martí: historia y literatura ante el fin del siglo XIX*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 1997, pp. 43-50.

Rubén Darío, con la oda «A Roosevelt» —que se recogería en sus *Cantos de vida y esperanza* (1905)—, y, con diferente matiz, en el *Ariel* (1900) del uruguayo José Enrique Rodó, obra que «inaugura los planteamientos contemporáneos sobre América Latina y su futuro»<sup>14</sup>, coincidiendo con la crisis de la España del fin de siglo. Fruto de esa coincidencia son algunos desarrollos de este debate sobre la base común de una marginalidad compartida ante el imperialismo moderno, que cimienta la pretendida afinidad de los países hispano-americanos tal y como han consignado José Gaos:

Pensamiento de la decadencia [en España] y pensamiento de la Independencia [en Hispanoamérica] presentan notorias afinidades de fondo y forma. Buscar las causas y encontrar los remedios de la decadencia nacional, resolver los problemas de la constitución y reconstitución de la patria son operaciones del mismo sentido...<sup>15</sup>

y Roberto Fernández Retamar:

... la fecha señala el acontecimiento histórico clave que hace ya visible la nueva unidad de los países hispáni-

---

<sup>14</sup> Véase José Carlos Rovira, «Sobre la identidad cultural», introducción a la antología *Identidad cultural y literatura*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert y Comisión V Centenario/ Generalitat Valenciana, 1992, p. 9.

<sup>15</sup> José Gaos, en su *Antología del pensamiento de lengua española en la Edad Contemporánea*, México, 1945, pp. XXXV-XXXVII.

cos, conjuntamente marginales ante la presencia del imperialismo moderno en el mundo. Esta fecha es tanto española como hispanoamericana. Cuando los españoles la llaman 'el desastre', asumen una nostálgica posición colonialista, y por tanto tradicionalista. La verdadera postura modernista fue la de Unamuno escribiendo en favor de la guerra de independencia de Cuba, que al cabo sería cancelada por la intervención norteamericana de 1898. La realidad es que la fecha, si algo significa, no es una división, sino un nuevo nacimiento. En medio del dolor, como en todo alumbramiento, ha empezado la vida nueva para los hombres de nuestra lengua. Esa vida es todavía ésta<sup>16</sup>.

La derrota del 98 había generado el acercamiento entre los reformadores españoles e hispanoamericanos que trabajaron por superar los errores de un pasado compartido y por el progreso de sus respectivos pueblos. Pero este acercamiento se vería profundamente condicionado por la formulación de las inevitables interrogantes del fin de siglo español tras la pérdida de las últimas colonias de América: ¿qué es España?, íntimamente ligada a la que más nos interesa; ¿qué queda de la huella de España en América, y cuál es la fórmula para restablecerla?; que derivan en una de las cuestiones más problemáticas del ameri-

---

<sup>16</sup> Roberto Fernández Retamar, «Modernismo, 98, subdesarrollo», *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*, La Habana, Casa de las Américas, 1975, pp. 105-106.

canismo regeneracionista de principios del siglo XX: ¿cuál es el mejor camino para *la reconquista espiritual de América*? Preguntas que se planteaban, significativamente, no sólo tras la pérdida de las últimas colonias, sino además en el momento en que eclosionaron en España los nacionalismos vasco y catalán –en buena medida como consecuencia de la crisis económica, política y social española hacia finales del siglo XIX<sup>17</sup>– haciendo tambalear, entre unos y otros, los cimientos derruidos de la *españolidad*<sup>18</sup>.

---

<sup>17</sup> Cf. Inman Fox, «Los nacionalismos periféricos en el cambio de siglo. Catalanes y vascos», en *La invención de España*, Madrid, Cátedra, 1997, pp. 65-96.

<sup>18</sup> Ante este desmembramiento, la reivindicación españolista de Altamira es una más de las manifestaciones de su patriotismo; frente a los nacionalismos vasco y catalán, el tono conciliador no logra desdibujar la claridad de su discurso: se trataba de «afirmar la necesidad de un carácter *español* común a todos los factores regionales y fundado en algo más que en el centralismo político de la Edad Moderna. Por su parte, los antropólogos y sociólogos modernos afirman también la homogeneidad de la población peninsular, no como raza pura, pero sí como mezcla característica, cuyo resultado es la creación de un tipo nacional perfectamente diferenciado de los del resto de Europa. [...] la existencia actual de un *sentimiento* de solidaridad y unidad nacionales (en cuya virtud la inmensa mayoría de los españoles se afirma ante los ciudadanos del resto del mundo como una personalidad diferenciada y característica, en todos los órdenes) nadie la rechaza». Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*, ed. cit., pp. 82-83.

## 2. EL AMERICANISMO REGENERACIONISTA: HACIA UNA «MODALIDAD HISPANA» SUPRANACIONAL

*Sin dejar de ser patriótica, española, nuestra obra americanista ha sido, en primer término, y en su más alta intención, obra de paz, de concordia y de amplio humanitarismo intelectual.*

Rafael Altamira

Para responder a las cuestiones que cierran el capítulo precedente, Rafael Altamira ofreció en sus libros planteamientos enraizados en una vindicación de los valores hispánicos para el restablecimiento de la influencia de España en América, con especial incidencia en volúmenes como *España en América* (1908) o *La huella de España en América* (1924). Pero, como ya he adelantado, la acción desarrollada por Rafael Altamira en su viaje a América entre 1909 y 1910, como delegado cultural de la Universidad de

Oviedo<sup>1</sup>, generó diferentes respuestas sobre esa ansiada huella española que no siempre sería bien recibida en tierras americanas. Inevitablemente debía ser en Cuba, el último país emancipado, donde la animadversión hacia la hispanofilia generara un rotundo discurso de reivindicación nacional y de rechazo ante cualquier vestigio de paternalismo intelectual. Ahora bien, para entender las relaciones concretas entre Altamira y la intelectualidad hispanoamericana, es preciso reparar en ciertos aspectos cardinales de su pensamiento con respecto a las antiguas colonias de América y a la acción protagonizada por España a lo largo de la historia.

El americanismo de Altamira se fundamenta en la ideología regeneracionista de base krauso-positivista, que formuló desde la etapa inicial de su pensamiento sobre América en el citado discurso inaugural del curso 1898-1899 de la Universidad de Oviedo, titulado *Universidad y Patriotismo*, y en su *Psicología del pueblo español*. A partir de aquí Altamira plantea en diversas obras, conferencias y artículos una necesaria vinculación

---

<sup>1</sup> Véase Santos M. Coronas, «El programa americanista del grupo de Oviedo», en *Dos estudios sobre Rafael Altamira*, Oviedo, Academia Asturiana de Jurisprudencia, 1999, pp. 57-62; y Julio Antonio Vaquero Iglesias, «El americanismo de Rafael Altamira y el programa americanista de la Universidad de Oviedo», ponencia presentada en el VI Encuentro de Latinoamericanistas Españoles (29, 30 de septiembre y 1 de octubre de 1997, Universidad Complutense de Madrid). Publicado como recurso electrónico (URL: <http://www.ucm.es/info/cecal/encuentr/areas/pensamie/1pe/vaquero>)

entre regeneracionismo y americanismo, dado que atribuye a ese americanismo la virtualidad de ser condición ineludible para la «modernización» nacional. Este discurso se expone desde una perspectiva teórica basada en la necesidad de una regeneración que pasa por la reivindicación y restauración de la influencia española en las repúblicas hispanoamericanas. Para fundamentar este objetivo, Altamira dedicó una parte importantísima de su labor historiográfica a la vindicación de la acción de España en América, defendiendo –en sus palabras– «la obra útil, civilizadora, tanto en el orden material como en el espiritual, que realizaron los españoles en su contacto con las nuevas tierras descubiertas del lado del Atlántico y del Pacífico»<sup>2</sup>. Y, si bien admitió la existencia de errores en el pasado colonial, convirtió su visión de la Historia en instrumento ideal para realizar un alegato defensivo que, en última instancia, tenía como finalidad la recuperación de la confianza en el espíritu nacional y, a su vez, el restablecimiento de las relaciones con los países hispanoamericanos. Su misión fue la de ensalzar los aspectos positivos de la conquista para la civilización y, de algún modo, empujear las violaciones de las leyes protectoras que, desde su punto de vista, se debieron sobre todo a la codicia de algunos colonos y no a la acción del gobierno:

---

<sup>2</sup> Rafael Altamira, *La huella de España en América*, Madrid, Editorial Reus, 1924, p. 125.



... necesitamos hacer [...] el balance de los que podemos llamar «los humanitarios»; porque si es completamente seguro e indudable (y perfectamente inútil el negarlo) que muchos de los colonos, que muchos de los conquistadores españoles se portaron de una manera completamente inhumana —contradiciendo, cierto es, la labor y el esfuerzo constantes de nuestra legislación, en la cual, desde las primeras disposiciones de la reina Isabel la Católica hasta las últimas del tiempo de los Borbones, se ve el cuidado de librar al indio de la explotación del colono y de todas las gentes que tendieran a hacer del hombre un instrumento— también es verdad que al cabo de éstos hubo una serie de colonizadores, una serie de conquistadores, una serie de hombres que tuvieron a América por centro de su acción social, los cuales se produjeron inspirándose en aquel espíritu de nuestra legislación (que ha sido calificada por algunos historiadores modernos e historiadores además especiales de colonización, como Zimmermann, como la expresión más alta del ideal de igualdad entre la población colonizadora y la población colonizada, entre el hombre superior y el hombre inferior), que se produjeron, repito, con los indios de una manera humanitaria, correspondiente a la labor educativa de todo pueblo civilizado que quiere representar una obra tutelar<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> Rafael Altamira, *España en América*, ed. cit., pp. 139-140. Véase en la «Selección de textos» los fragmentos reproducidos de *La huella de España en América*.

... lejos de ser cierto que España pueda ser motejada de ignorante y cruel, ofrece el ejemplo *único* en la historia de haber dirigido todos sus esfuerzos al mejoramiento de la situación moral y material de los indios. Nadie puede negar que la obra legislativa fue la más benévola y educadora que sobre colonización se ha producido; pero también es cierto que se aplicaron estas leyes por las autoridades españolas a conciencia, y que sólo se dan algunas excepciones, muy pocas en relación con el caso general, por individuos particulares o que ejercían autoridad secundaria<sup>4</sup>.

Este tipo de manifestaciones las encontramos a lo largo de toda su obra, en sus libros, conferencias, y también en los prólogos que escribió a un buen número de libros que abordan los siglos de la Colonia. Entre estos prólogos, uno de los más ilustrativos es el que dedica a la obra de Carlos F. Lummis titulada *Los descubridores del siglo XVI, vindicación de la acción colonizadora en América*, en el que Altamira insiste en la necesidad de esclarecer

qué número de abusos hubo realmente y en qué proporción se hallaron con los casos de una administración, si no impecable, ajustada a los moldes corrientes que la

---

<sup>4</sup> Conferencias del Sr. Altamira en su Cátedra de la Universidad Central. Curso de 1919 a 1920. *Beneficios producidos en América por la Colonización* (Resumen de las explicaciones de los días 8, 10 y 13 de octubre de 1919). Cito por el mecanoscrito del legado de Rafael Altamira. Archivo de la Residencia de Estudiantes (Madrid), p. 14.

humanidad usaba entonces y hoy también. Sólo cuando pueda hacerse ese balance, procederá un juicio de conjunto respecto de la acción española, en la esfera en que todos sabemos que hubo abusos e injusticias<sup>5</sup>.

En definitiva, se trataba de concebir y reescribir la historia como única vía para abolir los prejuicios derivados de la dilatada empresa antiespañola, gestada fundamentalmente en Inglaterra y en menor medida en Francia –y posteriormente alimentada por los EE. UU.– para engrandecer los aspectos más negativos de la colonia hispanoamericana y, en consecuencia, para denigrar la imagen de la civilización española:

... la reivindicación del pasado y el reconocimiento de todos los elementos útiles que encierra, ha de servir grandemente para modificar la leyenda de nuestra historia, que ha creado en los demás pueblos una prevención tal contra nosotros, una falta tan grande de simpatía y confianza, que aun en los casos en que nos asistieron la razón y la justicia los arrastró, cuando no a otra cosa, a una indiferencia perjudicial para los intereses comunes de la civilización. Y aunque estos juicios se han rectificado mucho últimamente, aún son un peligro y un arma para volver a herir si no se la mella a tiempo<sup>6</sup>.

---

<sup>5</sup> Rafael Altamira, «Prólogo» a Carlos F. Lummis, *Los descubridores del siglo XVI, vindicación de la acción colonizadora en América*, Madrid, Ediciones Grech, 1987.

<sup>6</sup> Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*, ed. cit., p. 168.

Esta rectificación de la historia colonial por parte de Altamira que, al tiempo que asumía ciertos errores celebraba la obra de España en América, pretendía, en definitiva, conseguir dos objetivos: por una parte, atenuar la animadversión de los hispanoamericanos hacia los españoles infundiendo confianza en una nueva España joven y ávida de reformas, y, por otra, lograr un reencuentro de los españoles con su glorioso pasado civilizador para, a través de la recuperación de la historia, redefinir y consolidar la identidad nacional:

Restaurar el crédito de nuestra historia, para devolver al pueblo español la fe en sus cualidades nativas y en su aptitud para la vida civilizada, y aprovechar todos los elementos útiles que ofrecen nuestra ciencia y nuestra conducta de otros tiempos<sup>7</sup>.

... ser español no es algo *contrario* al resto de los hombres, sino ser hombre (con todo lo fundamental y esencial que esto supone) al modo nuestro, es decir, con el especial florecimiento de ciertas cualidades humanas, la originalidad de visión que caracteriza a cada grupo social y la modalidad de procedimiento genuina de cada uno. Mas lo primero que para lograr esto hace falta es convencer a los demás, y convencernos nosotros mismos, de que poseemos esas cualidades, esa visión y esa modalidad, y

---

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 160. Véase en la «Selección de textos», el fragmento reproducido de la conferencia *Cómo concibo yo la finalidad del hispano-americanismo*.

de que somos capaces (no sólo *en potencia*, para el porvenir, sino *en efectividad* antes y ahora) de desarrollarlas y darles eficiencia<sup>8</sup>.

Este es el sentido que Altamira confiere a la noción de *patriotismo*, es decir, la defensa y el amor a la idiosincrasia propia, de la que no queda excluida la autocrítica para superar los consabidos «males de la patria» que, desde su punto de vista, no debían ahondar el arraigado pesimismo finisecular, antes bien debían superarse y regenerarse para motivar el renacimiento nacional:

... cumpliremos así con el deber del patriotismo, que no consiste, como ya dijo Iriarte, en la hinchada vanidad de proclamar lo propio como lo mejor del mundo, negando y encubriendo sus defectos, a reserva de cruzarse luego de brazos y eludir, con criminal egoísmo, el menor sacrificio por el interés común: sino que es, ante todo, «una noble pasión por engrandecer la tierra donde uno ha nacido», mediante el reconocimiento sincero de las faltas, el trabajo diario para corregirlas, el afán por aprovechar el ejemplo ajeno, el deseo vivísimo de igualar a los más perfectos y de conseguir, por amor a la patria, que en todas partes y en todos los órdenes valga realmente tanto o más que cualquier otra nación<sup>9</sup>.

---

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 47.

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 199.

La consolidación de este proyecto idealista tenía por tanto dos resortes principales, su concepción del panhispanismo y el programa americanista, que a la vez se sustentaban sobre una base ideológica esencial: la rectificación de la historia de la colonia como medio para la reivindicación patriótica de la civilización española y de su prestigio internacional. En *La huella de España en América*, Altamira reconoce su «deseo de hallar en la historia de nuestra colonización cosas que alabar y errores de conocimiento que desvanecer»<sup>10</sup>. Para ello, utilizó argumentos justificativos que, en su intento de acabar con los prejuicios de la *leyenda negra* —«ligada, como es natural, a la lucha por la preponderancia en Europa»<sup>11</sup>—, caen en la atenuación de los aspectos negativos relacionados con la barbarie de la conquista por comparación con la acción llevada a cabo por otros pueblos colonizadores:

La manera de juzgar el sistema colonial de España en América ha experimentado notable reacción. Los historiadores ya no condenan ese sistema de una manera absoluta. Por el contrario, empiezan a reconocer que la labor social y política de nuestra Madre Patria en el Nuevo Mundo merece ser aplaudida y puede compararse ventajosamente con el régimen de las colonias inglesas en Norte América. [...] la conquista y colonización españolas ya

---

<sup>10</sup> Rafael Altamira, *La huella de España en América*, ed. cit., p. 67.

<sup>11</sup> Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*, ed. cit., p. 120.

no se reputan como las peores de las conquistas y colonizaciones europeas, monstruosa excepción de crueldad, inhumanidad e ineptitud, sino como una de las que (con todos los defectos inherentes a esas empresas, no sólo en los siglos XV y XVI, sino en nuestro mismo siglo XX), más alto han tenido el derecho de los pueblos inferiores y más servicios han prestado a la obra universal de la ciencia y de la civilización<sup>12</sup>.

...ese repudio de nuestro pasado, en virtud de que en él hubo errores (de muchos de los cuales participaron coetáneamente todos los demás pueblos europeos y, a veces, con mayor agudeza que nosotros), tiene también la gravísima consecuencia de abandonar en manos de los reaccionarios todo el campo histórico, con la enorme fuerza moral que representa, decisiva en muchos momentos de crisis nacional<sup>13</sup>.

El posicionamiento ideológico de Altamira en su tratamiento reivindicativo de la historia de la colonia –sobre el cual es muy significativo el texto titulado «El sentido realista y humano del régimen colonial español en América»<sup>14</sup>– ha sido ampliamente desarrollado por los principales investigadores de su obra. Entre ellos, Rafael Asín plantea que

---

<sup>12</sup> Rafael Altamira, *La huella de España en América*, ed. cit., p. 71.

<sup>13</sup> Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*, ed. cit., p. 165.

<sup>14</sup> Mecanoscrito en el Archivo de la Residencia de Estudiantes (Madrid), legado de Rafael Altamira.

una de las reivindicaciones de las que más orgulloso se sentía Altamira era del reconocimiento y respeto de los derechos humanos de los pueblos colonizados. Las Leyes de Indias –era el máximo especialista en Derecho Indiano– constituían para él «el más alto ejemplo de legislación amparadora y tutelar de los humildes e incultos». [...] Este aspecto de los derechos humanos unido a la forma en la que la corona aborda la conquista y la colonización, más avanzada y metódica que ninguna precedente y capaz de resistir la comparación con cualquiera de los modelos de las potencias coloniales y de salir vencedor de la misma<sup>15</sup>.

Desde estas premisas, Asín llama la atención sobre esa visión de la colonia que «le permite obviar de forma concienzuda ¿y objetiva? los aspectos del gris al negro de nuestra Historia»:

El Altamira defensor del papel histórico de España tiene que utilizar argumentos similares a los de historiadores tradicionales. Las glorias del imperio. Para salvar su posición [...] necesita combatir, por medio de esos argumentos, las acusaciones de la *leyenda negra*. Su posición no es firme del todo y, junto a muchos argumentos sólidos y favorables, aparecen la justificación de que otras potencias hicieron lo mismo y hay que analizar los hechos en su contexto temporal y el de su sociedad<sup>16</sup>.

---

<sup>15</sup> Rafael Asín, «Introducción» a Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998, p. 29-30.

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 33.



Ahora bien, Altamira, sabedor de esa parte negativa cuya exageración pretende atenuar, se cuida mucho de posibles acusaciones de hispanófilo tradicional manifestando la necesidad de reconocer los errores del pasado como único medio para la regeneración nacional:

... así como el reconocimiento de los elementos útiles que encierra el pensamiento nacional antiguo no debe cegarnos en punto a los que no reúnen esa condición, así tampoco la seguridad [...] de que nuestro pueblo no pecó ni se equivocó tanto como han supuesto censores poco imparciales, debe llevarnos a negar la existencia de errores y defectos, ni a cejar en su censura, incluso cuando, por su continuación durante mucho tiempo, pueden inducir a pensar si obedecen a vicios constitucionales de nuestro carácter. Las reivindicaciones históricas no deben traspasar esos límites, so pena de caer en vanidades suicidas; *ni tampoco deben tropezar en la ridícula satisfacción de pasadas glorias que cieguen en punto a la decadencia presente, haciéndonos dormir sobre los laureles antiguos*<sup>17</sup>.

Y, consciente de los peligros que entraña esta posición defensiva del pasado, insta a creer en la modernidad de su prédica, apoyándose en la «imparcialidad histórica» omnipresente en su discurso:

---

<sup>17</sup> Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*, ed. cit., p. 173. La cursiva es mía.

Afirmar el valor y la originalidad de la ciencia y de la civilización españolas en siglos pasados, no quiere decir que hoy debamos aceptar ni todos sus principios ni todas sus consecuencias. Por mi parte, no quiero que me confundan con ninguno de esos escritores que, al vindicar la historia y el pensamiento español, llevan el propósito de inmovilizar nuestra vida [...]. *Soy y quiero afirmarme, resueltamente, un hombre moderno, un reformador, un liberal*, como vulgarmente se dice: a cuya condición no se oponen, antes bien la ratifican, ni la imparcialidad histórica, ni el deber de afirmar lo bueno de la patria, cualquiera que sea el tiempo en que se produjo y contra todas las insidiadas o prejuicios que lo nieguen<sup>18</sup>.

Sin duda la cuestión del indio y de la legislación india es uno de los aspectos cardinales de la revisión histórica por ser el origen de la *leyenda negra*. Y evidentemente la rectificación debía comenzar por las obras que la promovieron, y que germinaron en la campaña antiespañola dilatada durante varios siglos y fomentada por diversos países hasta adquirir la dimensión de la leyenda. Me refiero a la obra del padre Las Casas<sup>19</sup>, génesis de la denuncia

---

<sup>18</sup> *Ibidem*, pp. 164-165. La cursiva es mía.

<sup>19</sup> Resulta interesante, y merece sin duda un estudio, la posición antilascasiana que surgió entre los integrantes del Centro de Estudios Históricos, fundado en 1910, y al que perteneció Rafael Altamira. Recordemos que, junto a las matizadas y moderadas posiciones de Altamira, están las sorprendentes y virulentas acusaciones contra Las Casas que la figura principal de la Institución, Ramón Menéndez Pidal, fue desgranando a lo largo de su vida, hasta el libro de 1963: *El Padre las*

del problema del indio cuya exageración Altamira trató de clausurar:

En primer lugar, nos falta una revisión de las obras todas del padre Las Casas, el cual, por la acción altamente simpática que representa en cierto orden de su orientación, ha llevado tras sí las voluntades y ha hecho que se desconozca durante muchísimo tiempo toda la parte falsa, toda la parte de posición insegura que tenía él en su campaña (aun siendo, repito, en el fondo altamente simpática y humana), y toda la parte de exageración de sus escritos, de los cuales no tardaron en apoderarse las naciones que lucharon políticamente en Europa y América con nosotros, en aquella contienda literaria que llenó todo el siglo XVI y el XVII, singularmente con la producción de la literatura política de Francia, haciendo de ellos un arma terrible que tocó lo mismo las cuestiones americanas que la leyenda de don Carlos, el hijo de Felipe II, y que se hartó de inventar calumnias y repartirlas y esparcir las por toda Europa para desacreditarnos<sup>20</sup>.

Por otra parte, la utilización de la Historia, mediatizada para «sanear» la mancillada imagen nacional, implicaba una selección e instrumentalización que chocaba de frente

---

*Casas: su doble personalidad* (Madrid, Espasa-Calpe), en donde, en polémica con Marcel Bataillon, crea un libro que algunos consideran impropio del rigor habitual del maestro y fundador de la Escuela de Filología Española.

<sup>20</sup> Rafael Altamira, *España en América*, ed. cit., p. 139.

con sus propios postulados teóricos de objetividad histórica, basada en la necesaria investigación de los datos que los documentos aportan. Indudablemente, esa imparcialidad se refería a la necesidad de anular los efectos de los nocivos prejuicios que habían alimentado una visión degradada de España, es decir, afectaba sólo a los contrincentes, de manera que la pretendida objetividad perdía legitimidad en su mismo enunciado: «La Historia de España comienza ya a estudiarse de manera objetiva, imparcial, limpia de rencores o prejuicios; y hasta cabe decir que de autores extraños parte la rectificación de la censura, antes unánime, que entenebrece el cuadro de nuestra colonización americana»<sup>21</sup>. Incluso la visión de Altamira respecto a la emancipación americana está teñida por la apología de las cualidades positivas de los descendientes de la civilización española que protagonizaron el proceso de la independencia, cuyos deseos de libertad y soberanía constituían otro voto a favor del espíritu nacional<sup>22</sup>. La conclusión definitiva es que esa revisión histórica

---

<sup>21</sup> Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*, ed. cit., p. 48.

<sup>22</sup> «Para Rafael Altamira el deseo de independencia de los pueblos americanos fue una característica positiva de nuestra tarea civilizadora que, como se ha dicho, posee la cualidad positiva de conservar un sentimiento inquebrantable de libertad espiritual que en este caso se convirtió en deseo de independencia y personalidad nacional. Altamira sostenía que ese deseo de libertad, si bien privó a España de su Imperio, era en realidad *un triunfo de nuestro espíritu*». Rafael Asín, «Introducción» a *Psicología del pueblo español*, ed. cit., p. 29.

dio sus buenos frutos en la dirección deseada, tal y como Altamira afirma en su *Psicología del pueblo español*:

Igualmente se han conseguido deshacer las leyendas de nuestra inhabilidad absoluta (creída como artículo de fe hasta hoy) para beneficiar industrial y comercialmente las tierras americanas, en las que se suponía buscamos sólo los metales preciosos; de la influencia corruptora ejercida por nuestra literatura durante los siglos XVI y XVII; de la intransigencia y despotismo de nuestros poderes públicos respecto de la emisión del pensamiento en materias políticas, sociales y hasta filosóficas [...] en lo cual, ni la debida censura de lo históricamente comprobado, ni la repugnancia del espíritu liberal moderno a reconocer en derecho la más mínima opresión de conciencia, ni la enérgica reprobación de los autos de fe [...], excluyen la rectificación de las acusaciones exageradas, deber ineludible de imparcialidad histórica<sup>23</sup>.

Para dar crédito a la objetividad de su revisión histórica, Altamira realiza un planteamiento metodológico sobre el estudio de los hechos que se derivan de la investigación documental en el Archivo de Indias<sup>24</sup>, pero la insistencia

---

<sup>23</sup> Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*, ed. cit., p. 22.

<sup>24</sup> Véase el capítulo VI del libro de Altamira *España y el programa americanista*, titulado «El Archivo de Indias y América». Ed. cit., pp. 56-61.

en la necesidad de rectificar los puntos negativos evidencia una sujetivización<sup>25</sup> evidente de la historia:

... sólo sobre la base de una rebusca constante en nuestro Archivo de Indias es como podemos ir poco a poco capacitándonos para saber qué pasó en América en punto al desarrollo de nuestra historia y para que podamos rectificar, para que podamos resolver toda la serie de afirmaciones, toda la serie de sentencias firmes que han ido rodando de libro en libro<sup>26</sup>.

En el marco de esa acción vindicativa se encuentra, en definitiva, el hilo conductor de toda la acción americanista de Altamira, que llevó a la práctica mediante la creación de instituciones, impulsando intercambios de profesores españoles e hispanoamericanos, o en las propias clases que impartió desde 1897 cuando ganó la Cátedra de Historia del Derecho Español en la Universidad de Oviedo; pero sobre todo desde 1914, en su Cátedra de Historia de las Instituciones Civiles y Políticas de América en Madrid. Este hilo conductor puede rastrearse en todos sus libros y

---

<sup>25</sup> Como ha visto Rafael Asín, «no puede ocultar el deseo de no mezclar la regeneración y recuperación del crédito internacional con la imagen negativa de la lógica de estado de la más grande potencia colonial. Que, sin embargo, sí permite utilizar para el mismo fin las aportaciones positivas. Como hemos visto puede utilizarse incluso el proceso de la independencia americana. La intención choca con la declaración metodológica...». *Op. cit.*, p. 33.

<sup>26</sup> Rafael Altamira, *España en América*, ed. cit., p. 134.

conferencias, con mayor insistencia en los de tema americano: *Cuestiones hispanoamericanas* (1900), *España en América* (1908), *Mi viaje a América* (1911), *España y el programa americanista* (1917), *Trece años de labor americanista docente* (1920), *La huella de España en América* (1924), *Cómo concibo yo la finalidad del hispanoamericanismo* (1927), *Últimos escritos americanistas* (1929), *La enseñanza de las instituciones de América* (1933), etc.; pero también con especial relevancia en su *Historia de España y de la civilización española* (1900-1911, 4 vols.) y en su *Psicología del pueblo español* (1902). En el prólogo de este último libro, Altamira declaraba el objetivo principal de toda su trayectoria: «a partir de 1898, puede decirse que la mayoría de mis escritos y de mis conferencias en el extranjero han versado sobre ese tema, es decir, sobre la rectificación de las leyendas, de los desconocimientos y de las calumnias que acerca de nuestra historia y de nuestra vida actual han circulado continuamente». En suma, formulaba la necesidad de «vindicación patriótica»<sup>27</sup> a través de la historia para la regeneración del espíritu nacional.

Desde estos postulados ideológicos, Altamira apeló a los ideales colectivos y comunes entre España y los países de América Latina, es decir, a la identidad supranacional de la «modalidad hispana», para restaurar esa ansiada huella o influencia que, «por derecho», debía ejercer la primera sobre los segundos:

---

<sup>27</sup> Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*, ed. cit., p. 46.

... nadie negará que tenemos derecho a un lugar en la obra de la cultura americana, y que constituye un deber para nosotros no abandonar ese puesto, antes bien defender su posesión a todo trance y con las mejores armas que nos sea dado utilizar<sup>28</sup>.

Y, en este sentido, planteó en su conferencia titulada *Cómo concibo yo la finalidad del hispanoamericanismo* que

nuestro americanismo tiene que ser radicalmente distinto de los demás. [...] todas las finalidades que principalmente busca, con toda razón y con todo derecho, el resto de los pueblos europeos y asiáticos en la América que habla nuestro idioma y procede de nuestra historia peninsular, son para nosotros finalidades secundarias, no principales. La nuestra, la fundamental, la básica, es la de cultivar, defender y *perfeccionar dentro de su molde nuestra modalidad hispana*, que es modalidad común a aquellos pueblos y a nosotros<sup>29</sup>.

---

<sup>28</sup> Rafael Altamira, «Lo que debe hacer y lo que ha hecho España», en *España en América*, ed. cit., p. 71. En la «Selección de textos» está reproducida la primera parte del artículo.

<sup>29</sup> Rafael Altamira, *Cómo concibo yo la finalidad del hispanoamericanismo*, Madrid, Blass S. A. Tipográfica, 1926, p. 7. Conferencia pronunciada en el Centro de Intercambio Intelectual Germano-español de Madrid el 20 de diciembre de 1926. La cursiva es mía. Véase en la «Selección de textos» los fragmentos reproducidos de esta conferencia.



Sobre esta identidad hispana supranacional, destinada a restablecer en América Latina el influjo intelectual español, insistió Altamira en muchos de sus libros y conferencias, por ejemplo cuando en sus *Cuestiones hispano-americanas* perseveraba en «el reconocimiento de esa solidaridad ideal que nos une por encima de las pasadas luchas, convirtiéndonos en colaboradores de una misma obra superior a todas las diferenciaciones nacionales»; una voluntad de unión que también sintió amenazada cuando inmediatamente advierte que «el ejemplo de los Estados Unidos es, hoy por hoy, un obstáculo temible para la solidaridad que pretendemos establecer»<sup>30</sup>. Y para dar una base más sólida a estas formulaciones acude a declaraciones afines de intelectuales hispanoamericanos que corroboren sus tesis, por ejemplo, a las del chileno Valentín Letelier:

América quiere estar con España, desea constituir con ella, «en un porvenir no lejano –como ha escrito Letelier– una fuerza semietnológica que contrapesa el influjo de las razas sajona y eslava y haga sentir su acción decisiva en los destinos del género humano»; verá con gusto virtualmente establecida en sus tierras jóvenes, «una hegemonía intelectual de España, que será, por cier-

---

<sup>30</sup> Rafael Altamira, *Cuestiones hispanoamericanas*, 1900. Cito por el mecanoscrito del legado de Rafael Altamira. Archivo de la Residencia de Estudiantes (Madrid), pp. 2-3.

to, más provechosa para el mundo que la simple dominación política»; mas para todo esto impone condiciones, y tiene perfecto derecho a imponerlas. El poseer esas condiciones es obra nuestra puramente. Si queremos ir allá y ser para ellos *lo que naturalmente debemos ser*, no podemos presentarnos con las manos vacías<sup>31</sup>.

Se trataba, en definitiva, de fortalecer la idea de una identidad común hispanoamericana en la que España debía ejercer, desde el punto de vista de Altamira, «lo que naturalmente debía ser»: guía espiritual de aquellas jóvenes repúblicas a las que, por otro lado, les concedía el beneplácito de la originalidad y la diversidad cultural. Se trataba, por tanto, de una reconquista del prestigio de España en América que debía repercutir de manera recíproca en el rejuvenecimiento y modernización nacional de España, para lo cual era necesario desplegar un «americanismo práctico» regeneracionista. Y para hacer realidad este objetivo era indispensable el encomio de las cualidades positivas de la *raza* —las proverbiales generosidad, altruismo, caballerosidad, humanidad, etc.— que se vería profundamente reforzado por su oposición al modelo norteamericano. Lo cual nos remite, de nuevo, a la mentada polémica entre latinos y anglosajones, imprescindible para entender los encuentros y desencuentros de Altamira con los intelectuales hispanoamericanos, polarizados no

---

<sup>31</sup> *Ibidem*, p. 6. La cursiva es mía.

tanto entre hispanófilos e hispanófobos, como en defensores y detractores de «la huella de España en América».

La tendencia hispanizante de Altamira en la recuperación del pasado y en la reivindicación de los valores hispánicos en el presente, lejos de ser una corriente homogénea en los diferentes países de América Latina, adquirió una pujanza bien distinta en cada uno de ellos e incluso encontró, como he apuntado, fervientes detractores. Ello dependió fundamentalmente del proceso histórico con que cada país desarrolló el proyecto de su independencia, de las relaciones mantenidas durante el siglo XIX con la exmetrópoli y de la manera como se manifestó el «peligro» de EE. UU. en cada país. Y de ello dependió también la respuesta que recibió Rafael Altamira por parte de los diferentes grupos de intelectuales con los que se encontró en su viaje por diversos países de América Latina entre los años 1909 y 1910.

### 3. LA POLÍTICA PEDAGÓGICA HISPANOAMERICANISTA

*Necesitamos de toda nuestra libertad para seguir luchando por España y por la cultura en nuestro propio solar y en América. Y a ello nos limitamos, creyendo que es bastante para llenar una vida.*

Rafael Altamira

La utopía llevada al dificultoso ámbito de la acción, o el idealismo entendido como apuesta activa por las ideas —en contra de la pretendida connotación peyorativa del vocablo en ciertos ámbitos—, son los términos que mejor definen el pensamiento hispanoamericanista de Altamira, forjado en la educación y la maduración de las ideas regeneracionistas que fueron su escuela en la Institución Libre de Enseñanza, en cuyas aulas se dejaban sentir los últimos latidos de la «aventura krausista» española<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Véase el artículo de Ángel Luis Prieto de Paula, «Ecos de la aventura krausista en la cultura española de entresiglos», *Jano*, Vol. XLI, n.º extraordinario, diciembre 1991, pp. 129-135.

En el libro titulado *España y el programa americanista* Altamira presenta una sistematización de los puntos que considera esenciales para la consecución de este programa: «el cambio de planes, programas, anhelos y necesidades»<sup>2</sup>, principalmente a través de una política de colaboración pedagógica con los países de América Latina<sup>3</sup> y, sobre todo, a través del intercambio de profesores y alumnos, puesto que, en palabras de Altamira, «el único hispano-americanismo eficaz es el que conoce concretamente la

---

<sup>2</sup> Rafael Altamira, *España y el programa americanista*, ed. cit., p. 17.

<sup>3</sup> Rafael Asín plantea la finalidad regeneradora del programa americanista de Altamira en la enseñanza: «Los créditos, instituciones, intercambios y consolidación de archivos buscan el reconocimiento de la comunidad hispanoamericana y la profundización de esa investigación que se haga accesible mediante la divulgación pedagógica adecuada. Las becas buscan que estudiantes españoles entren en contacto con la realidad de aquellos países y confirmen con su observación, y sus estudios lo positivo de nuestro mestizaje. Los estudiantes americanos, a su vez, recibirán orientaciones precisas que les permitan comprender mejor la gran labor realizada y convivir con los españoles para encontrar uno de los orígenes de su forma de ser y, también, para rechazar la fama negativa e injustificada del pueblo español entre algunos políticos e intelectuales de sus países influidos por la *leyenda negra*, por la propaganda de los Estados Unidos, o que, simplemente defienden sus intereses oligárquicos utilizando la colonización como excusa». Rafael Asín, «Introducción» a Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*, ed. cit., p. 35. Véase también Santiago Melon Fernández, *op. cit.*; e Irene Palacio, «El programa americanista», en *Rafael Altamira: un modelo de regeneracionismo educativo*, Alicante, Caja de Ahorros Provincial de Alicante, 1986, pp. 119-129.

singularidad de cada país y de los problemas económicos, sociales y políticos que lo caracterizan»<sup>4</sup>. Pero tal vez interese más su libro *España en América*, que es una recopilación de artículos y trabajos dispersos en diferentes publicaciones del momento. En el «Prólogo», Altamira manifiesta con rotundidad cuál es el propósito de esta publicación:

El éxito de este libro consistirá, no en que lo aplaudan, sino en que suscite otros y otros, en larga serie divulgadora y propagandista (...) y en que se forme en España y en América (...) una corriente de opinión favorable a traducir en la práctica los anhelos de mutuas relaciones intelectuales, sobre la base –por lo que respecta a los hispanoamericanos– de una rectificación de los recelos en lo tocante a la España intelectual de nuestros días y un reconocimiento de la común conveniencia de cambiar, entre ellos y nosotros, los frutos del espíritu y los anhelos en que venimos a coincidir...<sup>5</sup>

Y tanto en los artículos recogidos en este libro como en el resto de publicaciones dedicadas a las relaciones culturales entre España y América, Altamira insiste en la voluntad de desentumecer estas relaciones –marcadas por cinco siglos de dominio colonial– para establecer una

---

<sup>4</sup> Rafael Altamira, *España y el programa americanista*, ed. cit., p. 76.

<sup>5</sup> Rafael Altamira, *España en América*, ed. cit., p.VIII.

comunicación recíproca que debía repercutir en un beneficio común para el «pueblo troncal» formado por España y las naciones hispanoamericanas. Este objetivo determina la constante alusión a la comunidad de intereses de la anhelada «modalidad hispana» supranacional y su papel civilizador en el mundo:

Por eso yo creo –frente a los que hablan de nuestro porvenir africano– que nuestro verdadero porvenir está en América, con la ventaja de que no es ni será nunca un porvenir imperialista, sino un porvenir de honda cordialidad, de alto respeto para todos, de solidaridad en la parte de obra que toca cumplir a los pueblos hispanos en la empresa mundial de la civilización<sup>6</sup>.

Desde esta perspectiva, independientemente de los problemas planteados en el capítulo anterior, el viaje de Altamira a América tiene la importancia, por un lado, de haber logrado reactivar la conexión cultural con el pueblo latinoamericano y, por otro, la de haber significado un revulsivo importante para la estimulación y el surgimiento en España de determinadas instituciones culturales que propiciaron el interés por los estudios americanistas en la cultura española de principios de siglo. Entre ellas, hay que destacar la participación de Altamira en el Centro de Estudios Históricos creado en 1910 por la Junta de Ampliación de Estudios, que impulsó tras su viaje a Amé-

---

<sup>6</sup> Rafael Altamira, «Los ‘americanos’, en América», *ibidem*, p. 24.

rica el intercambio de profesores, publicaciones, etc., así como también otras muchas iniciativas institucionales que Santiago Melon Fernández enumera en su libro *El viaje a América del profesor Altamira*:

En junio de 1909 se fundó el Instituto Iberoamericano de Derecho, y, por aquellos mismos días, se estableció la Biblioteca América en la Universidad de Compostela. En Barcelona apareció la Sociedad Libre de Estudios Americanistas con el objetivo primordial de divulgar en España el conocimiento de la América Latina; en Cádiz se creó la Real Academia Hispanoamericana de Ciencias y Artes, y en la Universidad Central se estableció un Centro y Seminario de estudios hispanoamericanos. Las veteranas Unión Iberoamericana de Madrid y su homónima de Bilbao continuaron sus quehaceres con redoblando esfuerzo<sup>7</sup>.

Las palabras de otro de sus discípulos, Javier Malagón –al igual que Altamira, exiliado en México tras la Guerra Civil– resumen la contribución de Altamira a la historia de España y América, desde una perspectiva de asimilación ideológica o afinidad de intereses en el tratamiento y el enfoque que Altamira imprime a esa historia, es decir, en la insistencia sobre el sustrato común de la hispanidad:

---

<sup>7</sup> Santiago Melon Fernández, *El viaje a América del profesor Altamira*, ed. cit., p. 85.



Gran parte del acercamiento de España al Nuevo Mundo y de América a la Vieja Península ha sido obra de don Rafael, directamente o por medio de sus discípulos o de los discípulos de éstos. Él ha hecho en este sentido más que los diplomáticos hispánicos de uno y otro lado del Atlántico. Al español le hizo comprender y amar a América, al americano (...) le ha hecho sentir sus raíces hispánicas y respetar y querer a España como un pueblo más en la cultura e historia común de ambos mundos.

Ésta fue sin duda la mayor y mejor lección que en la Cátedra de Historia de las Instituciones Civiles y Políticas de América regentada por don Rafael Altamira, aprendieron sus discípulos peninsulares, americanos y oceánicos<sup>8</sup>.

Para desarrollar la empresa hispanoamericanista en España, Altamira consideró preceptiva, como ya se ha visto, la labor de deshacer los prejuicios arraigados en la sociedad latinoamericana que alimentaban la leyenda hispanófila, labor que, desde su punto de vista —imbuido de las ideas educativas del regeneracionismo—, tan sólo se podía acometer a través de la acción de los profesionales de la enseñanza:

Contra ese error [...] son principalmente los profesionales de la enseñanza los que tienen el deber de reaccionar. Es preciso que vayan a realizar en América, en el orden

---

<sup>8</sup> Javier Malagón, «Las clases de don Rafael», en Javier Malagón y Silvio Zavala, *Rafael Altamira y Crevea*, ed. cit., p. 60.

intelectual, lo que nuestros *americanos* hacen en el económico: reivindicar el buen nombre de nuestro pueblo<sup>9</sup>.

Por ello, la política pedagógica fue uno de los proyectos primordiales de la acción americanista del incansable maestro, quien dedicó todos sus esfuerzos a dinamizar un programa de intercambio intelectual con América como uno de los mecanismos principales para combatir la corriente hispanófoba, pero nunca movido por un patriotismo autocomplaciente e inmovilista, sino todo lo contrario: desde la perspectiva de un *idealismo progresivo* y de un *pesimismo activo*. Es decir, un idealismo o utopismo que, partiendo del reconocimiento de una decadencia indiscutible, del autoanálisis y del diagnóstico de «los males de la patria», pretendía «infundir creencia en la posibilidad de la regeneración» y, al mismo tiempo, transmitirla a las naciones latinoamericanas para restablecer y normalizar la cooperación con España:

Destruiremos así nuestro propio pesimismo, que suele ser dificultad mayor que las exteriores y ajenas para una acción decidida y fervorosa en el trabajo de la civilización mundial<sup>10</sup>.

Es más, su americanismo no se limitó al ámbito estrictamente académico sino que, como impulsor en España

---

<sup>9</sup> Rafael Altamira, *España en América*, ed. cit., p. 81.

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 83.

de la Extensión Universitaria, quiso trasplantar ese proyecto a tierras americanas potenciando un «programa integral» que, partiendo de las bases del reformismo krausista, proyectara los frutos de la cultura universitaria a todos los ámbitos de la sociedad.

Como manifestación del pensamiento de Altamira en relación a la política pedagógica hispanoamericanista, resulta muy interesante recordar la opinión que le mereció el proyecto de constituir en España una Universidad Hispanoamericana para atraer a la juventud americana que completaba sus estudios en Europa, proyecto finalmente fracasado que había comenzado a debatirse a finales del año 1904. Tanto Altamira como Miguel de Unamuno, Rector de la Universidad de Salamanca, donde se pretendía instaurar el citado proyecto, habían predicho con bastante antelación este fracaso, aduciendo razones que atañen directamente al dogmatismo religioso imperante en las instituciones del momento, que ahogaba los anhelos de instaurar una educación laica a través de la imposición de métodos autoritarios. Esta problemática pone de manifiesto, nuevamente, la polémica entre latinos y anglosajones. Sobre este aspecto, Lily Litvak recuerda que el libro de Edmond Demolins *En qué consiste la superioridad de los anglosajones*,

achaca los males de los países latinos a la educación autoritaria y dogmática que priva al niño de toda iniciativa y espíritu crítico. La de los ingleses, en cambio, contrasta por sus fines prácticos y porque permite el

desarrollo del espíritu. Estas ideas fueron recogidas por españoles de la época como Gabriel Alomar y Rafael Altamira<sup>11</sup>.

Por este motivo, Altamira consideró que, de no renovarse radicalmente la estructura educativa, el proyecto fracasaría y los estudiantes americanos regresarían a los centros de prestigio, establecidos en Francia y Alemania<sup>12</sup>. Idéntica opinión expresó Unamuno en carta dirigida al *Heraldo de Madrid*, calificando el proyecto de «fantástico y absurdo»<sup>13</sup>, a lo que Altamira apostilla:

¿Por qué? Fundamentalmente, porque la enseñanza americana es laica y científica, y la nuestra está dominada por la preocupación religiosa; cuando menos por la reliquia de intolerancia que aquella preocupación ha dejado en la mayoría de los espíritus<sup>14</sup>.

Para formular la necesidad de una orientación liberal en la enseñanza como base del restablecimiento de relaciones con los estudiantes americanos, Altamira se apoyaba nuevamente en las declaraciones de figuras principales de la intelectualidad latinoamericana del momento, como son el escritor peruano Ricardo Palma y el educacionista

---

<sup>11</sup> Lily Litvak, «Latinos y anglosajones...», en *op. cit.*, p. 166.

<sup>12</sup> Rafael Altamira, *España en América*, ed. cit., pp. 40-54.

<sup>13</sup> Cit. en Rafael Altamira, *ibidem*, p. 47.

<sup>14</sup> *Ibidem*.

chileno Valentín Letelier, quienes –escribe Altamira– «con la España inculta, estancada en su progreso y reaccionaria en su política, nada quieren, porque otra cosa sería contradecir los mismos principios de vida de las repúblicas americanas»<sup>15</sup>. La sintonía entre Unamuno y Altamira es total en este caso. Si Unamuno plantea que

antes de pensar en atraer a nadie de fuera, debemos cuidarnos de modificar nuestro ambiente, liberalizándolo del todo; y para poder merecer un día el que vengan a estudiar aquí americanos, es menester, entre otras cosas, (...) la derogación solemne y formal de los artículos 295 y 296 de la Ley de Instrucción Pública y del 2º del Concordato, en que se establece la inspección de la enseñanza por los señores obispos y demás prelados diocesanos. *No olvidemos que en la América española toda, el laicismo es la ley de la enseñanza*<sup>16</sup>.

Altamira le secunda en numerosas ocasiones, por ejemplo cuando expone en sus *Cuestiones hispanoamericanas* que

necesitamos demostrar a los hispanoamericanos que esto, no sólo es posible, sino que lo procuramos con ahínco mediante una orientación francamente liberal, a la moderna, de las fuerzas políticas del país y de los poderes públicos, y haciendo imposible una nueva guerra civil.

---

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 48.

<sup>16</sup> Miguel de Unamuno, carta dirigida al *Heraldo de Madrid*, cit. en *España en América*, ed. cit. p. 47. La cursiva es mía.

[...] pero ¿cómo hemos de pensar en ejercer influjo sobre los americanos, en crear en ellos centros de enseñanza, si antes no reorganizamos los nuestros y nos decidimos a emplear en su mejora y en su difusión grandes cantidades de nuestro presupuesto?<sup>17</sup>

Sin embargo, aun siendo consciente de esta imposibilidad, Altamira pretendió hacerla posible: en un mismo período de tiempo quiso restablecer «la huella de España en América» e impulsar la regeneración de España. Es más, desde su punto de vista, esta regeneración nacional dependía en buena medida de la recuperación del papel de España como guía espiritual de su antiguo imperio para la elevación de las cualidades de la raza y la civilización hispánicas. El resultado es una paradoja elemental, e inevitablemente emergería en la denuncia de algunos intelectuales hispanoamericanos que no aceptaron claudicar ante una pretensión españolista inviable.

Siguiendo el ideario regeneracionista, por un lado Altamira atacó el dogmatismo educativo, la política reaccionaria, los altos niveles de incultura y analfabetismo, etc., y consecuentemente proclamó la necesidad de modernizar, liberalizar, culturizar... en suma, de regenerar el país; y, por otro lado, acatando ese mismo ideario, pretendió impulsar a través de su acción americanista la influencia de España en América, un problema irresoluble

---

<sup>17</sup> Rafal Altamira, *Cuestiones hispanoamericanas*, op. cit., p. 5.

por esa paradoja que define sus términos: la de pretender regenerar o civilizar desde un país –España– todavía no regenerado, al mismo tiempo que se diagnosticaban los males endémicos de España y se planteaban los problemas para su regeneración. En definitiva, Altamira y el grupo de Oviedo proyectaron restablecer la presencia de España en Hispanoamérica proponiendo a los hispanoamericanos un modelo español que, por los motivos señalados, no se sostenía, y que en ese nuevo impulso de acercamiento a América Latina lo que pretendía precisamente era reconstruir un andamio imprescindible para su propia regeneración. Como veremos, sobre esta incongruencia germinará, inevitablemente, la polémica.

No obstante, y a pesar de la paradoja, la importancia del capítulo sobre la Universidad Hispanoamericana estriba en manifestar la consonancia que a comienzos de siglo comienza a fraguarse entre ciertos sectores de la intelectualidad española e hispanoamericana, conformando esa «patria intelectual»<sup>18</sup> de la que resurge la idea de América como crisálida que había de transformarse en algo nuevo, y cuyo potencial era visto por aguzadas miradas españolas como energía regeneradora de la crisis nacional.

---

<sup>18</sup> José Enrique Rodó, «La novela nueva», en *Obras completas*, edición, introducción y prólogo de Emir Rodríguez Monegal, Madrid, Aguilar, 1967, p. 156.

#### 4. ALTAMIRA Y LA «CONFEDERACIÓN INTELECTUAL» HISPANO-AMERICANA DEL 900

*Grabemos como lema de nuestra divisa  
literaria esta síntesis de nuestra propaganda y  
nuestra fe: Por la unidad intelectual y moral  
hispanoamericana.*

José Enrique Rodó

La complicidad espiritual entre intelectuales de ambos lados del Atlántico a partir del 98 tuvo como precedente inmediato el IV Centenario del Descubrimiento en 1892, origen de la emergencia de un nuevo horizonte americano para la identidad cultural española. Un acercamiento, por ejemplo, a la relación entre Altamira y el escritor uruguayo José Enrique Rodó descubre un amplio campo temático que abarca el círculo de otros numerosos escritores finiseculares españoles y latinoamericanos, cuyos contactos, diferencias y semejanzas ideológicas, muestran el complejo cuadro de un período histórico en el que las



relaciones hispano-americanas alteran radicalmente su proceso: la íntima relación, por ejemplo, entre Rodó y Leopoldo Alas *Clarín*, manifiesta en el prólogo que este último dedica a una edición de *Ariel*<sup>1</sup>, y en la correspondencia entre ambos; el intercambio epistolar entre Unamuno y Rodó, que refleja una admiración mutua pero también ciertas diferencias en lo referente a la defensa de *lo latino*<sup>2</sup>; la correspondencia entre Unamuno y Ricardo Palma<sup>3</sup> o la de este último con Altamira, etc.

Sin duda la derrota del 98, que unió a España y América Latina frente al poderío amenazante de Estados Unidos, generó –tal y como ha señalado Teodosio Fernández– «el acercamiento (a menudo silenciado) entre los reformadores de un lado y otro del Atlántico, decididos a superar las deficiencias de un pasado compartido y a luchar por el progreso de sus respectivos pueblos»<sup>4</sup>. El estudio de estas relaciones intelectuales partiendo de la figura de Altamira implica un panorama literario y cultural que comprende una amplia nómina de escritores y pensadores de la época, entre otros motivos porque, como apunta Javier Malagón, «don Rafael Altamira es el historiador que dio a España la

---

<sup>1</sup> El artículo apareció por primera vez el 23 de abril de 1900 en *El Imparcial* de Madrid.

<sup>2</sup> Véase el *Epistolario americano (1890-1936)* de Unamuno, Laureano Robles (ed.), Salamanca, Universidad de Salamanca, 1996.

<sup>3</sup> *Idem*.

<sup>4</sup> Teodosio Fernández, «España y la cultura hispanoamericana tras el 98», art. cit., p. 17.

‘generación del 98’», en el sentido de que «jugó en el campo de la historia un papel idéntico al de los otros escritores en la novela o en el ensayo»<sup>5</sup>.

Entre la lista de autores del fin de siglo español fue Ángel Ganivet el precursor de esa mirada americana que, en palabras de Julio César Chaves, desde el *Idearium español* (1897) abre «una nueva etapa en las relaciones hispánicas»<sup>6</sup>. Esta etapa, desde la perspectiva de Ganivet, no podía orientarse hacia la «confederación política de todos los Estados hispanoamericanos», sino hacia una «confederación intelectual o espiritual»<sup>7</sup> que, en cualquier caso, ratificaba los anhelos de penetración intelectual española en América Latina:

Siempre que se habla de unión iberoamericana he observado que lo primero que se pide es la celebración de tratados de propiedad intelectual: esto es lo más opuesto que cabe concebir a la unión que se persigue. No creo que nadie haya pensado en organizar una «Confederación política de todos los Estados hispanoamericanos»: este ideal es de tan larga y difícil realización que en la

---

<sup>5</sup> Javier Malagón, *Rafael Altamira y Crevea. El historiador y el hombre*, ed. cit., p. 41.

<sup>6</sup> Julio César Chaves, *Unamuno y América*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1970, p. 11.

<sup>7</sup> Ángel Ganivet, *Idearium español. El porvenir de España*, Madrid, Espasa-Calpe, 1977, p. 98. Un lugar destacado ocupa también Rafael M. de Labra (autor de *Orientación americana de España*, 1910), quien impulsó la revitalización de esa comunidad cultural hispano-americana imprescindible para la rehabilitación nacional española.

actualidad toca en las esferas de lo imaginario; no queda, pues, otra confederación posible que la «Confederación intelectual o espiritual», y ésta exige: primero, que nosotros tengamos ideas propias para imprimir unidad a la obra; y segundo, que las demos gratuitamente, para facilitar su propagación<sup>8</sup>.

Al igual que Unamuno, con quien mantuvo una estrecha relación, Ganivet denunció «la escarlatina de las ideas francesas»<sup>9</sup> por la que pasaron los países hispanoamericanos tras emanciparse de España y que repercute en

la escasa fuerza expansiva de nuestra producción intelectual. Este carácter no arguye contra el valor intrínseco de nuestras obras, antes lo acrecienta y realza; pero dificulta la acción útil de nuestras ideas, su influjo en nuestra misma nación y sobre los países que hablan nuestro idioma, en los que tenemos el deber de luchar para que nuestra tradición no se extinga, para conservar la unidad y la pureza del lenguaje. Casi todos los pueblos americanos, al separarse de España, por espíritu de rebeldía han pasado lo que pudiéramos llamar la escarlatina de las ideas francesas, o, hablando con más propiedad, de las ideas internacionales. Si España quiere recuperar su puesto, ha de esforzarse para restablecer su propio prestigio intelectual, y luego para llevarlo a América e implantarlo sin aspiraciones utilitarias<sup>10</sup>.

---

<sup>8</sup> *Ibidem.*

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 100.

<sup>10</sup> *Ibidem.*

Y aunque Altamira y Leopoldo Alas utilizaban el concepto de *latinidad*, todos coincidían en un objetivo común: la necesidad de alentar y extender, tras el divorcio político, la consabida comunión espiritual entre los hispanoamericanos sobre la base de la defensa del sustrato hispánico común. Tal es el sentido defendido por Altamira en su libro *España en América*: por ejemplo, tras analizar la influencia norteamericana, francesa, alemana e italiana en América Latina, dedica un capítulo a «Lo que debe hacer y lo que ha hecho España»<sup>11</sup>, donde expone las razones que habrían de conducir al restablecimiento de la hermandad. Entre otros aspectos, Altamira se apoya en el lazo literario promovido por Rubén Darío para la gestación de una relación que pretende recíproca pero que, en última instancia, repite el objetivo de la necesaria inserción de España en América:

La boga alcanzada en nuestra juventud por Rubén Darío y por otros escritores de América, ha creado lazos nuevos entre ambas literaturas, interpolando elementos de una y otra, creando corrientes de recíproca influencia, y a la postre uniéndolas más y más y asegurando la penetración de la nuestra<sup>12</sup>.

Como es sabido, la «generación del 98» desarrolló un papel decisivo en la restauración de la confraternidad espi-

---

<sup>11</sup> Véase el capítulo en la «Selección de textos».

<sup>12</sup> Rafael Altamira, *España en América*, ed. cit., p. 77.

ritual con América Latina. En su libro *Unamuno y América*, Julio César Chaves apunta en este sentido que

la mayoría de los noventayochistas miró con interés y cariño a América, reaccionando contra la tendencia de sus antecesores [...] Varios de ellos trataron en sus libros temas americanos; Ramón del Valle Inclán lo hizo en *La niña Chole*, en su *Femeninas* y en su *Sonata de estío*. Ramiro de Maeztu tomó también los caminos americanos para convertirse años después en un gran doctrinario del movimiento hispanista<sup>13</sup>.

Desde América, una de las obras más emblemáticas en lo tocante a la relación del 98 español y el pensamiento latinoamericano es, sin duda, *Ariel* (1900) de José Enrique Rodó, obra que, como ya hemos anunciado, se sitúa en el origen contemporáneo sobre la identidad cultural latinoamericana. Tal y como analiza Herbert Ramsdem en su artículo «*Ariel*, ¿libro del 98?»<sup>14</sup>, esta obra está impregnada de las ideas regeneracionistas del 98 español, planteadas y reelaboradas desde América Latina en el controvertido momento histórico en el que aquella «madre patria» que durante siglos simbolizó la opresión, perdida ahora en la depresión de sus males, comenzaba a convertirse en el símbolo de valores fundamentales opuestos al materialis-

---

<sup>13</sup> Julio César Chaves, *Unamuno y América*, ed. cit., p. 11.

<sup>14</sup> Herbert Ramsdem, «*Ariel*, ¿libro del 98?», *Cuadernos hispanoamericanos*, n° 302, Madrid, agosto de 1975.

mo de la América sajona. Desde este punto de vista, *Ariel* se presenta como discurso dirigido «a la juventud de América», en el que el maestro Próspero expone la causa regeneracionista, que ha de lidiar con la «barbarie» externa –pero también con la interna del propio país– para poder desarrollar un proyecto cultural latinoamericanista de índole supranacional:

Con esta opción formal por el sermón laico, netamente pedagógico, –escribe Belén Castro– Rodó se distancia de esos otros textos polémicos o sociológicos y elige un destinatario específico; la juventud americana que, con acceso a la «alta cultura» universitaria, constituirá el sector social mejor preparado para intervenir en las instituciones políticas y culturales, con el fin de imprimir un nuevo sentido regenerador a la cultura latinoamericana del siglo XX<sup>15</sup>.

Sobre la ideología que mueve las raíces de este proyecto germina la inevitable afinidad intelectual entre Rodó y Altamira, planteada siempre en los términos defendidos por ambos americanistas: el diálogo cultural entre los países de lengua española, la regeneración de los valores del espíritu y del idealismo, la necesidad de una política pedagógica orientada a la reivindicación de la cultura, la defensa de los valores de la democracia, el antimilitarismo y el pacifismo,

---

<sup>15</sup> Belén Castro, «Introducción» a la edición de *Ariel*, Madrid, Cátedra, 2000, p. 68.

así como el rechazo a las dictaduras<sup>16</sup>. Rodó consolidaba de este modo la esperanza en la *raza latina*, «asociada –como apunta Teodosio Fernández– al idealismo, al culto de la belleza y la inteligencia, a la aristocracia del espíritu, frente al mercantilismo utilitario que se extendía con el poder de Estados Unidos y frente a la ‘nordomanía’ que afectaba a muchos intelectuales hispanoamericanos»<sup>17</sup>.

El nexo espiritual que reflejan estas coincidencias de carácter y pensamiento se ve refrendado por la correspondencia que ambos mantuvieron<sup>18</sup>, así como por la opinión que Altamira plasmó sobre *Ariel* en varios trabajos críticos: «Latinos y Anglosajones», en *El Liberal* de Madrid (4 de julio de 1900), y una reseña en la *Revista Crítica*<sup>19</sup> –dirigida por el propio Altamira– que incluirá en su libro *Cuestiones hispanoamericanas* (1900), y que reproducirá también como parte de su prólogo a la edición de *Ariel* realizada en Barcelona por la Editorial Cervantes en 1926. En este último, Altamira hace hincapié en el valor educativo del libro de Rodó, como «discurso de pedagogía» substancial para dar luz no sólo a la realidad americana sino también a la decaída moral española:

---

<sup>16</sup> Véase Belén Castro, *ibidem*, p. 19.

<sup>17</sup> Teodosio Fernández, art. cit., p. 20.

<sup>18</sup> José Enrique Rodó, «Correspondencia con Rafael Altamira», en *Obras Completas*, ed. de Emir Rodríguez Monegal, Madrid, Aguilar, 1967.

<sup>19</sup> «La Vida Nueva III. Ariel», en *Revista Crítica de Historia y Literatura españolas, portuguesas e hispanoamericanas*, Tomo V, nums. 6 y 7, junio-julio 1900.

Ese Ariel que Rodó señala como tutor y guía de la juventud de su patria, oponiéndolo al utilitarismo sajón, es el nuestro. (...) A la juventud española importa, pues, tanto como a la de América, leer y meditar el libro de Rodó<sup>20</sup>.

La relación epistolar entre ambos autores refleja los sentimientos de admiración mutua y el agradecimiento de Rodó a Altamira por haber sido, con Leopoldo Alas<sup>21</sup>, uno de los principales difusores de *Ariel* en España. Las palabras de Rodó dan una idea de la importancia de la

---

<sup>20</sup> Rafael Altamira, «Prólogo» a *Ariel*, Barcelona, Editorial Cervantes, 1926, p. 10. Tal y como apunta Alfonso García Morales, «Altamira creía ver en Rodó el mismo pensamiento armónico, la misma voluntad reformadora y educativa que en España lo animaban a él y a otros muchos intelectuales krausistas». Alfonso García Morales, *Literatura y pensamiento hispánico de fin de siglo: Clarín y Rodó*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1992, p. 72.

<sup>21</sup> Sobre la relación entre Rodó y *Clarín*, véase Alfonso García Morales, *ibidem*. En su prólogo a *Ariel, Clarín*, mostrando su absoluta sintonía con el libro del escritor uruguayo, radicaliza la necesidad de la hermandad cultural al concluir: Rodó examina «todo el *pasivo* norteamericano, los defectos de su carácter, de su cultura, de sus ideales. Y estos defectos coinciden con el utilitarismo antes examinado. El interés material, el goce de bienes de pura sensualidad como fin último, y en rigor, el ansia constante de la lucha para conseguir los medios que preparan felicidad tan odiosa y baja. Además, la falta de gracia, la ausencia de *ocio* helénico, de idealidad misteriosa [...] Ariel aconseja a la juventud hispanolatina que no se deje seducir por la sirena del Norte; el ideal clásico y el ideal cristiano deben guiarla, sin que deje de ser *moderna*, progresiva. Como se ve, lo que Rodó pide a los americanos latinos es que sean siempre... lo que son... es decir, *españoles*, hijos de la vida clásica y de la vida cristiana». Montevideo, Dornaleche y Reyes, 1900, p. 9.



figura de Altamira en América, incluso con una década de antelación al famoso viaje que le llevó a la otra orilla del Atlántico. Así, en 1900, Rodó escribía a Altamira:

Las polémicas [con respecto a *Ariel*] duran todavía, y usted no puede imaginarse lo valiosa y eficaz que es cualquier palabra de adhesión que venga de quien, como usted, tiene merecidamente conquistado un alto prestigio en nuestro mundo intelectual. Esto duplica mi agradecimiento...<sup>22</sup>

Del mismo modo, las cartas de Altamira a Rodó dan cuenta de esa «comunidad de ideas» sobre la que se erige un vínculo intelectual basado en los valores elevados de la «raza hispana»:

No sé empezar esta carta de modo que mejor exprese mis sentimientos, que enviando a Vd. un estrecho abrazo, signo de la satisfacción experimentada con la lectura de «*Ariel*», de la *comunidad de ideas que entre ambos existe*. Hace bastantes años, amigo Rodó [...] no había escuchado una voz castellana, ni leído libro alguno castizo, que me hablase tanto al alma, de manera tan íntima y solemne, como el de Vd. Sentimientos análogos han despertado en mi espíritu voces como la de Renan y la de Fichte,

---

<sup>22</sup> José Enrique Rodó, «Carta a Rafael Altamira (Montevideo, 20 de octubre de 1900)», en la edición de *Ariel. Liberalismo y jacobinismo. Ensayos: Rubén Darío-Bolívar-Montalvo*, realizada por Raimundo Lazo, México, Porrúa, 1997, p. 62.

pero eran de otras tierras, originadas por otras necesidades que las de nuestra raza, en cuya personalidad creo y en cuya misión confío. Pensándolo así, empecé a escribir mi «Psicología del pueblo español» y di, hace meses, en Bilbao, mis conferencias sobre «El verdadero concepto de la civilización», que fueron como un «Ariel» reducido a términos vulgares y diluido en hechos históricos. Ojalá el libro de Vd. y su cátedra, formen en la juventud de América conciencia de ese hermoso ideal; y pueda yo ver también aquí, con la ayuda de Vd. mismo y de otros compañeros, resurgir en las generaciones nuevas el genio español, depurado de excrecencias malsanas, que han ahogado repetidas veces en la historia su expresión genuina, la única que me enorgullece todavía hoy, en medio de los desastres, de ser hijo de mi patria<sup>23</sup>.

El modelo de «sermón laico» y las ideas regeneradoras expresadas en *Ariel* respecto a la importancia de la enseñanza evidencian los ecos de la pedagogía krausista, y tanto Altamira como Unamuno y «Clarín» –los escritores españoles con quienes Rodó mantuvo más estrecha relación– habían utilizado este tipo de sermón<sup>24</sup> para la expresión de sus ideas. Por otra parte, las raíces krausistas del pensamiento de Rodó no sólo provenían del otro lado del

---

<sup>23</sup> Rafael Altamira, «Carta a José Enrique Rodó, Oviedo 8-VI-1910». Reprod. en *Rafael Altamira. Alicante-México (1866-1951)*, Alicante, Instituto de Estudios «Juan Gil-Albert»/Diputación Provincial de Alicante, 1987, p. 106. La cursiva es mía.

<sup>24</sup> Belén Castro, *op. cit.*, p. 67.

Atlántico, sino que son también la prueba fehaciente de la filiación martiana de su pensamiento<sup>25</sup>.

Esta afinidad intelectual se ensanchaba a un amplio grupo de pensadores de diferentes países: Altamira, Unamuno, *Clarín*, Palma, y tantos otros intelectuales españoles e hispanoamericanos del fin de siglo, forman así esa «patria intelectual» que Rodó concibió como lugar ideal, pues «las fronteras del mapa no son las de la geografía del espíritu»<sup>26</sup>. Una «patria intelectual» sustentada en la identidad común de la «modalidad hispana» que Altamira pretendía consolidar sobre la base de un modelo troncal de identidad cultural hispanoamericana<sup>27</sup>.

---

<sup>25</sup> Recordemos que el idealismo de José Martí y su creencia en los valores regeneradores de la educación se reforzó cuando entró en contacto en España con la filosofía de los krausistas, basada en la importancia de la educación, en su poder civilizador, en el arte como principio armonizador de la conducta y en una espiritualidad laica.

<sup>26</sup> José Enrique Rodó, «La novela nueva», en *Obras completas*, edición, introducción y prólogo de Emir Rodríguez Monegal, Madrid, Aguilar, 1967, p. 156.

<sup>27</sup> «Esta troncalidad étnica y cultural comenzaba a ser valorada por los intelectuales de uno y otro lado del Atlántico; latía en los escritos de Rafael M<sup>a</sup> de Labra con su insistencia en la *intimidad iberoamericana* (Madrid, 1894), en los artículos de Rubén Darío en *La Nación* de Buenos Aires (junio de 1897), en los del chileno Letelier en *La Ley* (septiembre, 1897), o en los del propio Altamira en su *Revista Crítica de Historia y Literatura españolas, portuguesas e hispanoamericanas*, considerada por él mismo como el primer núcleo de difusión en España de la literatura amena y erudita en lengua castellana del Nuevo Mundo. Estos y otros autores habían venido a difundir *el espíritu de la raza...*». Santos M. Coronas, *Dos estudios sobre Rafael Altamira*, ed. cit., pp. 52-53.

Obviamente, la tendencia hispanizante de esta propuesta, abanderada por Altamira y otros compañeros de generación, encontró un amplio espacio de aceptación entre los apologistas americanos de los valores de la hispanidad, pero también se topó con implacables contendientes que abogarían por la defensa de la identidad propia de la América mestiza, libre de todo imperialismo, tanto español como anglosajón.

Para la restauración de los valores hispánicos desde el fin de siglo, la recuperación del pasado tuvo, sin duda, una relevancia decisiva. Como ha visto Teodosio Fernández, «el papel de España fue objeto de apreciaciones dispares –el propio [Rufino Blanco] Fombona ofreció un ejemplo notable en *El conquistador español del siglo XVI* (1921), donde, sin renunciar a una actitud crítica, supo integrar la conquista y la emancipación de Hispanoamérica en un mismo pasado–, que propendieron paulatinamente a resultar positivas, y con frecuencia se vieron respaldadas por el orgullo con que algunos escritores exhibieron su abolengo español»<sup>28</sup>. Esta tendencia hispanófila se extendió por los más diversos países de América Latina, incluso por algunos de fuerte raíz indígena como el Perú, donde el primer pensamiento indigenista formulado por Manuel González Prada a fines del siglo XIX no consiguió minar la tradicional coyuntura de la Lima letrada con el rancio abolengo español; enseña que volvió a exhibir la genera-

---

<sup>28</sup> Teodosio Fernández, art. cit., p. 23.

ción del 900 o *arielista*<sup>29</sup> en las obras de Francisco García Calderón<sup>30</sup>, José de la Riva Agüero<sup>31</sup> o Víctor Andrés Belaúnde<sup>32</sup>, por citar los nombres más destacados.

---

<sup>29</sup> «Entre 1900 y 1905 la nueva hornada –nacida entre 1880 y 1885, es decir, con posterioridad a la guerra– repite las enseñanzas aprendidas de Francia, en parte a través de Rodó. [...] el indio, y la provincia, y la patria, y la rebelión, y el laicismo son olvidados entre nubes de incienso, entre vaharadas de confort. [...] La universidad, al recuperar su preeminencia, ahonda la división entre limeños y provincianos, entre ricos y clase media. La cátedra vuelve, como en la colonia, al seno de algunas familias o clanes electorales». Luis Alberto Sánchez, *Panorama de la literatura del Perú*, Lima, Milla Batres, 1974, pp. 117-118.

<sup>30</sup> Entre sus obras, destacan *De litteris* (1904) con carta prólogo de Rodó; *Profesores de idealismo* (1909); y *Les démocraties latines de l'Amérique* (1912). Como ha señalado José Carlos Rovira «las ideas centrales de García Calderón construyen un pensamiento racista en el que defiende una vaga latinidad, originada por el empuje hispánico y la cultura francesa, una latinidad opuesta al espíritu anglosajón...». *Identidad cultural y literatura*, ed. cit., p. 28.

<sup>31</sup> Ardiente defensor de la tradición hispánica, representante del positivismo conservador y responsable del colonialismo literario en el sentido de la restauración del *hispanismo*, Riva Agüero veía en el aumento de la inmigración española e italiana el medio para fortalecer el predominio de la raza latina en el territorio nacional. Y en su recuperación del pasado consideró el tiempo de la colonia como «los tres siglos civilizadores por excelencia» (en *Carácter de la literatura del Perú independiente*, *Obras Completas*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1962, tomo I, pp. 297-298).

<sup>32</sup> Asumió los planteamientos de los regeneracionistas españoles y de la generación del 98. [...] Tomando como referente *El problema nacional*, de Ricardo Macías Picavea, *Colectivismo agrario en España* y otras obras de Joaquín Costa, realizó un autoanálisis de los defectos del alma nacional y profundizó en las causas del fracaso político y económico.

En el Río de la Plata la hispanofilia tras el 98 recobró una nueva significación a través del pensamiento de Darío y de Rodó, quienes conferían a la antigua metrópoli un papel de renovación espiritual en aquella concepción del mundo contemporáneo que enfrentaba lo latino y lo anglosajón, como oposición entre el espíritu y la materia. Los representantes de la generación argentina del 900 –entre los más destacados Manuel Gálvez<sup>33</sup> y Ricardo Rojas<sup>34</sup>– abogaban porque «los valores trascendentes (ahí entraban en juego la honradez, la hidalguía y la generosidad propias de la raza) aflorasen para construir la futura grandeza de la patria. La herencia española asumía una significación nacionalista al integrarse en la búsqueda de la identidad propia, perdida en el pasado indígena y colonial, pero aún viva en la atmósfera tradicional de las provincias»<sup>35</sup>.

---

<sup>33</sup> En *El solar de la raza* (1913), como ha señalado Teodosio Fernández, «planteó la necesidad de argentinizar el país a la vez que exaltaba la tradición hispánica y los valores del espíritu», es decir, las raíces hispanas como clave de la identidad nacional y como rechazo al mundo anglosajón. Al tiempo que estrechaba el vínculo con los regeneracionistas españoles: «El pequeño grupo que formamos ejerce aquí una misión semejante a la que tuvo en España aquella generación de ideólogos que surgió después del desastre. España, por medio de Ganivet, Macías Pica-vea, Costa, Unamuno y algunos otros, se observó a sí misma y llegó a comprenderse profundamente». *El solar de la raza*, Buenos Aires, Sociedad Coop. «Nosotros», 1913, pp. 12-13. Véase Teodosio Fernández, «España y la cultura hispanoamericana tras el 98», art. cit., p. 28-29.

<sup>34</sup> Véase *La restauración nacionalista* (1909), *Blasón de plata* (1912) y *La argentinidad* (1916).

<sup>35</sup> Teodosio Fernández, art. cit., p. 27.

En México, los miembros del Ateneo de la Juventud, entre ellos, Alfonso Reyes –con quien Altamira mantuvo una estrecha relación desde que se conocieron en México durante su viaje hispanoamericano<sup>36</sup>–, Pedro Henríquez Ureña y José Vasconcelos, potenciaron un reencuentro con la tradición propia, formada sustancialmente por la tradición hispánica y por la asunción de los valores positivos de la cultura universal<sup>37</sup>. Tal vez sean las siguientes palabras de Alfonso Reyes, en el artículo titulado «España y América», las que aportan la clave para entender la afinidad que unió a intelectuales españoles e hispanoamericanos en esa «confederación intelectual», o «patria espiritual», que condicionó la buena recepción y amplia aceptación de los discursos de Altamira en los países que se emanciparon en las primeras décadas del siglo XIX:

... tras un siglo de soberbia y mutua ignorancia –un siglo de independencia política en que se ha ido cumpliendo, laboriosamente, la independencia del espíritu, sin la cual no hay amistad posible–, los españoles pueden ya mirar sin resquemores las cosas de América, y los americanos considerar con serenidad las cosas de España<sup>38</sup>.

---

<sup>36</sup> El destino les deparaba varios reencuentros marcados por la tragedia del exilio: el de Reyes en la España de la I Guerra Mundial, entre los años 1914 y 1920, y el de Altamira en México, desde 1945 hasta el año de su muerte en 1951.

<sup>37</sup> Véase Teodosio Fernández, art. cit., pp. 24-25.

<sup>38</sup> Alfonso Reyes, «España y América», en Héctor Perea (comp.), *España en la obra de Alfonso Reyes*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990, p. 618 (pp. 617-621).

En esta reflexión de Alfonso Reyes podemos comprender el cariz global de las relaciones entre España y América a principios del siglo XX, pero al generalizar su reflexión a toda América Latina, omite la emancipación de las últimas colonias: se había necesitado «un siglo de independencia» para «la independencia del espíritu», como única vía posible para intentar restablecer el acercamiento con la exmetrópoli, pero no todos los países habían seguido el mismo proceso. En 1910, cuando Altamira llega a Cuba, los años transcurridos desde el 98 eran tan escasos que los resquemores ardían en los ánimos, y «la serenidad para mirar las cosas de España» no era precisamente uno de los objetivos de un importante sector de la intelectualidad cubana, preocupada ante todo por comenzar a definir los rasgos de una identidad propia. La queja de Altamira frente a este sector es lo suficientemente elocuente para adelantar la discusión que ocupa las páginas del siguiente capítulo: «Sólo hallé una nota en contra que apuntar en viaje; y es, a saber: en Cuba, un núcleo o grupo, pequeño afortunadamente, de *anexionistas* que sin poder conseguirlo, felizmente, pretende desespañolizarla»<sup>39</sup>.

---

<sup>39</sup> Cit. en Fernando Ortiz, *La reconquista de América*, París, Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas, s. f. [1911], p. 113.





## 5. RAFAEL ALTAMIRA Y FERNANDO ORTIZ: UNA POLÉMICA POR LA RECONQUISTA DE AMÉRICA

*De cómo el noble don Quijote fue a una  
ínsula hermosa de las Indias, que dicen de  
Occidente y de cómo no consiguió que sus  
naturales cabalgasen en Rocinante y menos en  
Clavileño.*

Fernando Ortiz

En el año 1910, justo después de la estancia de Altamira en La Habana, el ensayista cubano Fernando Ortiz<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> La formación académica de Ortiz en España (cursó sus estudios de Derecho entre Barcelona y Madrid hasta 1901) durante los años del cambio de siglo, y su relación con la intelectualidad española del momento, explican la base regeneracionista de su pensamiento; si bien Ortiz adaptó las premisas del regeneracionismo español a las necesidades de Cuba desde su regreso a La Habana en 1902. Sobre la relación de Ortiz con el regeneracionismo, véase Ricardo Viñalet, *Fernando Ortiz ante las secuelas del 98. Un regeneracionismo transculturado*, La Habana, Fundación Fernando Ortiz, 2001.

recopila sus artículos publicados en el diario *El tiempo* y en la *Revista bimestre cubana* –ambos de La Habana– en el libro titulado significativamente *La reconquista de América*. El subtítulo no es menos elocuente: *Reflexiones sobre el panhispanismo*. Y la acusación explícita a la que se refiere va dirigida desde las primeras líneas al movimiento americanista español liderado por la Universidad de Oviedo y formulado, en tierras americanas, por «el heraldo de esta empresa nacional»<sup>2</sup>: Rafael Altamira.

Podría llamar la atención que el escritor que genera la controversia y estimula el debate sea precisamente un hombre de raíces cubanas y españolas –se formó durante los años del cambio de siglo entre Menorca, Barcelona, Madrid y La Habana–, cuyas relaciones con los intelectuales peninsulares del momento fructifican en una asimilación del *regeneracionismo* español<sup>3</sup>. De hecho, Fernando Ortiz fue un gran admirador de aquella «España joven» formada –en sus palabras– por «hombres mentalmente nuevos» dedicados a diagnosticar las causas de los males y

---

<sup>2</sup> Fernando Ortiz, «El panhispanismo», en *La reconquista de América*, ed. cit., p. 7.

<sup>3</sup> «Es en el cierre del siglo XIX cuando obtiene el diploma de licenciado por la universidad barcelonesa, y en el año de la apertura del XX alcanza el referido doctorado en la Universidad de Madrid. Conoció y leyó a pensadores, literatos, historiadores, sociólogos; se identificó hondamente con el espíritu regeneracionista. Admiró, entre otros, a hombres como Unamuno, Pérez Galdós, Joaquín Costa, Francisco Giner de los Ríos...». Ricardo Viñalet, *op. cit.*, p. 10.

a regenerar el país. Entre ellos, Ortiz ensalza en *La reconquista de América* a escritores como Ganivet, Maeztu, Costa, Unamuno, Ramón y Cajal, Pérez Galdós, Blasco Ibáñez, etc. Sin embargo, el lugar de Altamira en su discurso fluctúa entre la admiración y la prevención o el rechazo abierto ante los afanes panhispanistas que Ortiz vio como objetivo principal de su viaje a América:

... a la vez que le enviamos muy cordial bienvenida y un sincero testimonio de admiración, que le auguramos el éxito científico que su fama merece y que —sin más título para ello que ser admiradores de la España joven y discípulos de sus hombres mentales nuevos— le sugerimos la conveniencia para su triunfo científico en Cuba, de huir de reticencias, equívocos y anfibologías que bastarían para esterilizar los laudables esfuerzos de su predicción generosa y civilizadora<sup>4</sup>.

En este sentido, resultan muy esclarecedoras las palabras de Ortiz en una carta dirigida a Miguel de Unamuno sobre el modo en que concibió los fines del viaje de Altamira a Cuba:

El bueno de Altamira vino engañado a Cuba, se le hizo creer lo que no era y llevado por su patriótico buen deseo de acentuar la influencia española en esta tierra,

---

<sup>4</sup> Fernando Ortiz, «Lo que está debajo», en *La reconquista de América*, ed. cit., p. 67.

forzó la máquina y su acción extra-universitaria fue un fracaso entre los cubanos. Acaso antes de mucho colecciona también una porción de artículos escritos en el sentido indicado<sup>5</sup>.

Altamira, como portavoz español en América de una tendencia hispanista que por supuesto compartían sus compañeros de generación, se convierte así en protagonista de esta crítica que, si en un principio no afecta a los admirados representantes de la España nueva, más tarde Ortiz hace extensiva también a algunos de ellos. Así puede comprobarse en la evolución de su relación con Unamuno<sup>6</sup>, marcada por las incongruencias y contradicciones de este último que determinaron el inevitable enfriamiento de la relación entre ambos; o en el artículo de *La reconquista* titulado «La paradoja», donde recuerda que todos estos representantes de la «España joven», tras diagnosticar la patología de «la enferma», proclamaron la necesidad de su *uropeización* y a la vez se propusieron una nueva cruzada: la vuelta a América. Lo cual sólo supieron afrontar mediante la oposición a la América anglosajona.

---

<sup>5</sup> Fernando Ortiz, Carta N° 5 publicada por Carlos Serrano, fechada el 15 de junio de 1910; publicada en Ricardo Viñalet, *op. cit.*, p. 153. Los artículos a los que hace referencia son los que reunió en *La reconquista de América*.

<sup>6</sup> Cf. Ricardo Viñalet, «De otros españoles ‘mentalmente nuevos’, incluidos encuentros y desencuentros con Unamuno», en *op. cit.*, pp. 49-82.

Ortiz reinterpreta el regeneracionismo español con el afán de aplicar algunos de sus presupuestos a la maltrecha situación cubana tras la independencia, actividad que desarrolló desde su regreso a La Habana en 1902. Para entender los fundamentos de esta reinterpretación, hay que tener en cuenta que el descubrimiento de la diversidad cultural en la propia península a través de una formación académica tanto catalana como española, sumado a la cubanidad de origen «devienen claves fundamentales en las bases de su proyección creadora y vital»<sup>7</sup> –escribe Ricardo Viñalet–. Sobre estas claves Ortiz comienza a gestar la idea del concepto de *transculturación*<sup>8</sup> para la definición de una identidad propia e integradora:

... desde el principio su objetivo apunta a conceptualizar la construcción y esencia del país natal, la idea de una nacionalidad asumida desde sus raíces y su cultura. Para lograrlos en una república frustrada y exhausta desde el alumbramiento, necesita partir de un empeño *regenerador*. Tan importante es para ello la negritud africana como la hispanidad mestiza, como otros factores.

La salvación desde la cultura es la propuesta, de clara ascendencia *krausopositivista*, estandarte ideológico del

---

<sup>7</sup> Ricardo Viñalet, *op. cit.*, p. 8.

<sup>8</sup> El término «transculturación» fue acuñado por Fernando Ortiz en *Contrapunto cubano del tabaco y el azúcar* (1940), Santa Clara (Cuba), Universidad Central de Las Villas, 1963, pp. 290-293. El capítulo específico se titula «Del fenómeno social de la transculturación».

*regeneracionismo* y del grupo dado en llamar Generación del 98. Sin embargo, en esta versión cubana que Ortiz plantea está clamando por la existencia de la nación, sosteniendo el escudo de la identidad nacional desde la cultural<sup>9</sup>.

Es decir, que en el punto de partida para acuñar el término *transculturación*, «se halla el *regeneracionismo* de factura española –continúa Viñalet–, asimilado creativamente, y de otra parte su raigal cubanía, todo lo cual dicta los rumbos necesarios y le hace inevitable una cruzada de dignificación, así como englobar las partes para integrar el todo-único-diverso-otro de las procedencias, que son Cuba y los cubanos»<sup>10</sup>.

Por otra parte, si en principio su obra apunta más hacia un antiimperialismo español que norteamericano –tal y como puede comprobarse en *La reconquista de América*–, es preciso subrayar la evolución de su pensamiento hacia el rechazo al imperialismo de Estados Unidos que comienza a plasmarse en sus escritos a partir de 1913<sup>11</sup>, coincidiendo

---

<sup>9</sup> Ricardo Viñalet, *op. cit.*, pp. 14 y 39.

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 15. «La inquietud renovadora, asimilada creativamente en sus estancias españolas, devino génesis del quehacer sobre Cuba, sus problemas y su cultura. Las confluencias que en su obra, de principio a fin, se observan entre regeneracionismo, identidad nacional y cultural son la espina dorsal de todo Fernando Ortiz». *Ibidem*, p. 38.

<sup>11</sup> Esta evolución se hace patente desde la publicación de *Entre cubanos* (1913), donde las alusiones a los Estados Unidos evidencian una mirada más crítica ante los peligros del nuevo imperio.

además con un acercamiento a España (de hecho impulsó la creación de la Institución Hispano Cubana de Cultura) y con una defensa más intensa del iberoamericanismo como alternativa para América Latina<sup>12</sup>. Ahora bien, este proyecto iberoamericanista asentaba sus bases teóricas sobre el concepto de *transculturación* y no sobre una unidad latinoamericana sustentada únicamente en la reivindicación de *lo latino*, que planteaban muchos intelectuales hispanoamericanos cuyas ideas hemos recorrido en páginas precedentes: Darío, Rodó, etc.

En todo caso, en la reformulación regeneracionista cubana formulada por Ortiz se encuentra la clave para entender su crítica a las premisas de un sector del regeneracionismo español que asumía como una de las líneas principales de consolidación el restablecimiento de «la

---

<sup>12</sup> «Desde muy joven –apunta Ricardo Viñalet– sintió la necesidad del autoexamen social para establecer la raigalidad de la cubanía, y procurar su inserción en contextos de mayor amplitud. El descubrimiento totalizador de *lo cubano* le haría comprender cada vez mejor cuán ineludible sería la unidad iberoamericana»; «Si bien Ortiz no define de modo concreto y específico el alcance del concepto, pudiera interpretarse –y así lo hago– como la posibilidad necesaria de una integración de las repúblicas hispanoamericanas, sin la inclusión en principio de España, aunque tampoco excluyéndola. Más bien la exhorta a ganarse un espacio en nuestra comunidad de naciones a partir de su regeneración, de la conducción de sus destinos por los españoles nuevos, los regeneradores verdaderos sin apetencias coloniales, y con proyectos de desarrollo económico, educativo y cultural». *Op. cit.*, pp. 21 y 116.



huella de España en América», es decir, «la reconquista espiritual de América». Este sector pretendía defender el *panhispanismo* desde la reivindicación de la influencia española, intelectual y económica, como medio para su propia regeneración patria, pero España era un país derrotado y rezagado que, a principios de siglo, con todos sus problemas sociales y políticos, no podía considerarse precisamente como un modelo a seguir. Aun así, una buena parte de la intelectualidad peninsular elaboró un discurso panhispanista que, aprovechando el temor a la creciente hegemonía del vecino del norte, pretendía hacer realidad sus objetivos invistiendo a la vieja Madre Patria como tutora y salvadora de las jóvenes repúblicas hispanoamericanas. Ante este discurso, algunas voces de la otra orilla debían reaccionar, apoyándose evidentemente en la imposibilidad de la España del momento para ejercer de guía espiritual:

... allá en Iberia —escribe Ortiz—, si se canta a la raza, a la lengua y hasta a la religión, es al ritmo del neo imperia-  
lismo manso, porque se piensa que reconocida la unidad de estos pueblos con España, no ha de ser sobre bases igualitarias, sino sobre la base fatal, lógica e inexcusable de la hegemonía española, de la nación que unas veces llaman *madre* con *misión tutelar*, como dicen los cate-  
dráticos de Oviedo, y otras *hermana mayor* y *representante* de las demás, como hoy dice Labra; como si ante el mundo entero no estuviese la *madre* o la *hermana* en peligro de necesitar tutelas por una posible declaración

de incapacidad, si no olvida sus chocheces y su falta de sentido de vida moderna<sup>13</sup>.

En esta controversia, la ferviente reivindicación del papel de España en América realizada por Altamira –unida indisolublemente al alegato defensivo del pasado colonial– y su viaje a América con discursos en los que la insistencia en el hermanamiento va unida a la argumentación españolista, son el detonante para la gestación de la polémica sobre ese *panhispanismo* que, en todo caso, subyace en sus discursos americanos y es explícito en muchos de sus libros y artículos. Las contradicciones o paradojas a las que da lugar esta fluctuación son el caldo de cultivo que permite a Ortiz desarrollar ampliamente la polémica en *La reconquista de América*, cuya relevancia estriba, entre otras cosas, en la aportación de una visión muy diferente sobre el concepto de *lo latino*, planteado por algunos escritores de España e Hispanoamérica como sustrato común para unir los lazos de la comunidad hispana:

Muchas veces los hispanizantes, los que mantienen como norma salvadora del porvenir cubano, que suponen en grave trance, la acentuación de la influencia española, desvían, acaso sin darse cuenta, los términos del problema que de aquel modo ellos quieren ver resuelto, diciendo: *Cuba debe ser latina*, no puede ni debe olvidar

---

<sup>13</sup> Fernando Ortiz, «La fuerza del idioma», en *La reconquista...*, ed. cit., pp. 55-56. La cursiva es del autor.

su latina raza; y así queda casi, por un momento, olvidada la teoría de la hispanización y parece que surge otro racismo, el latino, para robustecer la corriente racista española. [...] No es lo mismo civilización española, que civilización latina. [...] La latinización en labios hispanizantes puede ser más que un error: un engaño<sup>14</sup>.

Los hispanizantes o latinistas españoles, si así se quiere, ignoran que al defender la perduración de la civilización latina entre nosotros y la intensificación de ese carácter, su personalidad y espíritu habría de demorarse o se debilitaría hasta el raquitismo. Porque decir *latinización* es decir cosa muy distinta a *hispanización*. Si se trata de intensificar el sentido latino en Cuba habría que abogar por la adquisición de los mejores caracteres de la llamada civilización latina y entonces, sin olvidar los buenos elementos psicológicos españoles que ya tenemos (no sólo los buenos, sino también los malos) buscaríamos otros que no son españoles, así como la inventiva italiana, el sentido positivista de su renacimiento, el humanismo de su cultura, y la sutileza, espíritu de ahorro y modernidad de Francia, por ejemplos. No habría que hispanizarnos, habría que absorber lo mejor de la civilización latina...<sup>15</sup>.

En su libro, Ortiz realiza una crítica decidida a estos planteamientos hispanizantes, expresando la opinión de un grupo de intelectuales cubanos del momento que no

---

<sup>14</sup> Fernando Ortiz, «Latinismos», *ibidem*, p. 30 y 33.

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 32. La cursiva es del autor.

veían la necesidad de optar entre dos imperialismos –español o norteamericano–, es más, que rechazaban cualquiera de estas opciones para la necesaria introspección en las propias raíces de lo cubano. Y precisamente para abordar la crítica al *panhispanismo*, Ortiz se centra en las causas y las consecuencias del viaje de Altamira a Cuba, entendidas desde el punto de vista de esa reconquista espiritual de América que, encabezada por Altamira, vio como objetivo de los principales americanistas españoles de principios de siglo. En este sentido, la acusación sobre el *neoimperialismo español* de estos intelectuales realizada por Ortiz –quien no por ello deja de proclamar ciertos méritos de la campaña americanista de Altamira<sup>16</sup>–, como ideología que pretendía restablecer la influencia de España sobre los países latinoamericanos, plantea una discusión que debe encauzarse mediante el contraste de opiniones sobre asuntos que, como se comprueba en este libro, no tuvieron una única formulación, basada en la reivindicación de lo latino

---

<sup>16</sup> Por ejemplo, Ortiz termina el capítulo «La americanización de España», «no sin antes proclamar una vez más la nobleza del heraldo de España nueva y las vivas simpatías y hasta la honda gratitud que a todos los nacidos en la libre América nos inspira el profesor Altamira en esas sus predicaciones *americanófilas*». *La reconquista...*, ed. cit., p. 88. O en «La despedida al señor Altamira», le alaba «la propaganda viva por la extensión universitaria, de tanta necesidad en Cuba; vuestras enseñanzas a los estudiantes mostrándoles las asociaciones estudiantiles de los grandes centros escolares alemanes, ingleses, americanos y franceses; así como todos vuestros adorables esfuerzos por la difusión de la enseñanza». *Ibidem*, p. 91.

y en la pretendida unidad ideal hispano-americana, sino que, muy al contrario, se abordaron desde otras perspectivas.

En Cuba, el 98 –el año del *desastre* en España– fue también una fecha que instauró la frustración de ideales en el propio origen de su independencia, cuando el dominio español se vio reemplazado por la intervención estadounidense. El desengaño se convierte así en el estigma del nacimiento de la nueva república y, a su vez, como consecuencia lógica, es el acicate para que los intelectuales cubanos del momento se planteen la necesidad de una regeneración que, como la española, asienta sus bases sobre la redefinición de la identidad nacional:

Dentro de los primeros esfuerzos de Fernando Ortiz –explica Ricardo Viñalet–, no pocos se dirigieron al autoexamen, al autoconocimiento del cubano (Serrano, 1987). Asimismo emprendió una cruzada en pro de la dignificación ciudadana en aquella república artificial y exhausta desde el mismo 20 de mayo de 1902, cercenada en la soberanía, urgida de emprender un camino largo y arduo de ascensión ética, social y política. Ortiz recogió el guante; percibió que por ahí se marcaba un rumbo para alcanzar los objetivos: *regeneracionismo* desde la derrota, la pobreza y la identidad, tan afines, evaluó las circunstancias cubanas y españolas. Un *regeneracionismo* desde la otra linde, *transculturado*<sup>17</sup>.

---

<sup>17</sup> Ricardo Viñalet, *op. cit.*, p. 38.

En *La reconquista de América*, Ortiz formula esa necesidad de definir una personalidad propia que no debía admitir, para su regeneración, la enconada influencia de imperialismos espirituales ni económicos —de España o EE. UU.—, sino que debía plantearse desde el autoexamen y la búsqueda de las raíces cubanas, así como desde la asimilación plural de los valores positivos desarrollados por las culturas más avanzadas del mundo:

Si queremos patria fuerte hemos de aspirar ambiente de cultura mundial, no sólo latina aunque latina también. La atmósfera en que crecer y robustecerse [...] no es la que infectan aún hoy las instituciones muertas del coloniaje, sino la que podrían oxigenar, si quisiéramos y tuviéramos buen criterio de higiene cultural, los huracanes de la energía inglesa, los vendavales de la cerebración alemana, las corrientes sutiles que de Francia llegan [...] Muevan todos nuestro mar, que sólo así podremos salir de esta calma eterna y desesperante en que nos vamos agotando, casi sin movernos. [...] Ni latinismos mentidos ni latinismos ilusos; civilización mundial, sólo civilización. [...] Como sea, bebamos<sup>18</sup>.

Paradójicamente, el propio Altamira utiliza planteamientos muy similares cuando se trata de combatir el contraproducente aislamiento de España y de defender, por

---

<sup>18</sup> Fernando Ortiz, «Latinismos», en *op. cit.*, pp. 34-35.

consiguiente, su apertura y su necesaria europeización para recibir el influjo modernizador de las naciones más prósperas. En esta apertura Altamira considera también de especial relevancia el enriquecimiento con la savia nueva de las repúblicas hispanoamericanas para fortalecer el sentimiento hispanista, sobre todo a través de los emigrantes que al regresar a España traen consigo los frutos de su experiencia americana, esencial para la regeneración, y mediante la potenciación del intercambio entre profesores españoles y americanos<sup>19</sup>:

La insensatez del aislamiento; la necesidad de estar recibiendo continuamente influencias de los demás y, en primer término, de los que son diferentes (necesidad tan

---

<sup>19</sup> A este respecto, Fernando Ortiz dedica el capítulo de *La reconquista...* titulado «La americanización de España», donde considera que «Altamira, en los escritos con que preparó su viaje a América, habla muy seriamente, con objetivismo positivista y con la penetración mental que le es característica de *modernizar* a España con savia americana»; «Y a eso y por eso vino el doctor Altamira a la América Latina; a combatir por la *reespañolización* de América, y a intensificar la corriente modernizadora que afluye a su patria de este nuevo mundo, o sea en pro de la *americanización* de España». Ed. cit., pp. 81 y 87. En el artículo titulado «La paradoja», Ortiz sintetiza el proyecto de modernización de España planteado por Altamira y Labra: «La tarea es noble para ellos: modernizar a España, darle todo el nivel de la cultura intensa que le falta, acercarla a Europa y a los Estados Unidos, y al mismo tiempo, fortalecer el sentimiento hispanista en iberoamérica, hacer que en ésta perdure el espíritu de España y para ello alejarla de las otras influencias europeas y separarla de los Estados Unidos». *Ibidem*, p. 101.

esencial en los pueblos como en los individuos, para la propia nutrición psíquica) [...] nada de esto sentencia en contra de la necesidad de sostener la personalidad de los pueblos constituidos, como factores útiles, y tal vez imprescindibles, en la compleja obra del progreso humano, para lo cual no se basta uno solo, ni quizá la naturaleza de nuestro espíritu consiente que toda la carga y todas las condiciones pesen o se hallen en *un* grupo social, como positivamente no se hallan en *un* individuo (por alto y equilibrado que sea) ni en una sola generación<sup>20</sup>.

... la falta de chauvinismo, nacional o regional, no está en amar lo suyo y en procurar defender la personalidad del genio propio (como cada individuo debe defender la suya), sino en tenerla por inmejorable o por la única buena, cerrando el espíritu a toda influencia extraña como inútil o errónea, *queriendo oficiar de maestro y civilizador respecto de los demás* (a quienes se estima como inferiores y descarriados), y desconociendo que lo humano es que siempre nos estamos educando unos a otros, necesitando todos mutuamente; que la sabiduría, la previsión, el ingenio, etc., no están vinculadas en ningún grupo; que la civilización es una suma de esfuerzos de las más variadas procedencias, y que el espíritu más sabio es el más humilde, dispuesto a oír todas las opiniones y a recoger la verdad allí donde estuviere, en vez de encerrarse en la infundada suficiencia del que todo lo sabe y todo lo tiene averiguado *in eternum*<sup>21</sup>.

---

<sup>20</sup> Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*, ed. cit., pp. 78-79.

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 96. La cursiva es mía.



Y digo paradójicamente, porque la argumentación de Altamira se invierte al plantear la necesaria primacía de la influencia de España en América sobre cualquier acción emprendida por otras naciones en los países hispanoamericanos. La ambigüedad de sus planteamientos se evidencia cuando encontramos disquisiciones sobre la influencia recíproca que debe generarse entre España y América Latina junto con otras muchas en las que Altamira insiste precisamente en el derecho de España a «oficiar de maestra» en los países hispanoamericanos, sobre la base «legítima» del sustrato étnico común<sup>22</sup>, para lo cual es preciso alejarla de la influencia europea y de Estados Unidos.

¿Cómo no concebir como ambiguo o paradójico un posicionamiento que se contradice en numerosas ocasiones en las publicaciones sobre las relaciones entre España y América? En los discursos pronunciados en los centros educativos hispanoamericanos durante el viaje de 1909-1910, Altamira reitera constantemente la finalidad humana y cultural de su empresa, desprovista de cualquier atisbo de colonialismo espiritual; por ejemplo, en el «Discurso de recepción en la Universidad de La Plata»:

Por otra parte, las principales naciones europeas y americanas redoblan hoy sus esfuerzos legítimos por

---

<sup>22</sup> Véase en la «Selección de textos», el fragmento reproducido de la conferencia *Cómo concibo yo la finalidad del hispanoamericanismo*.

intimar con vosotros intelectualmente en la esfera universitaria. España no había hecho nada en este sentido. Cree tener derecho a ello; más que derecho, tiene un deber a que le llaman, no sólo esa afinidad a que antes he aludido, mas también la masa de españoles que aquí viven incorporados a vuestro esfuerzo. Quiere, pues, contribuir, en la medida de sus posibilidades, a la formación del espíritu de esta hidalga nación argentina.

*Pero se engañaría quien viese en este deseo nuestro una obra de patriotería nacionalista, ni de competencia. Aparte de que ambas cosas están reñidas con la significación científica de la Universidad, nosotros consideramos nuestra influencia, no desde el punto de vista estrechamente patriótico, sino desde un punto de vista humano. [...] Nosotros, pues, repito, no queremos ni avasallar, ni competir. Queremos simplemente ocupar nuestro puesto en la obra de la cultura humana, para que de hoy más, ni vosotros, ni los españoles que viven en América, nos llamen desertores. Si servimos, y para qué servimos, eso lo dirá la obra misma<sup>23</sup>.*

Sin embargo, la opinión expresada en sus libros es, en ocasiones, radicalmente opuesta. Por ejemplo, en sus *Últimos escritos americanistas* (1929) –siguiendo el ideario que

---

<sup>23</sup> Rafael Altamira, «Discurso de recepción en la Universidad de La Plata», en *Mi viaje a América*. Reprod. en *Rafael Altamira. Alicante-México (1866-1951)*, ed. cit., p. 99. La cursiva es mía. En este mismo sentido, véase en la «Selección de textos», «La obra americanista de la Universidad de Oviedo. Discurso en la Universidad de La Habana».

ya había trazado en *España en América* (1908)<sup>24</sup>— comienza el capítulo titulado «La inteligencia hispanoitaliana» reivindicando que el Descubrimiento de América es un hecho «exclusivamente español»; que «el 12 de octubre es, ante todo y sobre todo, fiesta española y de los pueblos formados en las tierras que España descubrió»; que es —en suma— «fiesta española y de raza hispánica»; y que «nadie puede negar con fundamento que los pueblos americanos de nuestro tronco se han formado sustancialmente [...] con elementos étnicos procedentes de España. Por eso son hispanoamericanos». Para proseguir solicitando, en términos competitivos, «libertad absoluta de comercio espiritual, con absoluto respeto a las fuerzas de cada uno, y juego limpio en la natural competencia. Que triunfe quien más valga, quien más trabaje, quien más se acomode a las esenciales necesidades del espíritu de cada nación americana»<sup>25</sup>; y terminar recurriendo a esa comunidad de raza que no deja lugar a la discusión sobre el legítimo ganador en la batalla por la supremacía intelectual:

La cooperación es naturalmente más fácil con los próximos y afines que con los lejanos, y hay que procurarla a todo trance; pero lo menos que podemos pedirles

---

<sup>24</sup> Véase el fragmento reproducido en la «Selección de textos».

<sup>25</sup> Rafael Altamira, *Últimos escritos americanistas*, 1929. Cito por el mecanoscrito del legado de Rafael Altamira. Archivo de la Residencia de Estudiantes (Madrid), pp. 2-4.

a ellos es que no nos nieguen ni nos mermen *lo que por historia y por derecho nos corresponde*<sup>26</sup>.

En estas manifestaciones el discurso de hermanamiento espiritual y cultural entre España y América, tantas veces reiterado por Altamira, es descubierto por Ortiz como mera ilusión o simulacro. Claro que este planteamiento competitivo del predominio espiritual español revela un desconocimiento, o una voluntad de ignorar el ansia de un importante sector hispanoamericano de independencia intelectual para poder definir una identidad cultural propia, exenta de cualquier tutelaje foráneo. Y lo español, por supuesto, ya era también lo foráneo, con independencia de que necesariamente desde Hispanoamérica se asumía el pasado compartido y se reconocían los valores culturales comunes como vía indispensable para la definición de una identidad en todo caso mestiza. Esta comunidad de intereses seguía siendo concebida desde España como resorte principal para ejercer un tutelaje en ocasiones reconocido y en otras disimulado. Pero de cualquier forma este es el discurso que, inevitablemente, intelectuales como Fernando Ortiz descubrirían como «lo que está debajo» del que consideraban simulacro fraternal.

Altamira se convierte así en portavoz del ideal español que, ante su proyectado viaje a Cuba –que luego abarcó a

---

<sup>26</sup> *Ibidem*, p. 5. La cursiva es mía.

tantos otros países—, insistía sobre todo en las palabras de adulación para el restablecimiento de la relación igualitaria con las jóvenes *hermanas* y, sin embargo, no podía contener las inevitables emergencias patrioteras de la mutilada *Madre Patria*. Dicho ideal se manifiesta, por ejemplo, en los artículos de *El Imparcial* de Madrid con motivo del viaje de Altamira:

La América española realiza una intensa y meritísima labor intelectual, y sus Universidades cuentan con ilustres profesores, algunos de renombre mundial; pero ni en aquella labor ni en la obra de esos profesores, suele ser la influencia dominante la del pensamiento español. [...].

De esta manera nos conoceríamos más íntimamente y nos apreciaríamos mejor; y *conociéndonos más y apreciándonos mejor, aunaríamos nuestros esfuerzos en favor de la raza española*, amenazada en el nuevo continente por el predominio creciente de la anglo-americana.

Por eso es indispensable que el proyecto de que el Sr. Altamira vaya a Cuba a inaugurar el intercambio universitario entre España y América, se realice en condiciones que permitan que el viaje del doctísimo profesor dé los frutos que de la competencia y del entusiasmo de éste cabe esperar; que se prepare para plazo no lejano la ida de otros profesores de igual renombre a Buenos Aires, Santiago de Chile y Méjico, y que se gestione que a su vez vengan a España catedráticos de aquellas Universidades.

*Sería una obra de cultura, y obra también de españolismo*<sup>27</sup>.

Por supuesto, la comunidad de idioma sería también otra baza esencial para la reivindicación españolista. En el libro *España en América*, tras analizar la influencia francesa, italiana, alemana y norteamericana en América Latina, Altamira formula «Lo que debe hacer y lo que ha hecho España» acudiendo al idioma común como ligamen decisivo para la supremacía intelectual:

... trabajamos en pro del alma americana en lo mejor y más genuino que esta tiene. En el orden concreto de la mentalidad, el corte de unos y otros es el mismo y continuará siéndolo mientras hablemos todos el romance castellano, que, como idioma, no es sólo un conjunto de palabras, un léxico, sino una serie de ideas orientadas de un modo especial. De aquí que nosotros, los españoles, seamos los que mejor podemos entendernos, en el comercio de la inteligencia, con nuestros hermanos del Nuevo Mundo<sup>28</sup>.

En *La reconquista de América*, la réplica de Ortiz, que analiza punto por punto todas las disquisiciones de

---

<sup>27</sup> «El intercambio universitario», en *El Imparcial*, 14-IV-1909. Reprod. en *Rafael Altamira. Alicante-México (1866-1951)*, ed. cit., p. 95. La cursiva es mía.

<sup>28</sup> Rafael Altamira, *España en América*, ed. cit., p. 72.

Altamira y del panhispanismo, se refiere también a la instrumentalización del idioma para fortalecer la «comunidad de raza» en el capítulo titulado «La fuerza del idioma»:

... cuando España trata de lazos de amor y de aranceles le teme no sólo a los Estados Unidos, que son su odio más profundo, sino también y mucho a franceses e italianos que le están haciendo quedar desairada en la propia Suramérica.

Quédase pues reducida a límites restringidos la llamada fuerza del *idioma* que con la de *raza* y la *religión*, son las únicas *fuerzas* de que alardea España, a falta de otras más decisivas y más intensas y reales, como la *industria*, el *comercio*, la *agricultura*, el *ejército*, la *marina*, la *escuela*, la *riqueza*, la *ciencia*; en fin, la *civilización*<sup>29</sup>.

Evidentemente, esta línea de pensamiento no era inédita, sino que ratificaba las ideas de otros intelectuales cubanos que, antes de 1898, ya alertaban sobre la pertinacia de España en imponer sobre Cuba su desfasado modelo espiritual y abogaban por la imperiosa necesidad de romper el vínculo con la metrópoli, como único camino para una modernización nacional que debía nutrirse de los valores positivos desarrollados por las civilizaciones más avanzadas. Por supuesto, la figura de José Martí y su prédica antiimperia-

---

<sup>29</sup> Fernando Ortiz, «La fuerza del idioma», en *La reconquista...*, ed. cit., pp. 52-53. La cursiva es del autor.

lista es fundamental para el arraigo en Cuba del pensamiento emancipador hispanoamericano; pero también en lo que respecta a la demanda de una necesaria apertura para regenerar el país con el potencial renovador de las civilizaciones modernas europeas y norteamericana. Durante esos mismos años de efervescencia preindependentista, otra voz cubana reclama nuestra atención por su afinidad con los posteriores planteamientos de Ortiz: se trata del pensador cubano Enrique José Varona, que ya en 1896 ofrecía una conferencia en el Steinway Hall de Nueva York en la que, tras la crítica al sistema colonial español —que juzga como despótico y opresor— vuelve al presente cubano para denunciar la perniciosa influencia de España en su país:

Si después de conocidos los progresos que a costa de pertinaces esfuerzos han realizado al cabo las más antiguas colonias, alguna otra prueba se necesitara de que la ruptura de su vínculo político con la metrópoli era una necesidad primordial para su posterior desenvolvimiento, la historia de Cuba, en todo lo que va de siglo, la ofrecería colmada. Toda ella puede resumirse en una pugna tenaz entre el espíritu reaccionario de España, exacerbado por su inmenso fracaso en el continente, y el espíritu progresivo de los cubanos, estimulado por los ejemplos que tiene a la vista y por las nuevas condiciones de vida en que se desarrolla la civilización moderna. Vamos a ver aquí compendiada en pocos años la historia que acabamos de bosquejar. Vamos a ver de nuevo a España cediendo sólo a la necesidad, y dispuesta a volver siempre sobre sus pasos, abriendo a medias la mano, para volver a



cerrarla con más fuerza, incapaz de aprovechar las ocasiones de enmienda, empeñada en vivir fuera de la realidad, y en explotar a Cuba en pleno siglo XIX, como explotó la América en pleno siglo XVI.

[...] Al dar la última batalla a la tiranía española, tenemos derecho para aguardar, sin gran desconfianza, los días que sigan a la aurora del triunfo. Aunque rezagados en tantas décadas respecto a nuestras hermanas, hoy libres, nuestra situación es bajo muchos aspectos más auspiciosa que lo fue la suya<sup>30</sup>.

El vaticinio de Varona sobre esa España siempre dispuesta a «volver sobre sus pasos», parecía confirmarse en este resurgimiento del interés español en América que, obviamente, ciertos sectores de Cuba concibieron inmediatamente como amenaza para su completa independencia y para su necesaria modernización. Catorce años después, Fernando Ortiz vio este vaticinio convertido en realidad con la llegada de Rafael Altamira en 1910, como portavoz de un discurso de hermanamiento en el que las contradicciones y ambigüedades señaladas permitieron al pensador cubano denunciar «la altruista paradoja»<sup>31</sup> de una ideología hispanista que, finalmente, desde su punto

---

<sup>30</sup> Enrique José Varona, «El fracaso colonial de España», en Leopoldo Zea (compilación, prólogo y cronología), *Pensamiento positivista latinoamericano*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980, Tomo II, pp. 400 y 403.

<sup>31</sup> Fernando Ortiz, «Lo que está debajo», en *La reconquista...*, ed. cit., p. 67.

de vista, incurría en un soterrado «neoimperialismo intelectual» español.

La crítica de Ortiz, en primer lugar, se refiere a la utilización de la noción de *raza* lanzada por la Universidad de Oviedo a los centros docentes hispanoamericanos —«desde la vetusta y serena universidad de Oviedo hasta las alharacas de la prensa española (...) se habla de la *raza española* como de núcleo social de existencia indiscutida»<sup>32</sup>—, para el restablecimiento de la influencia espiritual de España<sup>33</sup>:

... existe esa ilusión de raza [...] porque se quiere que exista, porque los sentimientos agresivos sienten la necesidad de una máscara, de un estimulante, de un sueño, de una disculpa, que todo eso es la raza al sentimiento imperia-

---

<sup>32</sup> Fernando Ortiz, «Civilizaciones, no razas», en *op. cit.*, p. 11.

<sup>33</sup> La crítica al concepto de «raza» es uno de los ejes principales de los ensayos de Fernando Ortiz. Recordemos, por ejemplo, este breve fragmento de su artículo «Ni racismos ni xenofobias» [publicado en *Revista Bimestre Cubana* XXIV, 1 (enero-febrero, 1929), pp. 13-15]: «Las ideas 'racistas' son, al igual, contraproducentes. El concepto de raza, que es el más sobado y de mayor ingenuidad aparente, es también, sin duda, muy perjudicial. Ante todo, porque es falso. No hay una raza hispánica, ni siquiera española. Y menos en América, donde conviven las razas más disímiles, con tal intensidad numérica que en no pocas repúblicas no es la que pudiera decirse raza hispánica la predominante. El racismo hispánico es tan nocivo en nuestros países de América como puede serlo el 'racismo negro' o el 'racismo indio' y aun el 'nórdico' anglosajón, que también agitan algunos en aquellas tierras». En Jorge Schwartz, *Las vanguardias latinoamericanas. Textos programáticos y críticos*, Madrid, Cátedra, 1991, p. 634.

lista. Es máscara porque la lucha por la supremacía de la raza, aun siendo ilusión, parece grandiosa, más noble y altruista y encubre la finalidad de egoísmo personal y a veces pequeño de un Estado político que así logra impersonalizarse; sueño lo es sin duda porque al unir la idea de raza al sentimiento dominador parece como que ya éste está actuando y extendiéndose como un comienzo de dominio y expansión [...] en fin, la adhesión de la idea de raza al sentimiento imperialista tiende a su mayor vigor y fortaleza. [...] hoy el principio antropológico de raza, aun siendo socialmente ilusión, como lo fue el principio religioso ayer, sea un vigorizante y sustituto ideológico del imperialismo, que siempre las ideas aun siendo falsas y malas o buenas, han robustecido sentimientos y han disfrazado egoísmos, fuesen éstos santos o perversos<sup>34</sup>.

Partiendo de esta formulación, Ortiz subraya a lo largo de su libro «el puesto de corneta de Altamira en esa cruzada de la raza»<sup>35</sup>:

Altamira mereció los honores de la Universidad, y si no alcanzó los populares cubanos fue, porque apenas llegó, hubo de aludir a *lo que estaba debajo de sus palabras*, y desconocedor de este pueblo quiso hacer en él agosto hispanista, con mohosas hoces de raza, más que con arados de cultura pedagógica<sup>36</sup>.

---

<sup>34</sup> Fernando Ortiz, «Civilizaciones, no razas», en *La reconquista...*, ed. cit., pp. 21-23.

<sup>35</sup> Fernando Ortiz, «El error de Rueda», *ibidem*, p. 129.

<sup>36</sup> Fernando Ortiz, «Justicia, pura justicia», *ibidem*, p. 134. La cursiva es del autor.

Premisa que descubre inmediatamente como máscara para encubrir el verdadero propósito de la empresa americanista española:

Así vemos a Altamira y a Labra, por no salirnos de los principales americanistas españoles, luchando contra el presente atraso mental de España, pintado por ambos y especialmente por el primero con los más negros colores y promoviendo una corriente de opinión en pro de lo que sin peligro de impropiedad pudiera llamarse el «panhispanismo», llamado a luchar contra el «panamericanismo» [...] El «panhispanismo», en este sentido, significa la unión de todos los países de habla cervantina no sólo para lograr una íntima compenetración intelectual sino para, también, conseguir una fuerte alianza económica [...] aunque el panhispanismo sea por ahora intelectual y económico, no deja de ser un imperialismo.

[...] cierto es que el imperialismo adopta diversas formas, y que el nuevo sentimiento expansivo español, sin poder soñar hoy con dominaciones militares, se polariza por ahora hacia la afirmación o permanencia de la influencia hispana en este continente o sea, hacia una «rehispanización tranquila» o un «neoimperialismo manso»<sup>37</sup>.

Ante esta denuncia de un imperialismo español subrepticio y de un *panhispanismo* fehaciente en la acción

---

<sup>37</sup> *Ibidem*, pp. 7-9. El artículo completo, titulado «El panhispanismo», se encuentra en la «Selección de textos».

emprendida por los hispanoamericanistas españoles de principios de siglo, las ideas expresadas por Altamira en sus libros y conferencias evidencian el choque frontal de planteamientos tan disímiles y opuestos como el que encontramos en el siguiente fragmento; la afirmación por Altamira del renacimiento hispánico en Cuba tras su independencia impone un contraste rotundo con los textos de Fernando Ortiz –en los que también le recuerda a Altamira dicha afirmación, que cita en «La reespañolización de América. Réplica abierta al profesor señor Dr. R. Altamira»<sup>38</sup>–, y da cuenta de la perpetua pugna entre hispanófilos e hispanófobos desde los orígenes de la emancipación hispanoamericana en general:

El señor García Marqués<sup>39</sup>, que reside en Cuba hace muchos años y conoce bien el país nos ha dado testimonio de [...] la resurrección del espíritu hispanista en la población indígena [...] El señor García Marqués vino a decir, en resumen, que Cuba es hoy más española, está espiritualmente más cerca de España que cuando era una de nuestras provincias ultramarinas; y esta afirmación, basada en la realidad, contiene mucha más substancia de la que se advierte a primera vista.

Mientras Cuba fue políticamente de España, el resquemor de los agravios recibidos, o que creía recibir –una

---

<sup>38</sup> *La Reconquista de América*, ed. cit., p. 79. El artículo se encuentra en la «Selección de textos».

<sup>39</sup> Presidente honorario del Centro Asturiano de La Habana.

y otra cosa hubo— del Estado español, mantenía obscurecida la conciencia del fondo común del espíritu (que bien podríamos llamar *nacional* en la más elevada acepción de la palabra) con la metrópoli. [...] Resuelto el conflicto, independiente la isla, curados los resquemores, restablecida sinceramente la cordialidad, la conciencia de lo que, sólo por usar términos consagrados, aunque inexactos, llamaremos *raza*, fue abriéndose camino día a día, y cada vez se hace más clara en la inteligencia y en el sentimiento de los cubanos. [...]

Por eso es Cuba hoy más española que antes, porque su españolismo de hoy es más hondo, más verdadero, más espontáneo, más seguro y de raíz propia que el anterior a 1898<sup>40</sup>.

Esta hispanofilia, como ya he señalado, tuvo fervientes defensores en Hispanoamérica, y de ella dependió la ilusionada acogida de Rafael Altamira en muchos de los centros que visitó en su viaje. Un planteamiento opuesto al ideario de Ortiz es el que hallamos, por ejemplo, en el «Discurso de recepción en honor de Rafael Altamira pronunciado por Rodolfo Reyes» —miembro de número de la Academia Central Mexicana de Jurisprudencia y Legislación—, sustentado nuevamente por ese concepto de *raza* que tanto combatió el pensador cubano en sus ensayos:

Por eso, Excelentísimo Señor, porque México ama a la raza que dio a su primitivo bronce la forma civilizada al

---

<sup>40</sup> Rafael Altamira, *España en América*, ed. cit., pp. 26-27.

calor de la llama luminosa del genio latino, porque ve en la cultura la única simiente fundamental del definitivo progreso, porque representáis un altísimo centro de educación latina y porque vos sois ese representante, os ha abierto sus brazos, os ha recibido como honda de oxígeno que nos vivifica y nos alienta, como *recuerdo del bendito hogar de los mayores que nos conforta y educa* [...] él en cambio va a llevar cargamentos de recuerdo, de simpatía, de admiración y de solidaridad, para esa España Nueva, que armada de todas las legendarias y no amenguadas virtudes que la han hecho grande y heroica hasta en sus grandes errores, aleccionada por el dolor y el desastre, renace fecundándose a sí misma [...] *y será [...] la maestra y guiadora de esta prole numerosa que en este Mundo Nuevo*, espera de pie la consumación de los altos fines que le corresponden en las futuras luchas civilizadoras [...] *sed bienvenido al seno del Foro Mexicano, ilustre embajador de ideales nobles y de propósitos purísimos; las cadenas que gracias a vos y a los vuestros habrán de unirnos en lo futuro con la Madre Patria y nos harán un todo con ella, son cadenas de amor, y de sinceridad y de confianza, así encadenados iremos seguramente en lo porvenir con una sola alma en pos de una misma finalidad*, tras el progreso definitivo, pero conservando siempre dentro de cada nacionalidad; propongámoslo así, los propios caracteres de nuestra inmortal, de nuestra fecunda, de nuestra gloriosa y victimada raza<sup>41</sup>.

---

<sup>41</sup> Rodolfo Reyes, «Discurso de recepción en honor del Sr. Dr. Rafael Altamira». Academia Central Mexicana de Jurisprudencia y Legislación. México, 29-I-1910. Reprod. en *Rafael Altamira. Alicante-México (1866-1951)*, ed. cit., pp. 114-115. La cursiva es mía.

Pero volvamos a la polémica con Ortiz. Aunque Altamira puso especial cuidado en reiterar el propósito de hermandad espiritual, enriquecimiento mutuo y comunicación recíproca entre España y América Latina, Ortiz insistió en descubrir en las propuestas de Altamira «lo que está debajo», título de uno de los artículos más directos y elocuentes del sentido que estamos planteando:

La frase está hecha, y hecha por el propio Dr. Altamira. Además de sus palabras de fraternidad, después de su generosa campaña de intercambio intelectual, tras de sus arranques de sano patriotismo español aún hay más, y ese *más*, él mismo lo ha dicho al terminar su oración saluatoria en la Universidad de La Habana, este *más...* es LO QUE ESTÁ DEBAJO, *lo que él no tenía necesidad de decir porque todos lo entendíamos perfectamente*. Y en efecto, todos hemos creído entenderlo<sup>42</sup>.

En definitiva, Ortiz plantea que «lo que está debajo» del discurso de Altamira es, «el sentimiento expansivo de un pueblo que quiere imponer a los demás, especialmente a sus afines, su modo de ser y de vivir, todo el sentido de su civilización»<sup>43</sup>. Ante manifestaciones de Altamira como la que sigue –perteneciente a la conferencia pronunciada

---

<sup>42</sup> Fernando Ortiz, «Lo que está debajo», en *La reconquista...*, ed. cit., p. 64. La cursiva es del autor. El artículo completo se encuentra en la «Selección de textos».

<sup>43</sup> Fernando Ortiz, «Civilizaciones, no razas», *ibidem*, p. 23.



en la Universidad de La Habana y similar a otros fragmentos ya señalados— Ortiz denunciará el discurso de lo que puede leerse entre líneas:

Pudiera creerse, que al venir una Universidad española a las Universidades hispano-americanas buscando el intercambio, buscando que suene aquí su voz y el eco de su espíritu, pretendemos españolizar la América hispana en el orden intelectual, haciendo que desaparezca, absorbida por la influencia nuestra, la nota propia y característica del espíritu de cada uno de nuestros pueblos. Esa creencia sería, si la hubiese, absolutamente falsa. *La Universidad de Oviedo no quiere, no pretende enseñar nada; no viene a oficiar de maestro*, no viene a mostrarse para que la admiren, ni ha enviado para realizar su obra americanista un hombre que busque lucir cualidades personales (...) nosotros no venimos sólo a dar y a reflejar sobre vosotros nuestras ideas, sino que venimos también a pedirnos que vengáis a España para reflejar sobre nosotros vuestro espíritu y vuestra obra científica<sup>44</sup>.

De esa creencia surgió precisamente la argumentación de Ortiz, quien lamentó que Altamira «rematara su discurso con una expresión que ciertamente chocó con el res-

---

<sup>44</sup> Rafael Altamira, «La obra americanista de la Universidad de Oviedo». Conferencia en la Universidad de La Habana. En *Mi viaje a América*, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1911, pp. 422 y 424. La cursiva es mía. Los fragmentos más ilustrativos de esta conferencia se encuentran reproducidos en la «Selección de textos».

to de su conferencia de altruismo, de amor y de pura y estricta intelectualidad»<sup>45</sup>. Y es que Altamira terminó su conferencia apuntando que tras sus palabras había mucho más: «lo que está debajo», sin percatarse tal vez de que entre quienes le escuchaban había más de una mente audaz que pretendería descubrir un mensaje implícito, y que se desmarcaría de la ovación con la que concluyó la conferencia sobre «La obra americanista de la Universidad de Oviedo»:

Esa España no piensa más que en ser factor útil de la obra de la civilización humana; y como quiera que en esa labor ella sabe bien que si va con sus solas fuerzas, quizá naufragaría en el camino, viene a vosotras, no sólo a infundiros algo del entusiasmo que ella tiene, sino a pedirnos también vuestra ayuda, para que nosotros salvemos también nuestra crisis, que la tenemos, y juntos podamos elevarnos a ese alto ideal de la patria hispana común, de la patria hispana espiritual que yo aquí, con mi palabra torpe, os he querido pintar, y de la cual estoy seguro que habréis visto, a través de la torpe frase, que no acierta jamás, por mucho que yo la torture, a expresar el fondo de mi pensamiento, habréis visto, digo, por las vibraciones de la palabra misma, todas las cosas que no dije, que están debajo del signo, y que vosotros entenderéis perfectamente. (*Gran ovación*)<sup>46</sup>.

---

<sup>45</sup> Fernando Ortiz, «Lo que está debajo», en *op. cit.*, p. 65.

<sup>46</sup> Rafael Altamira, «La obra americanista de la Universidad de Oviedo». Conferencia en la Universidad de La Habana. Cit. *supra*.

La interpretación que Ortiz dio a estas últimas palabras en los artículos titulados «Lo que está debajo» y «La reespañolización de América. Réplica abierta al profesor señor Dr. R. Altamira» no podía ser aceptada por Altamira, que justificaba la expresión «debajo del signo» como referencia a lo que humildemente no hubiera quedado claro en su discurso. Sin embargo Ortiz, en esta réplica, insiste en su interpretación, ya no refiriéndose únicamente al citado discurso en la Universidad de La Habana, sino a la obra completa de Altamira y a su reivindicación de «la huella de España en América»:

... creemos aún no sólo que nuestra interpretación estaba y está justificada, sino que —aun cuando ella después de la aludida carta [de Altamira] no puede ceñirse a dicho párrafo concreto— está en consonancia con el espíritu que os anima, ilustre profesor ovetense, y con vuestro idealismo integral, fruto bello del patriotismo español, bello aun cuando morderlo significaría para nosotros la maldición de Jehová y la expulsión del paraíso americano.

No sois nuevo, a fe mía, en el palenque hispanista; siempre habéis mirado por encima del raquitismo gubernamental español en estas cuestiones, y os disteis pronta conciencia de la fuerza inmensa que España olvida en las que fueron sus Indias. [...] buscasteis antes que otros, para España, nuevo porvenir; la vuelta a América [...] para asentar de nuevo una acción de intensa y extensa influencia española, en este nuevo mundo. Y que le dais importancia al problema, lo dice este vuestro párrafo: «Nuestra influencia en América es la última carta que nos

queda por jugar en la dudosa partida de nuestro porvenir como grupo humano; y ese juego no admite espera» (*España en América*, pág. 39) [...]

Y si todo esto lo dicen vuestros libros ¿no era natural [...] que todos creyeran que *lo que estaba debajo* de vuestras palabras, era precisamente lo que está en vuestros escritos? [...]

... ¿por qué no podíamos ver en vuestras frases una reticencia patriótica hacia el viejo y resquebrajado solar ibero, una proclama a la alianza espiritual, una nueva cruzada española, santa para España pero nefasta para nosotros? [...] ¿por qué no hemos de prevenirnos contra esa campaña que ahonda nuestra fatídica desintegración social? [...]

La obra de *reespañolización* de América así acometida será obra patriótica para España, pero no será nada útil a estos pueblos que necesitan para salvarse de una fuerte integración de fuerzas y absorción de las más diversas energías en una dirección común. Pensad, pues, si no era justo nuestro consejo, y si no es humano, lógico y patriótico que mentes y corazones cubanos reaccionen contra la pretendida *reespañolización*...<sup>47</sup>

Si bien Ortiz pretende aunar todos los esfuerzos para la *deshipanización* de Cuba como único medio para la verdadera *cubanización*, termina su artículo de respuesta a

---

<sup>47</sup> Fernando Ortiz, «La reespañolización de América. Réplica abierta al profesor señor Dr. R. Altamira», en *op. cit.*, pp. 70-78. La cursiva es del autor. Véase el artículo completo en la «Selección de textos».

Altamira desvinculando su argumentación de todo apasionamiento infructuoso e insistiendo en la medida de quien busca una visión ecuánime de la problemática planteada:

Y sabed que en estas líneas sólo hay la expresión serena y reposada del espíritu cubano y de su sentido de vida en estos días, libre de todo apasionamiento hispanóforo, antes al contrario, inspirados en la más castiza hidalguía criolla que es orgullo cubano y que todos reconocemos deber a la buena gente de Castilla<sup>48</sup>.

En cualquier caso, ante esta denuncia de los afanes soterrados del «neoimperialismo español», Ortiz se pregunta:

¿debemos los cubanos mantenernos en el cuadro de la civilización española y aun aferrarnos más en él o, al contrario, hemos de pugnar por saltar fuera del mismo, volando a otros horizontes superiores más azules y limpidos, cualquiera que sea la civilización que en ellos se viva? [...] ¿debemos seguir, paso a paso, como lazarillos de la adormilada España que arrastra sus achaques, o debemos subir corriendo, si nos es posible recuperando, jóvenes y ágiles, el tiempo pasado allá abajo en la cuna y en el regazo?<sup>49</sup>

---

<sup>48</sup> *Ibidem*, p. 79.

<sup>49</sup> Fernando Ortiz, «¿De Cam o de Israel?», en *La reconquista...*, ed. cit., pp. 28-29.

Su respuesta a lo largo de *La reconquista de América* es rotunda y clara cuando de lo que se trata es de plantear una urgente y necesaria reivindicación de la identidad propia, por ejemplo en este fragmento dirigido a Altamira:

Y cuando habléis de Cuba a vuestros compañeros de cátedra y a nuestros hermanos de la *España nueva*, decidles [...] que aún no ha muerto el nacionalismo cubano; que aún se agita el separatismo en los maniguales de la idea para libertar al alma cubana de las zarzas del coloniaje espiritual que la aprisiona; que en Cuba no soñamos con iberismos quijotescos aun cuando estos, y precisamente por ser tales, fueran desinteresados; que si no queremos ver absorbida nuestra personalidad por los norteamericanos tampoco queremos ser mental ni políticamente españoles; que como Lanuza dijo, queremos ser *modernos y americanos* o, como decimos todos, *queremos ser cubanos, totalmente cubanos*<sup>50</sup>.

La reacción de Ortiz daba continuidad en Cuba al pensamiento hispanoamericano emancipador desarrollado a lo largo del siglo XIX en las nuevas repúblicas independientes a través de diversas manifestaciones culturales, entre las cuales la literatura se convirtió en uno de los campos principales para la gestación y consolidación ideológica de ese pensamiento. Un ejemplo muy ilustrati-

---

<sup>50</sup> Fernando Ortiz, «La despedida al señor Altamira», *ibidem*, p. 97. La cursiva es del autor.

vo lo encontramos en Argentina, en una figura principal de la intelectualidad del país como es Esteban Echeverría, quien en 1846 respondía a un artículo de Alcalá Galiano titulado «Consideraciones sobre la situación y el porvenir de la literatura Hispanoamericana». Allí Galiano aseguraba que la literatura americana «se hallaba todavía en mantillas», precisamente por haber «renegado de sus antecedentes y olvidado su nacionalidad de raza» y recomendaba una vuelta a la tradición colonial bajo el tutelaje literario de España. Pero en la respuesta de Echeverría, literatura e ideología no son precisamente compartimentos estancos:

... otro tanto sucedería en América, si adoptando el consejo del señor Galiano rehabilitásemos la tradición literaria española; malgastaríamos el trabajo estérilmente, echaríamos un nuevo germen de desacuerdo, destructor de la homogeneidad y armonía del progreso americano, para acabar por no entendernos en literatura como no nos entenderemos en política, porque la cuestión literaria que el señor Galiano aísla desconociendo su escuela está íntimamente ligada con la cuestión política, y nos parece absurdo ser español en literatura y americano en política<sup>51</sup>.

---

<sup>51</sup> Esteban Echeverría, *Ojeada retrospectiva*, Montevideo, 1846; en Esteban Echeverría, *Dogma socialista y otras páginas políticas*, Buenos Aires, Ediciones Estrada, 1948, p. 89.

Y aunque las circunstancias políticas y temporales entre las palabras de ambos son sustancialmente distintas, son obvias las concomitancias de Ortiz con el pensamiento de Echeverría en el sentido de la reivindicación de independencia intelectual:

... nos permitirá el señor Galiano le digamos, que no nos hallamos dispuestos a adoptar su consejo, ni a *imitar imitaciones*, ni a buscar en España ni en nada español el principio engendrador de nuestra literatura, que la España no tiene, ni puede darnos; porque, como la América, «vaga desatentada y sin guía, no acertando a ser lo que fue y sin acertar a ser nada diferente».

[...] si [los americanos] reconocen y adoptan alguna tradición como legítima y regeneradora, tanto en política como en literatura, es la *tradición democrática* de su cuna, de su origen revolucionario.

[...] los americanos saben muy bien dónde deben buscar el principio de vida, tanto de su literatura como de su sociabilidad; y este escrito se lo probará en pequeño, al señor Galiano, y a los que piensen como él en España y en América<sup>52</sup>.

En este mismo sentido, desde Cuba fue José Martí uno de los principales impulsores de esa necesidad de una literatura propia para la expresión de la experiencia americana —que desde su punto de vista debía nutrirse de la cultura y

---

<sup>52</sup> *Ibidem*, pp. 89, 93 y 99. La cursiva es del autor.



la literatura universal y no sólo de la española— como proyecto central de la literatura hispanoamericana de la emancipación, destinado a la creación de una expresión literaria hispanoamericana; si bien esta «literatura de la independencia» adquirió en su evolución y consolidación muy diversos matices según los países, dependiendo fundamentalmente de los procesos políticos, culturales y sociales con que cada nación desarrolló su proceso emancipador. En todo caso, la prevención española frente a la pérdida de la influencia literaria en Hispanoamérica<sup>53</sup> no es sino una manifestación más de los resquemores peninsulares que, ante la evidencia, rechazaban la posibilidad de la resignación y continuaban soñando con restablecer la soberanía intelectual. Inevitablemente, la literatura había perdido también en el campo de la batalla, y su mítico imperio se desmoronaba frente al avance imparable de otros competidores. Esta derrota se convertía en un reflejo más del *desastre*, tal y como Larra expresó tempranamente en artículos como «Penuria intelectual de España» o en el titulado «Pérdida de la influencia literaria de España», que

---

<sup>53</sup> Que esta discusión no se agota en el lapso temporal que estudiamos lo evidencia por ejemplo la agria disputa literaria que a lo largo de 1927 mantuvieron la generación vanguardista argentina, capitaneada por la revista *Martín Fierro*, y la vanguardia española, con *La Gaceta literaria* a la cabeza, acerca de un controvertido «meridiano intelectual de Hispanoamérica» con sede en Madrid. Véase Carmen Alemany Bay, *La polémica del meridiano intelectual de Hispanoamérica: (1927). Estudio y textos*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 1998.

comienza con las siguiente palabras: «Olvidada la antigua influencia nuestra, levantadas otras naciones a ocupar el puesto privilegiado que vergonzosamente les cedíamos en el rango de los pueblos, la literatura no podía menos de resentirse de nuestra decadencia política y militar»<sup>54</sup>.

Tal vez un cierto desconocimiento de la realidad mestiza americana y de su imperiosa necesidad de definirse con identidad propia condicionó que muchos intelectuales españoles del momento no vieran, o no quisieran ver, la transformación de la América española en la América Latina. Un desconocimiento secular que Ganivet, aunque desde una perspectiva hispanizante afín a los postulados de Altamira, embelleció en la analogía con aquella isla-utopía, llamada ínsula Barataria, tan desconocida, real e imaginaria como la que se atisbaba en el enigmático y difuso horizonte americano: «La mayoría de la nación ha ignorado siempre la situación geográfica de sus dominios: le ha ocurrido como a Sancho Panza, que nunca supo dónde estaba la ínsula Barataria, ni por donde se iba a ella, ni por dónde se venía»<sup>55</sup>. La aventura americana de Altamira pretendió combatir esa ignorancia y restablecer los caminos para emprender una acción cuando menos para-

---

<sup>54</sup> Mariano José de Larra, *Ideario español*, recopilación de Andrés González-Blanco y prólogo de Gabriel Alomar, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (<http://cervantesvirtual.com>), 2003. Edición digital basada en la de Madrid, Biblioteca Nueva, 1910.

<sup>55</sup> Cit. en Fernando Ortiz, *op. cit.*, p. 150.

dójica: americanizar España y reespañolizar América; una incongruencia que sirvió a Fernando Ortiz para expresar su rechazo al panhispanismo:

Y en esto estriba la paradoja, en pretender *rehispanizar a América*, cuando ellos mismos confiesan que hay que *americanizar a España*; en pretender que el alma de España siga inspirando la vida total de la América liberada, cuando los españoles ilustres trabajan por vaciar el espíritu español en nuevos moldes, ya que de seguir como es inspiraría nuevos desastres y la catástrofe final. Y si esto es así, si España está, como nosotros, enferma ¿por qué quiere ser la higienista de América? ¿No sería más lógico que antes que a curas ajenas, atendiera a su propia curación? [...] ¿Por qué en vez de estériles, peligrosas e infantiles algaradas y correrías americanistas no difunde en sus villorrios medioevales, en sus aldeas de dormidos labriegos, en sus provincias levíticas, toda la savia nueva de los Altamira? [...] ¿Por qué quiere dar a América lo que no tiene para sus hijos?<sup>56</sup>

Ante esta paradoja, que define la problemática de «la reconquista espiritual de América», la recomendación de Ortiz para los sabios de la España nueva es que se cuiden primero de modernizarse ellos mismos para que los países hispanoamericanos reconozcan el buen influjo de la cultu-

---

<sup>56</sup> Fernando Ortiz, «La paradoja», *ibidem*, pp. 102-103. La cursiva es del autor. En la «Selección de textos» está reproducido el artículo completo.

ra española, al igual que admiten y recogen la de otros países cultos; y, por otra parte, exhorta a los americanistas españoles a aceptar que «la europeización de España es en Cuba la *americanización*»<sup>57</sup>, y a comprender la inexpugnable visión cubana de esa paradoja de la que él es portavoz:

Esa cruzada española por la raza y el idioma es una reconquista espiritual de América encubriendo una campaña de expansión mercantil, es una paradoja impotente aunque engañosa, es un mimetismo imperialista, es una utopía internacional, es un egoísmo idealizado, es la triste figura de Sancho con celada y con lanzón<sup>58</sup>.

Con todo, a través de aquella arriesgada aventura Altamira consiguió dinamizar un intercambio cultural decisivo para el nacimiento de un incipiente hispanoamericanismo en España. Sin embargo, «lo que estaba debajo» de su discurso fructificó, como hemos podido comprobar, tanto en encuentros como en desencuentros, esenciales estos últimos para el enriquecimiento de la reflexión sobre su dimensión americanista, así como para abordar los diversos puntos de vista que componen el complejo panorama del 98 en España e Hispanoamérica. El discurso de Ortiz plantea sin duda el desencuentro principal, al trazar la arriesgada aventura de un intelectual español que desem-

---

<sup>57</sup> *Ibidem*, p. 104.

<sup>58</sup> *Ibidem*, p. 105.

barcó, con el mismo equipaje de libros y conferencias que había paseado por buena parte de la América del Sur, en la última ínsula del desvanecido imperio español. La explicación es al fin y al cabo sencilla, y la encontramos en el propio discurso de Ortiz: «la misión del Dr. Altamira, no actúa en Cuba sobre factores y elementos análogos a los que habrá encontrado en Sur-América donde van ya a celebrarse los días del separatismo y los natales de la independencia»<sup>59</sup>. No obstante, a pesar de este desajuste Ortiz no se olvida de subrayar los aspectos positivos de su empresa:

La idea de confraternidad hispano-americana predicada por el Dr. Altamira, si halla en Cuba obstáculos que acaso no halló en el resto de América Latina, tiene en cambio la conveniencia especial de facilitar la comunicación de afectos y el olvido de pasiones antagónicas, lo mismo aquí en Cuba que allá en la misma España<sup>60</sup>.

Este ideario que recorre su argumentación en relación con España y con el *neoimperialismo* no sólo se encuentra en *La reconquista de América* sino también en otras de sus obras, entre las que destacan la recopilación de artículos titulada *Entre cubanos: psicología tropical* (1913) y la original reescritura o reinterpretación de la obra de Benito

---

<sup>59</sup> Fernando Ortiz, «La despedida al señor Altamira», *ibidem*, p. 94.

<sup>60</sup> *Ibidem*, p. 95.

Pérez Galdós titulada *El caballero encantado* (1909), incluida en *La reconquista de América* con el título *El caballero encantado y la moza esquiva. Versión libre y americana* (1910), donde Ortiz continúa desarrollando su discurso político regeneracionista y contrario al *panhispanismo*<sup>61</sup>. Si en *El caballero encantado* Galdós profundiza en el tema de la regeneración de España, Ortiz reinterpreta ese asunto trasladándolo a su país e intercalando la óptica cubana y americana en su *versión libre*. Tras la reescritura de la obra, concluye añadiendo un Epílogo netamente americano –en el cual ya no tiene cabida el texto original–, que incluye la «Carta íntima de América Andina a su hermana menor Juanita Antilla» y la «Carta réplica confidencial de Juana a su hermana mayor, la bella Cintia». Aquí Ortiz resume simbólicamente, a través de los personajes alegóricos de América Andina y Juanita Antilla (Cuba), toda la controversia panhispanista, convirtiendo a la joven América en una soltera atractiva rodeada de pretendientes y admiradores que anhelan conquistarla, o reconquistarla, según sea su procedencia, italiana, francesa, inglesa, alemana o española:

Tú sabes que a mi ventana vienen a festejarme mocitos de muy extrañas tierras, italianos artistas, franceses espirituales, alemanes rubicundos, ingleses acaudalados...

---

<sup>61</sup> Cf. Ricardo Viñalet, «De cómo Fernando Ortiz supo hallar una moza esquiva para cierto caballero encantado», en *op. cit.*, pp. 29-48.

muchos, demasiado acaso, bastantes para hacerme parecer casquivana y de poco seso, si ello no fuera coqueteo inocente y hasta egoísta para entretener las murrias de estas soledades y aprovechar de los conocimientos y servicios que de sus simpatías yo saco, sin menoscabo de mi honesta soltería<sup>62</sup>.

Dada la extensión de ambas cartas las reproduzco en la «Selección de textos». Aun así, es preciso señalar algunos fragmentos que ilustran sobre la especial significación de este «Epílogo» para comprender, por un lado, la propuesta iberoamericanista de Ortiz y su llamada a la unión:

... estamos tan lejos —escribe América Andina— y son tan tardíos los correos, ¡la familia está tan desparramada! Pero aunque con distinto apellido, hermanas somos al fin por parte de madre y justo es que nos queramos y contemos nuestras cosas. ¿Verdad?<sup>63</sup>

Y, por otro lado, el talante, al mismo tiempo irónico y comprensivo, con el que Ortiz aborda toda la controversia planteada frente a España; e incluso la opinión que le mereció la acción emprendida por Altamira, cuya representación en el texto bien podría intuirse en el «guapo

---

<sup>62</sup> Fernando Ortiz, *El caballero encantado y la moza esquivia*, en *La reconquista de América*, ed. cit., pp. 323-324.

<sup>63</sup> *Ibidem*, p. 321.

joven» enviado por «mamá» para el galanteo en competencia con sus rivales:

Durante bastantes años –escribe América Andina a Juanita Antilla– las hermanas que nos quedamos por estas tierras, nada supimos de nuestra progenitora [...] pero héte aquí que apenas tú te escapaste se nos presenta un recomendado de mamá, guapo joven –que majo sí lo es– rondándonos la reja, hablando nuestro lenguaje y diciéndonos palabritas más dulces que la miel<sup>64</sup>.

América Andina alerta a su joven hermana (Cuba) de los celos de este joven con respecto a sus contrincantes (es decir, sobre los peligros neoimperialistas del panhispanismo que no admite la competencia de otros países en el terreno hispanoamericano) y sobre todo de su especial fijación con el vecino del norte (Samuel Johnson, «Sam»), pero Juanita Antilla (Cuba) ya conocía también al famoso pretendiente que, tras su viaje americano, quiso concluir su galanteo con una última conquista. Así se lo hace saber Juana a su hermana mayor (América Andina) en su Carta réplica, en la que creo indudable la presencia de la figura de Altamira (en Carlitos de Tarsis) como enviado de la progenitora para protagonizar la reconquista:

Efectivamente, sabía ya del delirio que abrasa a nuestro infortunado primo el caballerete de Tarsis. Lo sabía

---

<sup>64</sup> *Ibidem*, p. 323.



por Pérez Galdós, cuya genialidad literaria me encanta, y por el propio Carlitos tenía barruntos del acceso, *pues sabrás, querida América, que también me corteja a mí con igual ardor como, por lo que leo, de igual manera hace carantoñas a todas las hermanas nuestras. ¡Habrás visto sultán! ¡Chica, cómo se conoce que la sangre mora le bulle en las venas...!*<sup>65</sup>

América Latina, Cuba, España, Estados Unidos, todos tienen su representación alegórica en ambas cartas, cuyo cierre corre a cargo de Juanita Antilla (Cuba), con la conclusión o recomendación final para toda la América Latina: la libertad, es decir, la independencia, desde una concepción no excluyente sino integradora:

No te cases ni con el rey; sé libre, guarda tu soltería que es tu mejor belleza, paliquea cuanto quieras con Carlos y hasta entretente con sus romanticismos, que no es malo mirar hacia atrás cuando sabemos marchar firmes hacia adelante; pero guárdate de permitirle irreverentes dichos, ni menos otras osadías comprometedoras. Óyete sus cuitas, aconséjale como tu saber te indique, quíerelo por sus infortunios, que amar al prójimo es obra buena; más no enfríes tus afectos con otros galanes, que éstos son la alegría del vivir presente y la esperanza risueña del futuro<sup>66</sup>.

---

<sup>65</sup> *Ibidem*, pp. 330-331. La cursiva es mía.

<sup>66</sup> *Ibidem*, p. 333.

Sin duda las acertadas palabras de Ricardo Viñalet sintetizan la dimensión ideológica de esta singular obrita que resume, con un humor ingenioso y clarividente, toda la controversia planteada a lo largo de estas páginas:

Patriótico, digno, insobornable desde la otredad cubana frente a España y a Estados Unidos, esta *versión libre* de una novela es mucho más: constituye declaración identitaria y lección de ella. En última instancia, es grito del *derecho a ser* ante cualquier intento de absorción.

He aquí un modelo de re-escritura interpretativa sobre un texto literario, inducido por los misteriosos vasos comunicantes que fluyen entre la vida y el arte.

He aquí, de igual modo, el trazado de un destino histórico<sup>67</sup>.

En el ámbito de esta discusión, las ambigüedades del discurso hispanista parecen inevitables si nos retrotraemos en el tiempo a un pasado en el que los términos *patriotismo* o *españolismo* eran asumidos y defendidos como valores imprescindibles, y cuya reivindicación se efectuaba en el terreno movedizo de un momento histórico crucial en la redefinición nacional de España y de los países de América Latina y en las relaciones entre ellos. La disolución del imperio no podía sino engendrar estos debates, cuando el problema de la identidad española coincidía en el tiempo

---

<sup>67</sup> Ricardo Viñalet, *op. cit.*, p. 47.

con el nacimiento contemporáneo de la reflexión sobre la identidad latinoamericana.

Desde Hispanoamérica, las diferentes visiones recorrían los discursos enfrentados que abogaban por la defensa de la Madre Patria y las glorias de la raza o que, por el contrario, reclamaban una independencia intelectual que necesariamente denostaba el concepto de *raza* para sustituirlo por el de *cultura*; es decir, para definir la identidad latinoamericana a través de términos fundamentales como *mestizaje* o *transculturación*, remitiendo a una concepción integradora de los diferentes componentes humanos que confluyeron en tierras americanas a partir de 1492. Desde España, el discurso parecía fluctuar también en el equivalente a esas dos visiones, es decir, entre la proyección de una confraternidad espiritual ideal y las emanaciones, de intensidad variable según los discursos, de un hispanismo patriótico que ofuscaba los intentos de comprensión de una realidad distinta, no hispana, sino hispanoamericana, o mejor, latinoamericana. Sin embargo, en el reconocimiento de ese esfuerzo de comprensión de una realidad distinta, en la necesaria valoración del contexto histórico en que se produce, y en el efectivo renacimiento de la aurora americana en el horizonte cultural español del siglo XX, se encuentra el camino para distinguir los sorprendentes matices de este panorama hispano-americano.

De la mano de Altamira hemos podido penetrar en ese cuadro en el que ciertas figuras principales de la otra ribera enriquecen, tanto en la afinidad como en la oposición

de las ideas, la dimensión intelectual de su faceta americanista. Al mismo tiempo estas voces, en su disonancia, abren una ventana que descubre el intrincado laberinto de la América Latina en los albores del siglo pasado<sup>68</sup>: un

---

<sup>68</sup> En la continuidad del siglo, se pueden introducir otras cuestiones que ampliarían las perspectivas del americanismo de Altamira, que aquí hemos centrado en la actividad desarrollada durante el primer decenio del siglo XX y en la «reconquista» espiritual (planteadas por Fernando Ortiz) como clave temática de su producción bibliográfica sobre las relaciones entre España y América. La lectura de un documento de 1923, como es el prólogo que Rafael Altamira realiza a *Raza de bronce* del boliviano Alcides Arguedas (Valencia, Prometeo, 1924) nos abriría seguramente a un eslabón más, dado que en este prólogo su lectura del indigenismo refirma las posiciones anteriores. Teodosio Fernández, en su artículo «Arguedas en su contexto histórico. El regeneracionismo español» [en Alcides Arguedas, *Raza de bronce. Wata Wuara*, edición crítica de Antonio Lorente, Colección Archivos, 1998, pp. 455-470] sitúa el regeneracionismo arguediano en el contexto del regeneracionismo español. En la década de los 20, Altamira lee el *Pueblo enfermo* de Arguedas, novelado en *Raza de bronce*, y saca conclusiones sociales: «Arguedas no da solución, porque en este libro no es más, en cuanto a la forma, que el literato creador de una imagen de realidad vista y sentida. Esa realidad muéstrase igualmente inepta en los explotadores que en los explotados, y por ello ambos no conocen más que un solo e ineficaz camino: el de la violencia. Pero la visión de inhumanidad y de sangre que Arguedas nos ofrece hace pensar necesariamente en aquella política de tutela perpetua del indio que fue la substancia de todo nuestro pensamiento colonial, y en la posibilidad que descubre de un término medio entre la quizá imposible asimilación al tipo de vida occidental blanca, y el abandono total o la destrucción de los inasimilables. No se percibe ningún argumento serio contra la estimación de que, aun siendo absolutamente cierta e invencible la inadaptación de ciertas razas no blancas a la civilización

«mundo nuevo» en el que la diversidad ideológica del origen inauguraba la inagotable discusión de su destino.

---

que los blancos han creado, sea menospreciable e ineficaz otra civilización adaptada a las condiciones de aquéllas, sin violentarlas ni arrancarlas de su cauce natural, haciendo que sirvan a la humanidad (y en primer término a sí mismas) conforme a sus propias condiciones, y sin añadir a éstas más que aquellas cosas de nuestra modalidad que, por ser profundamente humanas, son comunes a todas las razas y pueden ser entendidas y vividas por todos los hombres». Otra cuestión que ampliaría perspectivas tiene que ver con la mayor virulencia que el tipo de debate centrado por Ortiz en relación a Altamira, adquiere en 1927 con la polémica del meridiano intelectual, que ha reconstruido Carmen Alemany Bay en *La polémica del meridiano intelectual de Hispanoamérica (1927). Estudio y textos*, ed. cit. En el ámbito de esta discusión, otros protagonistas, con otros modos desde luego, se plantearon la lucha contra otra «reconquista».

## SELECCIÓN DE TEXTOS



## RAFAEL ALTAMIRA

*Cuestiones hispano-americanas* (Madrid, 1900).

Mecanoscrito del Archivo de la Residencia de Estudiantes. Madrid (Legado de Rafael Altamira).

### III

#### «NUESTRA POLÍTICA AMERICANISTA»

La reciente visita de los marinos argentinos y la noble contestación que ha dado a nuestro sincero y entusiasta recibimiento el Gobierno de la gran república Sud-americana, son hechos que importa considerar por la significación que tienen en punto a las relaciones entre España y sus antiguas colonias, convertidas hoy en pueblos de admirable vitalidad sustantiva, en naciones y Estados de luminoso porvenir en el camino de la civilización.

Todo el mundo está convencido de la necesidad de estrechar esas relaciones, cuya razón se funda en la exis-



tencia de algo verdaderamente esencial común a españoles y americanos, en quienes –por muy diferente que parezca ser la dirección de ciertos órdenes de vida– alienta un mismo espíritu. Respondiendo a esta creencia, vienen significándose, desde hace años, corrientes de aproximación manifiestas en hechos que no es preciso recordar menudamente.

Bastará traer a la memoria que, aun en los días luctuosos de nuestra guerra con los Estados Unidos, y no obstante la natural simpatía que muchos demócratas americanos sintieron por la causa cubana, no pocos supieron advertir el peligro que entrañaba un excesivo fervor yanqui, y separaron discretamente la cuestión política especial que se debatía entonces, del interés general de raza y de civilización, y aun de los mismos merecimientos de la antigua metrópoli. A este sentido respondieron escritos varios, como los periodísticos de Rubén Darío<sup>1</sup>, las conferencias y discursos de Sáez Peña<sup>2</sup>, Groussac<sup>3</sup>, Tarnassi<sup>4</sup>, Gómez Palacios<sup>5</sup>, Solar<sup>6</sup>, Oyuela<sup>7</sup> y más recientemente, los trabajos del Dr. Paulino Alfonso, del Dr. Pizarro, de D. A. Rodríguez Bustos –en su significativa

---

<sup>1</sup> Artículos citados en el cap. I.

<sup>2</sup> España y los Estados Unidos. Buenos Aires 1898.

<sup>3</sup> Idem íd.

<sup>4</sup> Idem íd.

<sup>5</sup> La raza latina. La guerra de España, etc. Buenos Aires, 1898.

<sup>6</sup> La doctrina de Monroe y la América Latina. Buenos Aires, 1898.

<sup>7</sup> Idem íd.

crítica del libro de Burgess, titulado *Peligros americanos*<sup>8</sup>-, de Rodó, de Arreguine<sup>9</sup>, de Zeballos<sup>10</sup> y otros.

Fijándonos particularmente en una de las cosas a que dan más importancia los pueblos americanos, la obra de su educación, fácil es notar que el unánime deseo de los hombres más cultos y más entusiastas por el mejoramiento de su país es, como ya en otra ocasión he demostrado, «hallar en el movimiento científico español pasto adecuado y suficiente para su cultura».

Y si del fondo de la vida intelectual pasaron a lo que muchos tienen por simple medio de expansión, al idioma (que es, sin embargo, cosa ligada íntimamente a lo más profundo del espíritu, como ya demostró Fichte), nótese igualmente el empeño con que los escritores americanos, desde los tiempos de Bello y García del Río, trabajan para mantener la tradición lingüística lo más pura posible, remontando de nuevo a la raíz de los idiomas modernos de ella nacidos, contribuyendo al estudio científico del castellano (en mayor escala, a veces que los mismos españoles), y pretendiendo enriquecerlo con aportaciones nuevas, como se ve en las razonables iniciativas de Ricardo Palma y de Julio Calcaño, en parte coronadas con el éxito.

---

<sup>8</sup> Tomo I. Córdoba, 1899. V., por ej., páginas 11, 12 y 19.

<sup>9</sup> De Rodó y Arreguine se habla en otro capítulo de este libro.

<sup>10</sup> Art. *Hispania* en la *Rev. de Derecho, Historia y Letras*. -Buenos Aires, Junio, 1900.

Pero el reconocimiento de esa solidaridad ideal que nos une por encima de las pasadas luchas, convirtiéndonos en colaboradores de una misma obra superior a todas las diferenciaciones nacionales y políticas, con ser un hecho tan acentuado y de tan consoladora significación, no debe hacernos olvidar otro de inmenso atractivo y de irresistible elocuencia, que constantemente tienen ante sus ojos las repúblicas latinas americanas.

El ejemplo de los Estados Unidos es, hoy por hoy, un obstáculo temible para la solidaridad que pretendemos establecer. Propenderán a él en lo político los demócratas, seducidos legítimamente por la historia de la gran federación del Norte y por el espectáculo de sus libertades civiles; lo buscarán como modelo los educadores, ganados por el esplendor y la perfección de sus centros de enseñanza, que con perfecta razón asombraron al ilustre Cajal y le hicieron prorrumpir en alabanzas sin cuento; le pedirán inventos y libros los industriales y los hombres de ciencia, seguros de que ha de responder gallardamente a la demanda, y en algunos casos aventajando a la misma Europa.

Los hispano-americanos conocen sin duda el peligro que hay en todo esto. Pero la vida de los pueblos tiene exigencias fundamentales que no se pueden evitar y que buscan naturalmente su satisfacción allá donde mejores condiciones encuentran, a menos que una ceguera absoluta les lleve al suicidio; y las libertades, la cultura, el progreso material de los Estados yanquis serán siempre un señuelo poderoso para las naciones próximas que aspiren

también a ser cultas, ricas, libres. En estas condiciones, «y por muy grandes y fuertes que sean el temor político de las repúblicas a ser absorbidas y el sentimiento de solidaridad respecto de España», la lucha es desventajosa para nosotros. Debemos reconocerlo así y no embriagarnos con las huecas burbujas de un entusiasmo que pronto se desvanece. Si queremos unión con América, fundémosla en bases sólidas y no en lirismos más o menos brillantes. Vayamos de una vez y con ánimo resuelto al fondo de las cosas.

Y en primer lugar comprendamos que la más grande garantía que podemos ofrecer a nuestros hermanos de América, es una franca política liberal. Ellos mismos lo dicen, y por bocas tan autorizadas como la de Ricardo Palma y Valentín Letelier, dos glorias de la literatura y del profesorado, dos inteligencias de gran peso en la América del Sur. Con la España inculta, estancada en su progreso y reaccionaria en su política, nada quieren, porque sería contradecir los mismos principios de vida de las repúblicas americanas.

Temen los americanos que España no acierte a entrar de lleno en el camino de la verdadera libertad, en los hábitos de tolerancia de los pueblos cultos; y esto crea, sea en los hispanófilos mejor dispuestos, suspicacias y reservas en punto al establecimiento de una franca e íntima unión internacional.

Fúndase ese temor en la experiencia de nuestra historia contemporánea, sobre todo. El espectáculo de tres guerras

carlistas y el injustificado retroceso producido en el orden político a raíz del desastre de 1898 —en que la mayor derrota fue para la «España vieja» y los hechos dieron toda la razón a los radicales—, son sin duda argumentos de fuerza para los recelosos, especialmente si a ellos se une la terrible atonía y desorganización de los elementos democratas españoles. Pero aun así, cabría hallar, en el fondo de esos mismos hechos razones favorables a la esperanza de un porvenir mejor; ya que la circunstancia de hallarse hoy el carlismo impotente para todo lo que no sea agitar el país y levantar partidas que harían mucho daño sin duda, pero jamás podrían aspirar al triunfo, y la misma subsistencia del espíritu liberal en la masa, no obstante repetidos desengaños, traiciones, apostasías y halagos del positivismo conservador, son prueba de que el tronco tiene vida propia, tenaz y que se puede confiar en su próximo reverdecimiento. Pero necesitamos demostrar a los hispano-americanos que esto, no sólo es posible, sino que lo procuramos con ahínco mediante una orientación francamente liberal, a la moderna, de las fuerzas políticas del país y de los poderes públicos, y haciendo imposible una nueva guerra civil.

Necesitamos también satisfacer plenamente los deseos que nos manifiestan en el orden intelectual; pero ¿cómo hemos de pensar en ejercer influjo sobre los americanos, en crear en ellos centros de enseñanza, si antes no reorganizamos los nuestros y nos decidimos a emplear en su mejora y en su difusión grandes cantidades de nuestro

presupuesto, locamente derrochado en cosas menos útiles e inútiles del todo? ¿De dónde sacaríamos hoy si se nos pidiera (y se nos pide a menudo), personal educativo, si la mayoría del que tenemos es malo, la minoría aprovechable es insuficiente para nuestra vida nacional y el Estado se empeña en no crearlo para lo futuro, negándole medios de formación y de subsistencia?

Y aun en el orden económico, ¿cómo podremos, a pesar del indudable y pujante renacer de la industria, desarrollar en América las iniciativas del trabajo, si el Estado, que nada hizo para producirlas, se goza en desalentarlas y en oponerles obstáculos con un presupuesto que invierte los más de los ingresos en gastos impopulares, aumenta desordenadamente los tributos y protege los monopolios?

No nos hagamos ilusiones. América quiere estar con España, desea constituir con ella, «en un porvenir no lejano —como ha escrito Letelier— una fuerza semietnológica que contrapesa el influjo de las razas sajona y eslava y haga sentir su acción decisiva en los destinos del género humano»; verá con gusto virtualmente establecida en sus tierras jóvenes, «una hegemonía intelectual de España, que será, por cierto, más provechosa para el mundo que la simple dominación política»; mas para todo esto impone condiciones, y tiene perfecto derecho a imponerlas.

El poseer esas condiciones es obra nuestra puramente. Si queremos ir allá y ser para ellos lo que naturalmente

debemos ser, no podemos presentarnos con las manos vacías. Son poca cosa nuestros buenos deseos, nuestra cortés hospitalidad, nuestros discursos y nuestros banquetes. Todavía peor sería ofrecer condiciones negativas, que repugnasen al espíritu público de las naciones americanas.

*España en América*, Valencia, F. Sempere y Compañía,  
1908.

## VI

### LO QUE DEBE HACER Y LO QUE HA HECHO ESPAÑA (fragmentos)

Que España no puede permanecer cruzada de brazos en esta lucha por la influencia intelectual, se deduce claramente de todo lo expuesto. ¿Y qué debe hacer España para defender su acerbo ideal en América, para librar a sus mismos ciudadanos colonos de aquellos países de una absorción que redundaría en perjuicio de ellos mismos y de la madre patria?

Lejos de mí la pedantesca patriotería de creer que nuestras Universidades, nuestros Institutos y nuestras Escuelas pueden competir con los establecimientos de enseñanza yanquis, alemanes o franceses, ni irradiar una influencia intensa comparable a la que estos ejercen o son capaces de ejercer. Lo que he dicho antes a propósito de la



soñada Universidad para los hispanoamericanos marca bien mi criterio en este punto. España no puede, hoy por hoy, atraer a sí la corriente escolar de América, a pesar del fondo común de espíritu, que haría más homogénea con el sentir nacional hispanoamericano y más fácil la educación de la juventud de aquellas tierras.

Puede, sin embargo, aun en este orden de acción, ofrecer algunos nombres y algunas instituciones que legítimamente merecen atraer a los americanos y cuyo conocimiento no dejaría de aprovecharles. ¿Quién duda que la cátedra de Cajal, la cátedra de Giner de los Ríos, la cátedra de Simarro, la de Hinojosa, la de Menéndez Pidal, la de Azcárate, la de Cossío, la de Dorado, la de Posada y alguna más, serían de provechosa frecuentación para los jóvenes hispanoamericanos, y que, en las respectivas especialidades de cada una, bien podrían sustituir a otras extranjeras análogas o complementarlas?<sup>1</sup>

Pero si en la enseñanza oficial, y en la no oficial, tiene España poco que ofrecer –aunque algo tiene, como vemos– y no puede hoy luchar con ventaja y menos colocarse a la cabeza de los elementos que legítimamente, por

---

<sup>1</sup> Algo de esto ha comenzado ya a realizarse. En un discurso que luego citaré, el presidente de la Universidad de La Plata, doctor González, ha hecho constar la venida a España de algunos estudiantes argentinos para recibir las lecciones de Cajal, quien –añade el orador– «ha hecho distinciones con algunos argentinos que no las hacía con los de ningún otro país, aceptándolos en sus laboratorios, para poder ofrecer al nuestro los resultados de investigaciones personales».

su fuerza propia, han de contribuir de ese modo a la formación del espíritu americano y han de vivir en permanente e intensa comunicación con él, nadie negará que tenemos derecho a un lugar en la obra de la cultura americana, y que constituye un deber para nosotros no abandonar ese puesto, antes bien defender su posesión a todo trance y con las mejores armas que nos sea dado utilizar.

Por muy heterogénea que sea la inmigración en los países americanos, no cabe duda que en ellos predomina la sangre española, que de ésta participan en considerable proporción sus naturales, y en fin, que no en balde y a la ventura se les llama, considerados geográfica y étnicamente como un conjunto, «Hispano-América». Sin que haga falta renovar aquí las memorables discusiones acerca de la *superioridad* de estas o las otras razas (*sic*) de origen europeo, y por mucho que nuestra humildad confiese en punto a las excelencias de otros pueblos modernos, todos hemos de reconocer (para que la sinceridad no se convierta en afectada o resolvamos la cuestión a golpes de sentimentalismo pesimista) que entre las condiciones fundamentales del espíritu español hay algunas buenas al lado de otras malas, y a la vez que buenas, características, propias y exclusivas de él, que no tan sólo por patriotismo, sino por humanidad —dado que en la obra trabajosa de la civilización, ningún factor útil puede ni debe perderse—, necesitamos salvar de la ruina. Esas cualidades que nadie nos regatea; que aun los políticos y los sociólogos menos confiados en la situación actual de la colectividad

española admiten; que acaba de reconocer una vez más la crítica inglesa por boca del escritor Havelock Ellis en la *Fortnightly Review*, las posee substancialmente el alma americana, forman parte de su fondo étnico, que sería loco y suicida anular para sustituirlo con otro de pura importación extranjera. Educarse es perfeccionarse, sobre la base de las cualidades propias, no enajenar el espíritu cambiándolo por el ajeno. De aquí que, en muchos sentidos, trabajando nosotros por el mantenimiento de nuestra influencia espiritual, trabajamos en pro del alma americana en lo mejor y más genuino que ésta tiene. En el orden concreto de la mentalidad, el corte de unos y otros es el mismo y continuará siéndolo mientras hablemos todos el romance castellano, que, como todo idioma, no es sólo un conjunto de palabras, un léxico, sino una serie de ideas orientadas de un modo especial. De aquí que nosotros, los españoles, seamos los que mejor podemos entendernos, en el comercio de la inteligencia, con nuestros hermanos del Nuevo Mundo.

¿Podemos actualmente ofrecerles algo de lo que piden la ciencia y el arte modernos, de lo que ellos van a pedir a Francia, a Alemania, a Inglaterra? Diferentes veces, en publicaciones americanas, he procurado desvanecer el prejuicio que considera todas las manifestaciones intelectuales españolas como reaccionarias, arcaicas, repeticiones de un saber viejo y manido, de una religiosidad estrecha, hosca, misoneísta. He citado las corrientes ideales, científicas, que en diversas ramas de estudios repre-

sentan en España, no sólo la conjunción con el movimiento moderno en su sentido más progresivo, sino orientaciones originales que, cuando menos, tienen derecho a ser estimadas y discutidas, al par de otras de origen extraño. Los americanos cultos lo saben: y cuando citan con elogio los nombres de Cajal, Menéndez y Pelayo, Costa, Giner, Calderón, Posada y otros muchos, sancionan esa representación de la intelectualidad peninsular. ¿Y abandonaremos esas armas con que podemos defender la continuación de la influencia española? ¿Dejaremos, por pereza, por desconfianza, por pesimismo, que se olviden esos nombres, que en las Universidades, en los libros, en la prensa, lleguen a no citarse y aprovecharse más que doctrinas firmadas por nombres franceses, ingleses, alemanes o yanquis?

[...]

¿Qué base tiene España para realizar esa obra de influencia en América? Tiene varias.

En primer lugar, la de su emigración, que en las principales Repúblicas hispanoamericanas –Argentina, México, Cuba– es la más numerosa y potente, excediendo mucho a las de otros pueblos de Europa, y que en todas ellas significa un factor considerable que no sólo trabaja en el orden económico, mas también en el intelectual. La fuerza enorme de la semilla española en aquellos países, la conocen bien todos los que allí han estado y los que con algún interés siguen desde allí la vida de nuestros colonos de América.

En segundo lugar, tenemos a nuestro favor —y con toda la trascendencia que ya hice notar y que para nadie es un misterio—, el idioma. Él nos permite obrar, más directa y profundamente que ningún otro pueblo extraño, sobre la masa y entendernos con ella: cosa no despreciable nunca, menos hoy día, en que la obra de la educación popular ha tomado tan poderoso vuelo y figura entre las acciones más fecundas de los intelectuales; también ha de hacer más fácil y más íntimo el intercambio, con los profesionales americanos, de los más altos, sutiles y substanciales frutos del espíritu, que suelen perder algo de sus cualidades más exquisitas y fecundantes cuando se traducen a un idioma extraño. Siempre hallará más eco y resonará más hondo en el alma americana la voz de las ideas que dicen relación a las cuestiones superiores de la vida individual y social, cuando esa voz vibre con los acentos del decir castellano, que cuando se engalane con otros ajenos. En los más graves trances de la existencia, el individuo —mil observaciones lo comprueban— vuelve instintivamente a usar el idioma que empleó en su niñez, el de su terruño, aunque haga muchos años que lo tenga pospuesto; y es que ese idioma representa la forma propia de su mentalidad, el estrato más profundo y ancestral de su espíritu, el solar sobre que se levanta el edificio de sus ideas y en que mejor las dice. Tal es también la fuerza que el castellano significa para nosotros en nuestras relaciones con los hermanos de América.

Por último, tenemos otra base de influencia intelectual directiva, mucho mayor de lo que nos figuramos.

Bastantes de nuestros *americanos* de prestigio los vemos emplearse en profesiones intelectuales: son en Cuba, en México, en Argentina, en toda la América Central, en muchos otros países, profesores, abogados, médicos, literatos, ingenieros, periodistas, factores educativos del país y removedores de ideas. Agréguese a esto que algunas Repúblicas han solicitado profesionales españoles para regentar, dirigir, organizar su enseñanza, o ciertos ramos de ella, y su ejército<sup>2</sup>, y que esos profesionales han acudido al llamamiento y están realizando su función. [...] En suma; contamos con un número considerable de españoles que actualmente representa núcleos de difusión personal de nuestra influencia científica y literaria. [...] (págs. 70-75)

---

<sup>2</sup> Sobre las misiones militares a América, véase el razonado artículo de D. J. Ibáñez Marín, *Nuestro ejército en la América latina*, publicado en la revista *Faro*, núm. de 31 de Enero de 1909.



*Mi viaje a América*, Madrid, Librería General  
de Victoriano Suárez, 1911.

CONFERENCIA EN LA UNIVERSIDAD DE LA HABANA:  
«La obra americanista en la Universidad de Oviedo».  
(fragmentos)

[...] Señores: La misión que me encomendó la Universidad de Oviedo no podría ser entendida, en lo que propiamente significa, con toda la precisión y con toda la claridad que nosotros deseamos, si yo no comenzara por evocar ante vosotros la situación especial por la que atravesó España en las relaciones con las Repúblicas hispano-americanas durante un siglo: aquella situación de apartamiento, aquella situación de alejamiento entre unos y otros, perfectamente lógica por parte de los que habían creado su personalidad y habían tenido que crearla con violencias, rompiendo los lazos que la sujetaban, y que significó desconocimiento –modesta y humildemente lo confesamos– por parte de la madre patria, de los deberes que le incumbían, incluso, y quizá más que con todos,



respecto de aquellos hijos que se emanciparon y empezaban a tener vida propia. En esta situación ha transcurrido un siglo, en el cual la vida intelectual de España y de los países hispano-americanos ha corrido por caminos diferentes, y en el cual España no ha hecho nada por que esta situación de apartamiento se rompiese, en forma sistemática, deliberada, que viniese a enlazar otra vez lo que se había roto de momento. Verdad es que ni sangre española, ni espíritu español dejó de venir a fecundar esta tierra durante todo ese tiempo, porque nosotros mandamos bien pronto nuestros emigrantes, que iban a trabajar las riquezas naturales de los territorios hispano-americanos, enviamos profesores, enviamos maestros, y no dejamos de enviar libros nuestros también; pero todo esto, o respondía a un orden de la vida muy diferente del orden intelectual, o eran esfuerzos aislados, sueltos, empujes espasmódicos, que no ligaban entre sí, y que no acaban de romper aquella costra de indiferencia, de hielo, que traía consigo el desconocimiento del valor real de las cosas, que había ido acentuándose día por día; y como los pecados llevan inmediatamente su penitencia, aquel pecado que cometíamos nosotros de mantener ese aislamiento por más tiempo del que hubieran aconsejado, incluso consideraciones de orden diplomático, llevó la penitencia de que alrededor del nombre y del espíritu español se levantasen fácilmente las leyendas que tendían a desconocer lo que había hecho y lo que seguía haciendo para el mundo.

[...] Y empiezo, señores, por fijar los caracteres que distinguen la obra americanista de la Universidad de Oviedo [...] La Universidad de Oviedo no quiere, no pretende enseñar nada; no viene a oficiar de maestro, no viene a mostrarse para que la admiren, ni ha enviado, para realizar su obra americanista, un hombre que busque lucir cualidades personales, que lleve dentro de sí ni el más leve deseo de reclamar un aplauso, una admiración, ni mucho menos la idea de hacer, ante el público que acude por mera curiosidad a estas cosas, como la exhibición de un tenor que va a dar notas inverosímiles y que en eso estriba todo el éxito de su misión. [...]

Pudiera creerse, que al venir una Universidad española a las Universidades hispano-americanas buscando el intercambio, buscando que suene aquí su voz y el eco de su espíritu, pretendemos *españolizar* la América hispana en el orden intelectual, haciendo que desaparezca, absorbida por la influencia nuestra, la nota propia y característica del espíritu de cada uno de estos pueblos. Esa creencia sería, si la hubiese, absolutamente falsa; en primer término, porque nosotros no venimos a pedir solamente que se nos abran las puertas de las Universidades hispano-americanas para que se escuche aquí la voz del espíritu español: pedimos también que los profesores de las Universidades hispano-americanas vayan a las nuestras, para que allí sea conocido, igualmente, el espíritu de vuestros pueblos. Nosotros no venimos sólo a dar y a reflejar sobre vosotros nuestras ideas, sino que venimos también a pedirlos que

vengáis a España para reflejar sobre nosotros vuestro espíritu y vuestra obra científica. (*Aplausos*)

Y al propio tiempo que hacemos esta petición (que envuelve ya un cambio recíproco de influencias y excluye esa interpretación a que aludía antes), nosotros venimos a decir a los pueblos hispano-americanos —y yo fundamentaré esto después en otras consideraciones que se refieren a nuevos puntos del programa—, venimos a decirle: Mantened la obra propia, sed vosotros mismos con la más potente originalidad y virtualidad con que podáis serlo, dando a la obra entera de la civilización humana lo más sano, lo más propio y personal que tengáis. (*Aplausos*)

Y así como España, en vez de querer absorber con su influencia lo que constituye el fondo substancial del espíritu de vuestros pueblos, que tienen ya personalidad hecha (y la tienen incluso aquellos que la andan buscando a tientas, cuando la llevan hondamente en el fondo de su alma); al mismo tiempo que España, digo, no intenta en manera alguna borrar este carácter propio de los pueblos, no intenta tampoco, en lo que se refiere al intercambio, reducir y encerrar en un coto exclusivo las influencias que pueden servir para formar y enriquecer el espíritu hispano-americano, negándose a otros influjos que pueden ser fecundos y beneficiosos.

En primer lugar, el pretender esto sería loco y sería vano; pero es preciso decir, señores, que ni por un momento lo hemos pensado en España, y menos que nadie podía pensar esto la Universidad de Oviedo, por

cuanto sus miembros, que se enorgullecen de ser un producto de la obra educativa de centros españoles, han fecundado su espíritu, sin recelo alguno, abriéndolo ampliamente a todas las influencias del mundo, yendo a colaborar y a estudiar con los profesores de todas las Universidades, cualquiera que fuese el idioma que hablasen y cualquiera que fueran las naciones a que pertenecieran.

Lo que nosotros pedimos aquí es un puesto al lado de las demás influencias que tienen derecho a formar vuestro espíritu, un puesto nada más; y con esta petición, más bien que ejercer un derecho, cumplimos un deber, porque somos los más afines a vosotros en sangre y también en espíritu; porque hablamos vuestro mismo idioma [...]

Así, señores, con esta amplitud, con este altruismo dentro del cual no cabe suspicacia de ningún género, así soñé yo la obra esta en aquellos días en que se incubaba en mi espíritu, en que la discutía conmigo mismo y la veía adquirir, cada vez que me enfrentaba con ella, una nueva faceta de lo que representaba y un nuevo sentido de su significación. [...]

¿Y en nombre de quién venimos a hacer esa obra? Venimos a hacerla, aparentemente, en nombre de una modesta Universidad provincial de España que piensa en una patria nueva, la patria que todos llevamos en el fondo de nuestra alma y que, por llevarla, la haremos –porque no hay fuerza más grande que la fuerza del querer– con un espíritu que siente, además, con desinterés absoluto, el bien colectivo del mañana, porque acaso no seremos

nosotros los que recojamos los frutos. Pero, por eso mismo, nuestra representación excede de la Universidad misma y es, propiamente, la de la España nueva y al mismo tiempo castiza y tradicional en lo más sano de su alma: la España trabajadora, la España abierta de espíritu, la España generosa, la España del programa quijotesco en lo más alto que ella tiene, la España que ha olvidado en absoluto, que quiere olvidar completamente (porque recuerda que ella es la patria de Vitoria y de Concepción Arenal), aquella enfermedad que sufrió en su día, como otras naciones la están sufriendo hoy, de la dominación y del imperialismo del mundo. (*Aplausos*). Hablamos en nombre de la España que quiere ser así, y que si no fuera así, preferiría dejar de ser, y que apetece lavar sus culpas de imperialismos pasados y quiere ser ahora el porta-estandarte de la fraternidad entre las naciones, el mantenedor de los derechos nacionales y del respeto a todas las independencias. (*Aplausos*).

Esa España no piensa más que en ser factor útil de la obra de la civilización humana; y como quiera que en esa labor ella sabe bien que si va con sus solas fuerzas, quizá naufragaría en el camino, viene a vosotras, no sólo a infundiros algo del entusiasmo que ella tiene, sino a pedirós también vuestra ayuda, para que nosotros salvemos también nuestra crisis, que la tenemos, y juntos podamos elevarnos a ese alto ideal de la patria hispana común, de la patria hispana espiritual que yo aquí, con mi palabra torpe, os he querido pintar, y de la cual estoy seguro que

habréis visto, a través de la torpe frase, que no acierta jamás, por mucho que yo la torture, a expresar el fondo de mi pensamiento, habréis visto, digo, por las vibraciones de la palabra misma, todas las cosas que no dije, que están debajo del signo, y que vosotros entenderéis perfectamente. (*Gran ovación*). (págs. 415-434)



*La huella de España en América*, Madrid, Editorial Reus,  
1924.  
(fragmentos)

Capítulo I  
Modo de estudiar la huella<sup>1</sup>

[...] No es verdad que en América nos desprecie todo el mundo, ni lo es ya (pudo serlo hace años) que nos desconozcan en mucho de lo que representamos y valemos, tomada en conjunto la opinión de los hombres capaces de tenerla y dotados de la suficiente ecuanimidad para no disfrazarla. Más bien lo que pudiera acusarse en los momentos presentes y en muchas de las Repúblicas hispano-americanas, es, como antes dije, una acentuación de la tendencia hispanista que trasciende del puro terreno histo-

---

<sup>1</sup> Este capítulo está formado, en parte, por la conferencia (inédita) dada en Sevilla en 1917.



riográfico y llega a la estimación de lo actual. Lo que ocurre en este terreno es, que como se trata de países cultos, no les pasma ni sorprende, como les podría pasmar y sorprender a los negros de Senegambia, ninguna de las manifestaciones de la civilización moderna, por muy elevada que sea su significación espiritual. Los especialistas de aquellas naciones, y los hombres de cultura general, están orientados en las ciencias novísimas y acogen lo que en este sentido se les transmite con el respeto y la estimación que en cada caso corresponde, pero sin aspavientos extremos; y quizá la falta de estos, algunas veces, induce a error en cuanto a la consideración general en que se tiene a nuestra cultura moderna, cuyas aportaciones, originales o concomitantes con el movimiento general de la época, saben acoger y utilizar los americanos convenientemente.

Lo único cierto, en este asunto, es que existen en América hombres, y a veces corrientes de opinión, que, convencidos o no de lo que dicen (en algunos casos son *boutades* y gestos de mal humor, compatibles con el cariño a España y hasta con una fuerte influencia de españolismo), repiten la consabida leyenda de nuestro atraso y nuestro sentido *viejo* y antimodernista; o, movidos por restos de antiguas animosidades políticas (que por fortuna ya no siente la mayoría, creen útil y hasta patriótico desespañolizar América, y para eso necesitan sostener que no servimos para nada en la obra actual de la civilización espiritual y material. La existencia de esos casos es indudable, y tenerlos en nada sería indiscreto y temerario; pero

no son, ni con mucho, expresión de opiniones generales y difundidas, hasta el punto de impedirnos toda acción en América y convertir en vana la pretensión del hispano-americanismo.

No ocultaré que los momentos actuales son de una gravedad excepcional para esos fines de nuestro patriotismo<sup>2</sup>. Y no creo apartarme del terreno histórico si aludo a esto, ya que la historia presente no se diferencia de la pasada (y en el eterno fluir del tiempo todo instante es pasado así que se produce), sino en razón de edad y no de esencia.

Son peligros para nuestro americanismo la persistencia de esas hispano-fobias y de esas leyendas a que me refería, por muy limitada que sea su difusión; pero también lo es nuestra imprevisión en cuanto a los hechos que actualmente se producen en aquellos países.

Lejos de podernos ser indiferentes, deben inquietarnos, por lo que en el futuro de nuestras relaciones seguramente han de reflejarse (y no hay para qué decir que de muy distinto modo conforme a la dirección e intensidad con que ante ellos reaccionemos): de un lado, la manera como se plantea ya en la opinión y en los actos de algunas naciones hispano-americanas la oposición sustancial (en concepto de algunos, no sólo irreductible, pero también inarmonizable) entre el mundo de habla inglesa y el de habla castellana; de otro lado, el esfuerzo sistemático y

---

<sup>2</sup> Se escribía esto en plena guerra europea, (1917).

redoblado con que otras naciones europeas procuran atraer hacia sí la atención, las simpatías y los entronques de actividades de las hispano-americanas, y, en fin, la orientación que respecto del conflicto militar presente adopten éstas, y que según sea las llevará a polarizarse en un sentido divergente o no de España y de la influencia europea<sup>3</sup>. (págs. 18-21)

## CAPÍTULO II

### Lo que sabemos de la huella española

#### I

#### NOVEDADES Y RECTIFICACIONES EN EL ESTUDIO DE LA COLONIZACIÓN ESPAÑOLA EN AMÉRICA

[...] De todo el movimiento historiográfico apuntado en relación con nuestro período colonial, ¿cuál es la resultante? ¿Qué novedades y rectificaciones pueden señalarse como expresivas del actual estado de conocimientos?

En primer lugar (y salvo algunas notas discordantes que repiten el antiguo tema a impulsos de motivos sentimentales o de política, pero no sobre bases de crítica his-

---

<sup>3</sup> El hecho se produjo poco después de escritas estas líneas y todos saben los variados efectos que ha causado en la vida política de América.

tórica), se ha cambiado totalmente el punto de vista general respecto de nuestra historia americana. «Desde hace algunos años —acaba de escribir el actual rector de la Universidad de Chile, D. Domingo Amunátegui Solar, resumiendo ese punto de vista—, obsérvase que la manera de juzgar el sistema colonial de España en América ha experimentado notable reacción. Los historiadores ya no condenan ese sistema de una manera absoluta. Por el contrario, empiezan a reconocer que la labor social y política de nuestra Madre Patria en el Nuevo Mundo merece ser aplaudida y puede compararse ventajosamente con el régimen de las colonias inglesas en Norte América. Este espíritu de imparcialidad se manifiesta, más que en ninguna otra parte, en los Estados Unidos, donde, en los tres primeros lustros de este siglo, se han publicado numerosas obras que son otras tantas pruebas de la antedicha evolución»<sup>4</sup>. Precisando más, diremos que la conquista y colonización españolas ya no se reputan como las peores de las conquistas y colonizaciones europeas, monstruosa excepción de crueldad, inhumanidad e ineptitud, sino como una de las que (con todos los defectos inherentes a esas empresas, no sólo en los siglos XV y XVI, sino en nuestro mis-

---

<sup>4</sup> Advertencia preliminar a la nueva traducción de algunos capítulos (a partir del XIII), de la obra *Spain in America*, publicada en 1904 por el profesor E. Gaylord Bourne, y traducida en 1906 en La Habana. Algún flamante americanista español ha descubierto como obra nueva, en 1917, esta de Bourne.

mo siglo XX), más alto han tenido el derecho de los pueblos inferiores y más servicios han prestado a la obra universal de la ciencia y de la civilización.

Esta nueva afirmación ha pasado por varios grados o posiciones coincidentes en cuanto al principio general, pero no en cuanto a los efectos prácticos.

Se ha supuesto, primero, que si las leyes españolas fueron buenas (las mejores de todas las leyes colonizadoras del mundo hasta el siglo decimonono), la conducta real de autoridades, conquistadores y emigrantes fue enteramente opuesta a ellas, y justifica la condenación de nuestra dominación americana. La existencia comprobada de numerosísimos casos en que el proceder de los españoles marchó de acuerdo con el espíritu y la letra de las leyes, ha hecho abandonar aquella afirmación a los historiadores que discuten de buena fe y respetan la verdad de los hechos.

Una segunda posición ha venido a sustituirla. Mediante ella, se salvan de la acusación primitiva no sólo las leyes (respecto de las cuales no cabe discusión ni ocultación), sino también los virreyes y altos funcionarios. La culpa de las inhumanidades y los abusos recae así, exclusivamente, sobre la «incompetencia y venalidad de los funcionarios subalternos», como ha escrito hace poco el profesor Manning.

Pero con esto, la acusación no desaparece; solamente cambia el sujeto responsable y, en fin de cuentas, el efecto sobre los indígenas y en el sistema general de colonización, sigue siendo el mismo.

Felizmente, el estudio especial de nuestra dominación en diferentes territorios de América va ya mostrando que también la tesis de Manning es equivocada, por cuanto, no obstante la «incompetencia y venalidad» de muchos de nuestros funcionarios subalternos (no peores que los de las colonizaciones inglesa, francesa, portuguesa, etcétera de aquellos tiempos), se va comprobando la existencia de numerosos hechos en que las leyes de Indias fueron realmente la norma de conducta práctica de los españoles. Con eso se va llegando, en la misma historiografía extranjera a que vengo refiriéndome, a la verdadera posición del problema, que consiste, como ya he dicho antes de ahora, en precisar qué número de abusos hubo realmente, en qué territorios y durante qué tiempo, y la proporción en que se hallaron con los casos de una administración, si no impecable, ajustada a los moldes corrientes que la humanidad usaba entonces y hoy también. Obsérvese que si aplicáramos a cualquier gobierno y administración de nuestros días el criterio que se ha venido aplicando para juzgar el de España en América, no saldría uno sólo (aun los que nos parecen mejores aquí y allí) libre de la más grave de las condenaciones.

Todavía puede apuntarse como resultado de los nuevos rumbos que toma la historiografía americanista, el de una corriente que, yendo más allá de todo lo dicho, llega hasta la excusa, o por lo menos la explicación en términos de necesidad humana (inexcusable y repetida en la historia por todos los pueblos cada vez que se dan las mismas cir-

cunstancias), de los actos de nuestros conquistadores que más difíciles de excusar parecen o, cuando menos, que más chocan con nuestras ideas actuales. El libro de Lummis, que ya va siendo popular en España gracias a su reciente traducción, es un ejemplo típico de esta tendencia, que hace algunos años, de haber aparecido entre nosotros, hubiese excitado la cólera y la indignación, en nombre de la humanidad y del derecho, no sólo de los extranjeros todos, sino también de muchos españoles que cándidamente creen ser «hombres nuevos» con acusar a su patria de cosas que a diario realizaron y realizan los pueblos que suelen tomar por ejemplo y prototipo de civilización.

El hecho de haberse producido todo ese enorme cambio en la orientación y criterio de la historiografía americanista, es ya un resultado muy importante de la imparcialidad histórica y del dominio del espíritu científico sobre las sollicitaciones sentimentales o abstractas que antes dominaron; pero todavía no marca la totalidad de la vindicación que se requiere. (págs. 69-73)

CÓMO CONCIBO YO LA FINALIDAD DEL  
HISPANOAMERICANISMO

Conferencia pronunciada el día 20 de diciembre de 1926,  
en el Centro de Intercambio Intelectual Germano-Español,  
Madrid. (fragmentos)

[...] Pero al lado de estas cosas sentimentales, inefables, imposibles de explicar muchas veces o de reducir a términos de discreción intelectual, existen otras que constituyen, justamente con aquéllas, nuestro españolismo. Son las representadas por nuestros ideales colectivos, que hemos incubado y predicado a través de los siglos, y por los grandes hechos que hemos realizado en nuestra historia; ideales y hechos que por leal reconocimiento de los hombres de todas las razas que han estudiado nuestra historia y nuestra psicología nacional, constituyen algo genuinamente español que quedará grabado eternamente en la historia de la Humanidad.



Esos dos elementos de nuestra idiosincrasia y de nuestra obra propia, es indudable que nadie los puede dar a los pueblos hispanoamericanos más que nosotros mismos, porque son cosas que ningún pueblo del mundo, por muy elevado y culto que sea, puede crear, dado que no son de las que se forman a fuerza de cultura o de riqueza, sino cosas que nacen espontáneamente en el alma de cada pueblo y que constituyen su patrimonio propio, exclusivo.

En el campo de ellas es precisamente donde nosotros queremos cultivar de manera especial nuestras relaciones internacionales con los pueblos que hablan nuestro idioma y han nacido con nuestro esfuerzo y cooperación fundamental. Por eso también tenemos nosotros, no digo ya un derecho —que sería poco para invocar— sino un deber santo de ser absolutamente exclusivos en ello. Tenemos el concepto claro de que toda participación y toda intervención en eso que es genuinamente nuestro, de un pueblo que posea condiciones de originalidad y mentalidad propias distintas y separadas de las nuestras, produciría necesariamente un enervamiento fatal, sin duda, para los unos y los otros. Por ello no queremos participaciones de ese género y creemos tener, repito, el deber de no consentirlas. En las cosas comunes de todos los hombres, estamos prontos a cooperar con los demás pueblos con relación a América como a cualquier otra parte del mundo; pero en las que son tan nuestras como de los pueblos de nuestro idioma y civilización; las que constituyen el patrimonio eterno, inmutable, que han puesto en nuestras manos

nuestros antecesores y del que debemos responder a los que vengan detrás de nosotros, en eso bien comprenderéis —estoy seguro de vuestra aquiescencia a mi pensamiento— que todo problema y toda acción deben resolverse privativamente entre los pueblos de ese mismo tronco hispano. Y en esta posición clara y terminante es en lo que tenemos que fundar nuestro espíritu americanista.

Quiero repetir una vez más que nosotros no entendemos, en manera alguna, al intentar realizar esto, que fundamos ninguna obra de egoísmo, ninguna obra de vanidad nacional. Entendemos, por el contrario, que lo que han hecho hasta ahora en la historia los pueblos hispanos y lo que podrán hacer de hoy en adelante, es cosa tan necesaria para la obra común de civilización como puede ser la que haga cualquier otro pueblo de tronco distinto.

[...]

¿Cómo se logrará esto? En primer término, haciendo cada día más obra española en España; aportando cada uno de nosotros, como españoles y como ciudadanos, la parte de acción espiritual o económica que mejor pueda contribuir a que el valor de España sea cada hora más grande, más noble y más alto en el concierto de los pueblos. Pero con ser esto tanto, no bastaría por sí sólo. Un español que se limitara a ello, produciría sin duda, y por reflejo, obra útil para el americanismo, porque levantaría el nivel de su patria, haría más accesible las relaciones con ella y le daría más prestigio frente a los pueblos de nuestro idioma, y generalmente a toda América. No haría sin

embargo obra directa americanista y no podría llamarse colaborador especial de esa obra. Para serlo es preciso que todos nuestros actos, profesionales o no, los realicemos mirando a América, pensando en ella y teniendo muy presente que nuestra idealidad y nuestra conducta como españoles exigen siempre dos finalidades: la que se refiere e importa estrictamente a la vida interior española, y la que importa también a la vida de aquellos pueblos que tienen con nosotros una acción común que cumplir en ese orden. Para ello, debemos procurar, entre otras cosas, que ninguno de los actos que realicemos aquí sea de tal naturaleza que pueda distanciarnos y crear separaciones hondas entre el espíritu de nuestros hermanos de América y el nuestro; y, sobre todo, poner en cada uno de nuestros pensamientos y en cada uno de nuestros hechos la *intención* de que puedan servir para la obra americanista. Al propio tiempo, y dentro de esto, lo que también sustancialmente nos importa, a mi juicio —y creo que igualmente les interesa a los pueblos americanos—, es recoger devotamente todas las creaciones que en pensamiento y en acción representan, en la obra pasada y presente de los pueblos peninsulares, más fina espiritualidad, mayor sentido jurídico, más alta comprensión de fondo esencial a la naturaleza humana; y esto, para enriquecerlas cada día más, para depurarlas y pulirlas a cada instante y poderlas así ofrecer como la aportación útil con que han contribuido, contribuyen y podrán seguir contribuyendo a la acción universal de civilización humana, los pueblos que,

nacidos en la tierra ibérica, en la Península Ibérica que en unidad llamaron Hispania los romanos, han engendrado en otro Continente una multitud de pueblos hermanos que sienten como nosotros la nota original de nuestra raza y, a ejemplo de nosotros mismos (de tan rico interior en nuestra propia vida peninsular) producen constantemente nuevas modalidades que cada día harán más fecunda la gama hispana. Así es como positivamente llegaremos a incorporarnos, cada vez más íntima y eficazmente, al movimiento universal por el que, en cada nación, una minoría selecta y animosa se esfuerza por hacer de día en día más fácil, más fraternal, más perfecta y *humana* la ascensión dolorosa con que la humanidad va remontando el áspero camino que conduce, desde la antigua barbarie, al ideal de perfección en que todos soñamos alguna vez y que nos alienta en los momentos difíciles de nuestra vida.

He aquí, señores, cómo entiendo yo la finalidad de nuestro hispanoamericanismo. Y creo, al deciros esto, no expresar puramente un pensamiento individual, sino ser sencillamente el portavoz de un pensamiento común a todos los españoles e hispanoamericanos que han reflexionado seriamente sobre lo que nos cumple hacer en esta doble relación de hispanoamericanismo.



## FERNANDO ORTIZ

(Selección de artículos de *La reconquista de América. Reflexiones sobre el panhispanismo*, París, Sociedad de Ediciones literarias y artísticas, s.f., [1911])

### EL PANHISPANISMO

En la comunicación-circular dirigida por la Universidad de Oviedo a los centros docentes de la América de habla española, saludaba aquélla a éstos, en nombre de la comunidad de raza, primero, y después, en segundo lugar, «de la fraternidad intelectual».

¿Por qué esa anteposición de la raza a la mentalidad?

En ese criterio estribará principalmente el fracaso del nuevo movimiento español o, por lo menos, la escasez de sus frutos. En ese documento, que por su carácter no puede tildarse de impremeditado, como en todas las manifestaciones de la misma corriente española, se ha antepuesto el factor racista al intelectual o al económico. El español

contemporáneo, que en América ha buscado mercado para sus industrias o ambiente para sus publicistas, ha pretendido que le compremos mercancías o que le aceptemos su influencia espiritual, no por la bondad y méritos de una y otra, sino por razón de raza. Invertidos los términos, el éxito sería halagador: enviarán mercaderías insuperables y literatura indiscutible o utilísima por lo menos y el interés de raza estaría asegurado.

Sin embargo, el error español es explicable. Pese a los esfuerzos de generosos sociólogos contemporáneos, parece que existe un recrudecimiento del racismo gobinista, especialmente después de los trabajos de Lapouge y de Ammon. El pangermanismo y el paneslavismo son tendencias acentuadas de la política europea, traducidas en una expresión étnica. La discusión de la decadencia latina y de la superioridad sajona por los Sergi, Fouillée, Colajanni, Desmoulins, etc.; los sacudimientos antisemitas, las disensiones austrohúngaras, la cuestión irlandesa y la cándota, la prohibitiva legislación de inmigración china y cien hechos más demuestran que las cuestiones de raza están a la orden del día, hasta el punto de que el año próximo se reunirán en Londres el «primer congreso internacional de razas», donde con criterio científico se discutirán los más importantes aspectos que presenta la convivencia social de elementos humanos de diverso carácter étnico.

Y España ha sentido también su racismo, el racismo español; y cuando a América se refiere invoca siempre el «sésamo» de la raza para que se le abran las puertas. Caída

en honda decadencia, algunos de los que anhelan su salvación han acudido a ese sentimiento colectivo no sólo para que le sirva de reactivo en el interior, sino para darle un campo externo de engrandecimientos: el hispano americano.

En otro ambiente, con otros elementos, con carácter distinto y seguramente con otros resultados, el neoracismo español, en el fondo, no es sino la traducción al español del movimiento que iniciara Fichte en Alemania para hacerla reaccionar contra la postración en que la halló sumida el siglo XIX.

El heraldo de esta empresa nacional, Altamira, fue traductor al castellano de los *Discursos* de Fichte, traducción que llevó a cabo a raíz de los sucesos de 1898, y que tenía por tanto un verdadero significado histórico. Él, como los demás caudillos del neoracismo, como Labra, por ejemplo, desdobra el problema en dos aspectos, uno interno: la consolidación interior por obra principal de la enseñanza; y otro externo: la consolidación de la personalidad por obra de una diplomacia de concentración étnica, dirigida a los núcleos afines; exactamente como propagara Fichte.

Así vemos a Altamira y a Labra, por no salirnos de los principales americanistas españoles, luchando contra el presente atraso mental de España, pintado por ambos y especialmente por el primero con los más negros colores y promoviendo una corriente de opinión en pro de lo que sin peligro de impropiedad pudiera llamarse el «panhispanismo», llamado a luchar contra el «panamericanismo», así como a los pedagógicos consejos de Fichte se unieron



sus arengas «pangermanistas», destinadas a contrarrestar la acción expansiva de las otras razas.

El «panhispanismo», en este sentido, significa la unión de todos los países de habla cervantina no sólo para lograr una íntima compenetración intelectual sino para, también, conseguir una fuerte alianza económica, una especie de «zollverein», con toda la trascendencia política que ese estado de cosas produciría para los países unidos y en especial para España, que realizaría así «su *misión tutelar* sobre los pueblos americanos de ella nacidos».

Estas palabras últimas no son nuestras, sino de los catedráticos de Oviedo, informantes a un Congreso Hispano Americano de 1900, de que otro día habremos de ocuparnos, como del mismo informe son los demás conceptos del párrafo anterior.

El «panhispanismo» abarca, pues, la defensa y expansión de todos los intereses morales y materiales de España en los otros pueblos de lengua española: influencia intelectual y moral, conservación del idioma, proteccionismo aduanero, privilegios económicos, legislación obrera para sus emigrantes, etc. Más no quisiera el pueblo de sentimiento imperialista, salvo la directa acción política que no es lo principal ni lo necesario, como en Cuba podemos testimoniar en relación con el imperialismo norte-americano. Así, pues, aunque el panhispanismo sea por ahora intelectual y económico, no deja de ser un imperialismo.

Se trata, y bien claro lo dijo Rueda en su delirio poético, «de crear la inmensa Hispania», a su vez traduciendo

una expresión «la más grande Alemania», de un imperialista germano tan significado como Bulow, equivalente a la «greater Britain», de los panbritanistas.

Claro está, y el propio Altamira pone buen cuidado en decirlo, que esa campaña de regeneración y en pro de la «afirmación de la influencia espiritual» española en América debe entenderse muy alejada de «la idea suicida de un desquite militar o de un renacimiento del imperialismo como al fin vino a provocar la predicación de Fichte»; pero cierto es que el imperialismo adopta diversas formas, y que el nuevo sentimiento expansivo español, sin poder hoy soñar con dominaciones militares, se polariza por ahora hacia la afirmación o permanencia de la influencia hispana en este continente, o sea, hacia una «rehispanización tranquila» o un «neoimperialismo manso». Su falta de carácter militar sólo depende de la falta de medios militares. Dadle a España fuerzas incontrastables y se arrojará prontamente, como todas las naciones fuertes, en brazos del imperialismo más rudo.

Y ante este fenómeno social de la vida española ¿debemos los hispano-americanos encogernos de hombros? ¿no debemos analizar la importancia, valor, finalidad y trascendencia del «panhispanismo» por lo que a nosotros respecta?»

¿Nos conviene ser o no sujetos pasivos del mismo? ¿Debemos resistirlo o abandonarnos a él? ¿Podemos hacer una o otra cosa?

Suicida sería el olvido del problema, y estamos satisfechos de haber afrontado su examen de frente y sin rodeos,

aun a trueque de acarrearlos la enemiga, no ya de la colonia española, cuyos intereses materiales y morales son los mismos nuestros, sino la de algunos directores de la misma, mal avenidos aquí como los politicastros de allá, con todo lo que signifique modernización, americanismo y cambio de horizontes.

Estúdiase el problema desapasionadamente en la pluralidad de sus fases, que, especialmente en Cuba, tiene un gran significado para su civilización futura y la orientación de su actividad social. Examínense los aspectos complejos de esos datos proteccionistas y de esos intercambios profesionales y de la fuerza del idioma y hasta de la de la raza.

Hasta la de la raza, sí; porque, después de todo, ¿existe acaso una raza española? (págs. 5-10)

### LO QUE ESTÁ DEBAJO

La frase está hecha, y hecha por el propio Dr. Altamira. Además de sus palabras de fraternidad, después de su generosa campaña de intercambio intelectual, tras de sus arranques de sano patriotismo español aún hay más, y este *más*, él mismo lo ha dicho al terminar su oración salutaría en la Universidad de La Habana, este *más...* es LO QUE ESTÁ DEBAJO, *lo que él no tenía necesidad de decir porque todos lo entendíamos perfectamente*. Y en efecto, todos hemos creído entenderlo.

Acabábamos de oírle una hermosa conferencia, una sincera y fervorosa confesión de las culpas españolas, de admirar lo preciso de su frase, lo severo de su dicción, lo científicamente nutrido de su vocabulario, lo vigoroso de sus entusiasmos, la férrea fortaleza de sus convicciones americanistas y la generosidad y fe de su apostolado. Habíamos saboreado previamente las páginas de su estudio de la *Psicología del pueblo español*, pura y emocionante oración pronunciada ante el cuerpo de la patria enferma, sajada por sus mejores hijos, los escritores de esa llamada *literatura del desengaño*, que tan patrióticamente aplicaron el bisturí a las tristes lacerías de la nacionalidad hispana tras el desastre colonial, y conocíamos sus escritos de propaganda coleccionados bajo el título de *España en América*, amén de otros trabajos académicos y jurídicos, hermosos blasones del profesor ovetense.

Y porque lo sabíamos no nos ha extrañado que tras de su saludo augural, cuando iba a terminar, rematara su discurso con una expresión que ciertamente chocó con el resto de su conferencia de altruismo, de amor y de pura y estricta intelectualidad.

Dijo que bajo el calor que él procuró dar a su frase, bajo el fuego de su entusiasmo había algo más, que no acertaba a explicar su frase modestamente tildada de torpe y que ello era LO QUE ESTABA DEBAJO.

Y ¿qué es lo que está debajo?

Ignoramos para qué tuvo el Dr. Altamira el buen cuidado de fulminar el dictado de loco y de vano contra el

equivoco, por qué sintió —como él mismo dijo— la necesidad de explicar con lujo de detalles y de fervorosas protestas de positivismo idealismo la índole de su misión de estricta docencia; por qué llegó a prever la posibilidad de interpretaciones inspiradas por la *ignorancia* o *malicia* —fueron sus palabras— si al final de su conferencia había de caer de la altitud de su purísimo magisterio intelectual en un triste equivoco, en una elocuente negación de su idealidad pedagógica, lanzando esa frase que a estas horas es presa de todas las interpretaciones, no solas las de la ignorancia y de la malicia, sino también las de la mentalidad y el sentimiento cubanos.

Porque —hay que decirlo sin rodeos ni ambages— o esa frase es huera, y suponerlo así sería gratuita ofensa a la acerada cerebración del señor Altamira, o quiere decir mucho, algo que precisamente por ser mucho temió decir de golpe y descarnadamente el profesor de Oviedo.

Decir que aún ha podido expresar más, *lo que está debajo* de sus caldeadas frases, y decirlo tras de cantar la virtualidad coherente y nacionalista del lenguaje, apenas acaba de aludir briosamente a la *enfermedad imperialista que padecen varias naciones y de la que ya está curada España*, y después de santificar con noble y justa insistencia los hondos sentimientos hispano-americanos de personalidad, de soberanía y de independencia, es decir de modo que todos —fueron también sus palabras— *podíamos entenderlo perfectamente*, que su misión americanista, no es sólo uno de tantos abrazos de acendrado, sincero y

maternal cariño, no sólo una comunión espiritual de madre e hija en una sola hostia de tristezas y de idealismo sino un grito de alarma contra la acción intensa, constante y fuerte del pueblo norteamericano, una sugestión de alianza con España para apuntalar el viejo solar ibero, resquebrajado por la acción de las edades que corren y por los embates de las civilizaciones de más juventud y lozana fuerza. Fue aquel final la expresión mal velada y doliente del honrado y sabio español que teme el pronto advenimiento de un Santiago intelectual, y que no ignora que, en este país al menos, con más o menos sinceridad y fe, pero con indubitadas tenacidad y fuerza, a la luz del sol o en las sombras de la timidez o de la hipocresía, sigue y continúa la lucha separatista por la deshispanización de este pueblo, apoyado hoy en la paz como ayer en la manigua por la acción y el SUGESTIVO EJEMPLO (palabras del señor Altamira en una de sus obras) mental, económico y cívico de los Estados Unidos.

Y véase, pues, *lo que hay debajo* de la salutación profesoral que acabamos de oír.

El Dr. Altamira no ha creído prudente explicárnoslo hoy, pero nos lo enseñaron anticipadamente sus obras. Otro día llegaremos al análisis de éstas y observaremos cómo por una altruista paradoja, concebible tan solo en un cerebro poderoso y en un corazón de amores, como son los del honroso huésped, ha podido éste llegar al apostolado de la *americanización de España* y de la *reespañolización de América* en un sentido amplio de estas frases, si así

se quiere, pero en el sentido literal que ellas encierran, como en su día habremos de ver.

Bástenos hoy recoger la frase del catedrático español y repetir con él, que hay algo además de lo que ha dicho, y es *lo que está debajo*, a la vez que le enviamos muy cordial bienvenida y un sincero testimonio de admiración, que le auguramos el éxito científico que su fama se merece y que –sin más título para ello que ser admiradores de la España joven y discípulos de sus hombres mentales nuevos– le sugerimos la conveniencia para su triunfo científico en Cuba, de huir de reticencias, equívocos y anfibologías que bastarían para esterilizar los laudables esfuerzos de su predicación generosa y civilizadora. (págs. 64-67)

LA REESPAÑOLIZACIÓN DE AMÉRICA  
(*Réplica abierta al profesor señor Dr. R. Altamira*)

SEÑOR Y MAESTRO:

En una carta que no es cortés porque es algo más, amabilísima en extremo, me decís que no podéis aceptar la interpretación que di al final de vuestro discurso, donde os referisteis a *lo que estaba debajo* de vuestras palabras y vehemencias.

«El párrafo final –decísme literalmente– fue una manifestación de pura, sincera y espontánea modestia y respondía a mi no fingido temor de que, a pesar de haber

procurado decir las cosas fundamentales de mi discurso lo más clara y precisamente posible, no hubiese acertado a conseguirlo.

Estimé entonces la palabra como lo que es, un puro signo de expresión *por bajo* del cual queda la idea que ella quiere hacer palpable, y me encomendaba a la cultura del auditorio para que ayudase con su interpretación inteligente a ver las ideas que yo había querido exponer y que quizá, no obstante mis esfuerzos, no habían salido bastante al exterior y quedaban entregadas a la intuición de los presentes, debajo del signo. Fue, pues, referencia a lo dicho en todo el cuerpo del discurso y no reticencia por cosas no dichas».

Sea. Pues que vos así nos lo aseguráis. Creamos que el final de aquel vuestro discurso no encerraba reticencias ni anfibologías. Nadie como vos mismo, de mentalidad positivista, puede apreciar en todo su valor subjetivo el sentido de vuestras propias frases.

Pero, al mismo tiempo, convengamos en que su valor objetivo fue muy otro partiendo del sentido literal de aquellas palabras, de sus relaciones inmediatas con la invocación a la fuerza nacionalista del idioma, con la maldición airada a la llamada enfermedad imperialista y con el himno a la soberanía e independencia de las repúblicas latino-americanas, y en relación no menos atendible con el ambiente, saturado de iberismo decadentista.

Porque —y esto no lo escribo para vos que sois maestro— las palabras, aparte de su significado gramaticalmente



propio, pocas veces indubitado e indiscutible, pese a los esfuerzos de vetustas academias, tienen otras significaciones diversas; una, la que le da el que las pronuncia en el vocabulario en el cual han cristalizado, acaso desde la niñez, con matices subjetivamente especialísimos y hasta originales; otra, la que las voces reciben cuando se lanzan al espíritu de los oyentes y bullen no sólo en el crisol cerebral de cada individuo, sino en el más complejo y poco estudiado de la muchedumbre y de la colectividad.

Por eso, si nos basta la honrada protesta de vuestra carta, consciente además por ser de quien es, para juzgar el sentido personal y subjetivo del remate de aquella salutación universitaria, no puede, sin embargo, llevarnos a convicciones distintas cuando tamizamos ese párrafo a través del ambiente y deducimos su valor objetivo. O lo que es lo mismo: creemos aún no sólo que nuestra interpretación estaba y está justificada, sino que —aun cuando ella después de la aludida carta no puede ceñirse a dicho párrafo concreto— está en consonancia con el espíritu que os anima, ilustre profesor ovetense, y con vuestro idealismo integral, fruto bello del patriotismo español, bello aun cuando morderlo significaría para nosotros la maldición de Jehová y la expulsión del paraíso americano.

En efecto, vuestro viaje ha sido precedido por una constante algarada hispanista en nuestro suelo: se ha llegado a decir, con blasfemia que debió quemar los labios del réprobo que la pronunciara, que *Cuba siente ya nostalgia del pasado*; se ha cantado a las excelencias del idioma,

—como vos, señor Altamira, lo habéis hecho, aun cuando sin vuestra maestría; —se ha himnado a la fe en el porvenir inmediato y esplendoroso de una España joven, culta, trabajadora y viril, no como vos para estimular esfuerzos y fustigar apatías, sino para alucinarnos con la imagen lejana de una esperanza y de un futuro y distraernos de la contemplación imitativa de hechos próximos de realidad palpable y de un presente de esplendores; se ha predicado el olvido del pasado porque se sabe o intuye que el recuerdo del dolor produce la conciencia y que ésta, cuando es sana, nos hace huir de la fuente de nuestros males; se ha querido borrar la historia secular de nuestra fermentación separatista, de esa historia que, según vos y según todos, es la maestra de los pueblos, de esa historia a la que habéis consagrado vuestros nobles cariños mentales, de esa historia cuyo estudio vos queréis robustecer y fortificar y cuyas páginas quisieran ver quemadas algunos de los que se han erigido en heraldos vuestros, acaso para que desaparecieran con ellas sus nombres y la sangre y el légamo con que se escribieron, sin pensar que así se alejaban de vos mismo y eran, inconscientes, vuestros principales enemigos y los enemigos de sus compatriotas sensatos. Se ha llegado a las más absurdas y risibles paradojas; a querer clavar la enseña de la patria no en el mástil que le preparara un siglo revolucionario, sino en el asta misma que sostuvo el emblema colonial; a arrebatarnos las enseñanzas antiespañolas de nuestra modesta pero sustanciosa historia de rebeldía nacionalista, precisamente, dicen, para fortalecer

nuestra nacionalidad; a aislarnos del resto del mundo americano para, así lo aseguran, darnos una base granítica a la personalidad de nuestra república en América; a sugerirnos desprecios a pueblos maestros de civilización y de libertad, como medio, afirman, de que arraiguen en nosotros cultura intensa y honda democracia...

Se ha llegado, vos lo habréis visto ya, Dr. Altamira, a un período de insano, febril, morbosos y a veces péfido apostolado racista, a predicarse un nuevo evangelio de odios, que con frase precisa y significativa en este momento de nuestra evolución nacional me permito llamar el *racismo blanco*, no menos cierto y peligroso que el *racismo negro*. Toda la prensa española habla de la raza, de esa *raza* que vos, mente moderna y positivista, subrayáis en vuestros escritos para despojarla de ese espíritu abominable que aquí le dan todavía los sacerdotes de la reespañolización que no son de *alta mira* cual vos lo sois. Ante vos mismo, Rueda, un hispano trovador superviviente de aquella España medioeval de cristianos y de moros, de algaradas y caballerías, ha mortificado vuestro espíritu, por él incomprendido, de idealismo docente, cantando a las futuras cruzadas de los pueblos hispanos contra la impenitente morisma, digo, contra la *adusta gente extraña* y os ha hecho caudillo de pasiones ofensivas y Cid de una empresa de guerra, de espadas y de lanzas, ideales sí, pero heridoras al fin.

Decidnos pues, profesor Altamira, si a juzgar por el marco que los heraldos de la colonia hispana han puesto a

las hazañas vuestras no estaba justificadísima aquella por mí traducida general interpretación de *lo que estaba debajo de vuestro discurso y de vuestra empresa*; porque, o el cuadro en que os han encerrado desde antes que llegaseis a nuestro local ambiente *neoracista*, formado por negociantes y por poetas, es escenario apropiado a vuestras propagandas y harmónico como éstas, o, lo que muchos estiman, es un teatro de falsos personajes y de mentida trama en el que vos, grande y puro, no cabéis; por más que –y eso motiva también el equívoco, si le hay, y os perjudica– no lo habéis desmentido rotundamente, no lo habéis tratado como a vuestra alcurnia intelectual correspondía, desbaratando a tajos y mandobles de vuestro adorable quijotismo de ideales toda esa farándula racista, pobre retablo pintarrajeado de Maese Pedro que, ese sí, siente las nostalgias del pasado colonial, retablo de la soberanía domeñada, del resquemor mal reprimido.

Pero de todo ello no sois vos la causa, por más que os hagan servir para intensificar sus efectos; y ciertamente, conociéndoos de antaño, ya de cuando estudiaba en los escaños de universidades españolas, acaso hubiera dudado muy mucho en lanzar la impugnada interpretación basándome sólo en el contexto integral de vuestro discurso y mucho menos en los clamores racistas de una colonia española que os agasaja sólo por español y no por sabio, puesto que no os conoce, ni os ha leído jamás, ni conserva vuestros libros, ni se inspira en vuestros pensamientos, ni sabía siquiera de vuestra existencia antes que los redobles

periodísticos llamaran a la formación patrioter; hubiera dudado, digo, si mi interpretación, que objetivamente mantengo, aun cuando la reconozco como subjetivamente inexacta, no tuviese una base más sólida, cual es la estratificación de ideas que la lectura de vuestros propios escritos de propaganda formó en mi mente.

No sois nuevo, a fe mía, en el palenque hispanista; siempre habéis mirado por encima del raquitismo gubernamental español en estas cuestiones, y os disteis pronta conciencia de la fuerza inmensa que España olvida en las que fueron sus Indias. Vencido el pueblo que hegemonizó Castilla, sin poder soñar con el desquite ni con expansiones coloniales, difícil y arduo como ha poco se ha visto el quimérico ensueño africano, buscasteis antes que otros, para España, nuevo porvenir; la vuelta a América, aprovechando las naturales ventajas que para otro pueblo o *raza* serían desde luego razón de segura victoria, para reaccionar contra el secular desafecto político de América y para asentar de nuevo una acción de intensa y extensa influencia española, en este nuevo mundo. Y que le dais importancia al problema, lo dice este vuestro párrafo: «Nuestra influencia en América es la última carta que nos queda por jugar en la dudosa partida de nuestro porvenir como grupo humano; y ese juego no admite espera»<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> P. 39 del libro colección de artículos titulado *España en América*. Las demás páginas que se citan en este artículo son del mismo libro.

Urgente estimáis esa empresa que llamaremos, con permiso vuestro porque no voy a desnaturalizar la palabra, de *reespañolización de América*. «Unos y otros (nativos hispano-americanos o colonos españoles) saben el peligro que corre allí nuestro idioma, y con el idioma todo el sentido de nuestra civilización; la escasa influencia de *nuestros escritores científicos*, y en algunas partes hasta de los literarios, vencida y aun arrollada por la de los alemanes y franceses; los trabajos que para la penetración intelectual verifican y de cada día refuerzan más los norteamericanos y los italianos, y por todo esto, consideran la cuestión grave y urgente» (págs. 37 y 38). «Mi reciente paso por Francia, mis conversaciones con profesores de este país y de los Estados Unidos, han venido a afirmarme en mis temores. Hay que reaccionar pronto y con toda la intensidad de que seamos capaces» (pág. 31). Sobre todo, Dr. Altamira, os alarmasteis justamente por la acción norteamericana, como puede ver quien lea el prólogo y el magistral capítulo titulado *La influencia norteamericana*, que lamento no poder incluir en estas páginas; alarma tanto más justificada cuanto que conocéis el positivo valor intelectual de ese pueblo que todavía vuestros compatriotas creen de tocineros, ya que «insistís en afirmar que en la enseñanza y en todo el movimiento intelectual de la república yanqui todos tenemos bastantes cosas que aprender» (pág. 57), frase ésta de pluma española que causará no confesada sorpresa en los americanóforos de estos trópicos.

Sabíais que el americanismo español, tiene un aspecto no intelectual sino económico reflejado en libros como los de Rahola, Olascoaga, etc. y que así como éste choca con el obstáculo material de la característica mercantil de España, así el aspecto que es peculiar a vuestro americanismo, lucha con un inconveniente intelectual, el de la característica de la enseñanza española, tal como es, pues que no pueden aún desnaturalizarla excepciones admirables como la de vuestro ejemplo, y como la conciben los hispanoamericanos y aun los mismos españoles, aquellos diciendo con Ricardo Palma, el gran literato peruano y Valentín Letelier, el notable lingüista chileno, «que nada quieren con la España inculta, estancada en su progreso y reaccionaria en su política, porque otra cosa sería contradecir los mismos principios de vida de las repúblicas americanas» (pág. 48) y estos, los españoles, diciendo por boca de Unamuno: «antes de pensar en atraer a nadie de fuera, debemos cuidarnos en modificar nuestro ambiente, liberalizándolo del todo» (pág. 49).

Y porque sabíais todo esto creísteis con razón que había ante todo que desbaratar la *leyenda* de la incultura española como medio de hacer viable nuestra empresa de «renovación y afianzamiento de la influencia espiritual española en América» (palabras del señor Rector de la Universidad de Oviedo) y creísteis más, creísteis que «España debe hacer algo por defender su acerbo ideal en América, *para librar a sus mismos colonos de una absorción que redundaría en perjuicio de ellos mismos y de la madre patria*» (pág. 70).

Y si todo esto lo dicen vuestros libros ¿no era natural, aun sin contar con la razón del ambiente y de la correlatividad con el resto del discurso, que todos creyeran que *lo que estaba debajo* de vuestras palabras, era precisamente lo que está en vuestros escritos?

Si en los libros que vuestra acerada pluma ha producido, se habla de *la honda decadencia nacional española*, así, con estas palabras de honrada franqueza, y se afirma que hay que influir en América porque esa influencia es *la última carta que juega España*, ¿por qué no podíamos ver en vuestras frases una reticencia patriótica hacia el viejo y resquebrajado solar ibero, una proclama a la alianza espiritual, una nueva cruzada española, santa para España pero nefasta para nosotros? Y si, en fin, escribís de *librar a los españoles emigrados de una absorción por el ambiente americano*, o, lo que es lo mismo, de impedir su plena fusión con nuestra masa social, logrando así un triste contraste con el pueblo triunfador norteamericano donde los inmigrantes son absorbidos y transformados al poco tiempo en ciudadanos libres y entusiastas de la patria nueva ¿por qué no hemos de prevenirnos contra esa campaña que ahonda nuestra fatídica desintegración social? ¿Por qué no hemos de ver con recelo esos esfuerzos por impedir que la masa inmigrante comulgue con nuestros ideales, se confunda con nuestros esfuerzos de progreso, de trabajo y de democracia americana, y se identifiquen con el pueblo que les da riqueza, albergue y cariños, pero que rechazará fiero, altivo e irreductible todo paso atrás, todo



movimiento de involución hacia la época de los *peninsulares* y *cubanos*?

La obra de *reespañolización* de América así acometida será obra patriótica para España, pero no será nada útil a estos pueblos que necesitan para salvarse de una fuerte integración de fuerzas y absorción de las más diversas energías en una dirección común.

Pensad, pues, si no era justo nuestro consejo, y si no es humano, lógico y patriótico que mentes y corazones cubanos reaccionen contra la pretendida *reespañolización*, contra la epidemia reinante del *racismo blanco*, que os arrolla a vos mismo con pesar vuestro, y defiendan convencidos la fortaleza e intangibilidad de su ideal americano, que no por traducirse con expresión geográfica, deja de ser histórica y psicológicamente más preciso y claro que esa anticuada, falaz, equívoca y en esta tierra liberticida idea de la *raza*.

Pero sabemos –y aquí los que saben no quieren confesarlo– que venís en misión de intercambio y de reciprocidad, y que, por tanto, así como Costa y sus discípulos evangelizan la *europaización* de la decaída patria vuestra, así vos estimáis que esa palabra es demasiado estrecha «porque los Estados Unidos no son Europa» (pág. 167) pedís que se *humanice* y, especialmente, por la tarea que os ha tocado en la división del trabajo mental, laboráis por la *americanización de España*, cerrando así un círculo paradójico, cuyo análisis me permitiré intentar en siguientes escritos.

Por esto, por la inmaculada pureza de vuestra personalidad científica y por otra razón que paso a exponer, se os absolvió de toda culpa, aun por los peores intérpretes del consabido discurso, echándola toda sobre los que olvidando los fueros de la ciencia quisieron aherrojarla en el prostíbulo de sus ambiciones y despechos y hacerla servir de Celestina a sus torpes afanes.

Sí; la ilusión de varios compatriotas vuestros repatriados, la observación que hicisteis, más con el entusiasmo del evangelista que con el frío y objetivo lente del historiógrafo, de varios hechos que ocultaban su básica originalidad en las brumas de la lejanía, os hicieron creer a vos como a otros extranjeros, aun a escritores norteamericanos, que Cuba estaba ya *reespañolizada*, en el sentido que a esta palabra hemos dado.

Así pudisteis escribir que «el Centro asturiano acude con gran largueza entre otras a las necesidades de la *resurrección del espíritu hispanista en la población indígena de Cuba*» (pág. 26) e interpretasteis «la acogida a los marinos de la *Nautilus*, el proyectado monumento a Vara de Rey y los honores hechos por cubanos a Labra, *que jamás fue separatista*» (pág. 26) sin poder contar con el auxilio de la demopsicología cubana, que forzosamente desconocéis, ya que su definición científica la tenemos aún entre nosotros como muy remota. Así sostuvisteis que *Cuba es hoy más española que antes, porque su españolismo de hoy es más hondo, más verdadero, más espontáneo, más seguro y de raíz propia que el anterior a 1898* (pág. 27).

Justificada así la interpretación objetiva y no improvisada de vuestro discurso consabido, sirva esta carta de réplica a la vuestra con que me distinguisteis y al lector de exposición de uno de los dos aspectos que ofrece la misión universitaria ovetense.

Y sabed que en estas líneas sólo hay la expresión serena y reposada del espíritu cubano y de su sentido de vida en estos días, libre de todo apasionamiento hispanófilo, antes al contrario, inspirados en la más castiza hidalguía criolla que es orgullo cubano y que todos reconocemos deber a la buena gente de Castilla, y en el convencimiento adquirido por nuestra experiencia de que así España como Cuba, como los pueblos todos de Ibero-América, que toda la familia está bastante atrasada por defectuosidad troncal, debemos subir a los estratos de cultura contemporáneos con nuestro propio y constante esfuerzo y que una más íntima compenetración que la que fatalmente nos impuso nuestra formación originaria, lejos de beneficiarnos nos perjudicaría, porque la contemplación recíproca distraería nuestras modestas fuerzas de la observación de los modelos mejores y hasta de nuestro estudio introspectivo, porque obstaculizaría la precipitación de nuestros espíritus en cristales tanto más bellos cuanto más multiplicadas sean sus facetas, y porque intensificando en la economía mental de los pueblos hispano-americanos el espíritu español sin darnos nada nuevo, ya que ese lo arrastramos en nuestra vida psíquica, podríamos dar al olvido, aunque sólo un instante fuera, otro factor más

poderoso y más sentimentalmente simpático, más plástico pero más polícromo, unido históricamente a todos los instantes felices de la historia de estos pueblos, y de titánica, necesaria y fecunda trascendencia en el porvenir: el ideal panamericano, el alma toda de la libre América.

También la intelectualidad y el sentimiento de estos pueblos tiene y debe tener su doctrina de Monroe.

Os desea dicha imperecedera y bienandanzas. (págs. 68-80)

### LA PARADOJA

No es sólo de Altamira, es de todos los españoles que se llaman americanistas, de todos los que buscan en horizontes americanos gérmenes de nueva vida para España.

Tras del desastre de 1898, surgió entre los publicistas españoles aguerrida pléyade de heraldos de una joven España: Costa, Morote, Pardo Bazán, Altamira, Unamuno, Maeztu, Sales y Ferré... y muchos más; la flor de la mentalidad española, sus hijos más positivistas se consagraron a la patología de la enferma, a desentrañar las causales de su dolencia secular, a estudiar los caracteres sintomáticos de su anemia progresiva como único medio de poder con firmes y serios criterios emprender nuevo tratamiento terapéutico. Todos fulminaron maldiciones contra el analfabetismo que para Europa es endémico en España, el sur de Italia, Grecia, Turquía y demás países

meridionales; todos diagnosticaron la atrofia del sentido de progreso causada por alejamiento secular de los focos de cultura y se recetó la *europaización* a pasto, como fórmula que para España significaba vida moderna, tonificación, rejuvenecimiento, subida a los estratos superiores de la civilización contemporánea.

Pero apenas pasó aquella ola de sana profilaxis y oxigenación, tan pronto como terminó su ciclo la llamada *literatura del desengaño*, empezaron a contarse algunos escritores que creyendo conveniente imprimir al alma hispana nuevos idealismos, a la vez que insistían en fustigar los vicios patrios, en la necesidad de vivir en la altitud de los pueblos más civilizados, predicaban como credo de la nueva cruzada la *vuelta a América*.

Pero ¿cómo? ¿de qué manera? No podía ya soñarse con desquite, ni siquiera con desplantes patrioterros. España, expulsada de América por la ineptitud de sus gobiernos y las arbitrariedades de sus virreyes, sólo podía volver a Indias, arrepentida de su pasado y adaptándose a los idealismos americanos, mensajera de cultura y heraldo de libertades.

Los desprecios y rencores seculares se trocaron en un furor amoroso llevado hasta el ridículo y la fuerza coherente de la raza y el idioma, que jamás sirvió de freno al desgobierno español, se sacó a relucir como señera patriótica, como nuncio de victorias futuras, como imposición histórica ante la cual la América latina debía forzosamente abrazarse a España y aborrecer el resto de la América, la

que no habla español, la que fue siempre a la vanguardia de las libertades republicanas y democráticas en ambos continentes.

Y entonces la prensa española que jamás se ocupó de los publicistas de este nuevo mundo, convirtiose en turiferaria de plumas ibero-americanas, aun de las más ruines y pedantescas. Había que convencer a América del maternal cariño de España, y la sonata americanista se repitió un día y otro día, llegó hasta el último organillo periodístico como antes se enronqueció canturreando aquella vulgarota e insulsa «Marcha de Cádiz» que sirvió de marcha fúnebre en los funerales del imperialismo español.

Llegose hasta soñar con la resurrección de la carcomida universidad de Salamanca para sede de una universidad hispano-americana... hasta lanzar al mundo, que pasa impávido, la proclama de una gran alianza de España con todas sus hijas, para resistir a la extraña gente que sólo es extraña y excita el odio de los impotentes por su mayor cultura y poderosa civilización.

Pero en medio de esta resurrección de quijotismos, algunos hubo de mentalidad avisada, como Labra y Altamira, que sin resistir la corriente en lo que tiene de neo imperialista, dejándose llevar por ella, impulsándola a veces y canalizándola por vías de menor insensatez, no dejaron de propagar allá en su propia tierra la necesidad de progresar, de *européizarse*, de modernizarse, hasta de recibir de la propia América hálitos de vigor y democracia. La tarea es noble para ellos: modernizar a España, darle todo

el nivel de la cultura intensa que le falta, acercarla a Europa y a los Estados Unidos, y al mismo tiempo, fortalecer el sentimiento hispanista en iberoamérica, hacer que en ésta perdure el espíritu de España y para ello alejarla de las otras influencias europeas y separarla de los Estados Unidos.

La labor de Altamira, con el análisis de sus libros, es bien clara en este sentido. Leed sus obras y veréis cómo en ellas refleja todo el terrible atraso popular de España, su analfabetismo, su delincuencia de sangre, su catolicismo medioeval, su intransigencia política, el raquitismo de su mente... y habla de los remedios a tanto mal, del peligro de desaparecer del concierto de los pueblos civilizados si no se reacciona pronto, de la urgencia de absorber sin miedo a intoxicaciones, cultura moderna, de la conveniencia de enviar juventud hispana a centros extranjeros, de airear, en fin, el enrarecido ambiente español.

Pero cuando Altamira y los que como él piensan se dirigen a la América castellana olvidan la gravedad del mal de España, y nos hablan de sus elementos buenos, de Cajal, de Dorado, de Galdós, de Sorolla y reclaman no sólo un sitio modesto, que nadie puede negarles ni les niega, en la obra de la cultura americana; sino que en él, desde ese humilde sitio pedagógico, lanzan a los cuatro vientos el grito de raza, exigen la colaboración de todos los latino-americanos, su alianza espiritual, y excomulgan, ingiriéndose en la política de aquende el Atlántico que ellos son incapaces de sentir, a los que en

estos países no creen en la virtualidad de esa huera palabra, falta de sentido en nuestros días, y reniegan de fraticidas luchas étnicas, fieles al ideal pan-americano que alienta desde uno a otro polo y que no puede ser encerrado en el anticuado y raquítico marco del actual sentimiento ibero.

Y en esto estriba la paradoja, en pretender *rehispanizar a América*, cuando ellos mismos confiesan que hay que *americanizar a España*; en pretender que el alma de España siga inspirando la vida total de la América liberada, cuando los españoles ilustres trabajan por vaciar el espíritu español en nuevos moldes, ya que de seguir como es inspiraría nuevos desastres y la catástrofe final. Y si esto es así, si España está, como nosotros, enferma ¿por qué quiere ser la higienista de América? ¿No sería más lógico que antes que a curas ajenas, atendiera a su propia curación?

¿Por qué, pues, no sana España de su quijotismo americano? ¿por qué en vez de estériles, peligrosas e infantiles algaradas y correrías americanistas no difunde en sus villorrios medioevales, en sus aldeas de dormidos labriegos, en sus provincias levíticas, toda la savia nueva de los Altamira? ¿Por qué España, en vez de pretender traernos cultura a nosotros, que no se la pedimos, porque la tomamos mejor de otros países, no gasta las energías de sus hijos buenos en elevar la cultura de su propio pueblo, que clama por la enseñanza? ¿Por qué quiere dar a América lo que no tiene para sus hijos? ¿Por qué si quiere colaborar



en la obra americana saturada de libertad, no empiece por mostrarse digna de su intención, abominando de crímenes políticos como el fusilamiento de Ferrer en pleno siglo XX? ¿Por qué, si quiere que defendamos su idioma, no trabaja porque todas las necesidades mentales de estos pueblos puedan satisfacerse con libros españoles? ¿Por qué si quiere pensar ideales al unísono con los de estas repúblicas, no derroca su rancia monarquía? ¿Por qué, si nos habla de cultura y de tolerancias, no se libra a sí misma de la losa clerical que la aplasta? ¿por qué si una y otra vez nos echa en cara la afrenta de unas carboneras, no ha sabido destruir en todo un siglo el baldón de un Gibraltar?

Desengañense los ilusos: ni España está para libros de caballerías, ni los ibero-americanos para sugestionarnos con tales consejos. Ella como nosotros estamos caídos, y de nuestro propio esfuerzo depende la vida futura. Los que saben de la decadencia española, no esperen que la América castellana haga nada por remediarla; ni tiene fuerzas para ello, ni ello es algo que vitalmente le importe. Trabajen los españoles sabios, por la *España nueva*, y trabajen en su propio solar, sin consumir vanamente sus fuerzas en caducos aunque endemoniados idealismos; disminuyan la ignorancia popular, vigoricen el anémico espíritu nacional, sacudan la podrida política teocrática, militarista y caciquil; aspiren a todo pulmón los aires del Pirineo, abran las puertas a la vida moderna; que así y sólo así podrán influir en Hispano-América, no con aren-

gas y trovas, sino como irradian su influjo los pueblos civilizados, con la mágica sugestión de la energía y del ejemplo. Porque el problema nuestro es el mismo que el de España, un problema de incultura y de parasitismo. Unos y otros debemos *septentrionalizarnos*, acercarnos al Norte. La europeización de España es en Cuba la *americanización*. Joaquín Costa, que es el primer europeizador de Iberia, sería aquí el primer americanizante y el Cristo crucificado por los farisaicos parásitos del patriotismo español.

No pierdan el tiempo los americanistas españoles, con vagas exhortaciones a la raza y al idioma. Si ellos mismos reconocen que Inglaterra, y los Estados Unidos, Alemania, Francia e Italia influyen ya más que España en el alma latino-americana, a pesar de sus idiomas extraños, recuerden asimismo que la razón de su influencia no es otra que su mayor cultura. Hagan fulgurar en España la antorcha de la civilización y no se verán preteridos, porque de seguir como hasta ahora no podrán inspirar cuando más, sino las morbosas o platónicas simpatías de un romanticismo político, pero no el amor engendrador de futuros vigos de vida.

Esa cruzada española por la raza y el idioma es una reconquista espiritual de América encubriendo una campaña de expansión mercantil, es una paradoja impotente aunque engañosa, es un mimetismo imperialista, es una utopía internacional, es un egoísmo idealizado, es la triste figura de Sancho con celada y con lanzón. (págs. 99-105)

## EL CABALLERO ENCANTADO Y LA MOZA ESQUIVA

### EPÍLOGO

#### *Carta íntima de América Andina a su hermana menor Juanita Antilla*

Buenos Aires, 25 de mayo de 1910

«MI ALEJADA JUANA, QUERIDA HERMANA MÍA:

«Hace tiempo que no te escribo y te sorprenderá sin duda saber de mí por mis propias palabras. ¡Perdóname, estamos tan lejos y son tan tardíos los correos!, ¡la familia está tan desparramada! Pero aunque con distinto apellido, hermanas somos al fin por parte de madre y justo es que nos queramos y contemos nuestras cosas. ¿Verdad?

He venido a esta gentil tierra argentina para regodearme con la contemplación de tanta hermosa fiesta como va a celebrarse por el centenario de la independencia, y no quiero pasar el día de hoy sin enviarte una parrafada sobre cosas que de muy cerca nos atañen y en las que tú, aunque pequeñuela, pudieras hacerme luz, si no la de tus pocos años, sí la de tu trabajada experiencia y accidentado vivir.

«No esperes, pues, que te hable de la gente del Plata, de su cultura y finezas, de sus Drago, Ingenieros, Vucetich, Ugarte, Bunge, Ramos Mejía, Piñeiro, Delfino, Reyna-Almando, y demás elegantes con quienes suelo ir muy oronda del brazo, ni de sus colosales *prensas y diarios* ni de otras muchas cosas que excitarían tu noble envidia. Voy a decirte, solo, cosas mías.

«Léeme con calma, apodérate bien de mi confidencia y dime luego a vuelta de correo lo que hayas pensado de ella.

«Te supongo enterada por nuestro antiguo amigo Don Benito Pérez Galdós, quien a pesar de no conocernos de vista sabe de viejo nuestras penas y alegrías y a menudo nos regala con las obras de su famoso ingenio, de la nueva locura que se ha apoderado de Carlitos de Tarsis, mas por si aún no lo estuvieras, ya que tú por tus rudas faenas case-ras apenas sí sabes nada de lo que ocurre fuera de tu bohío, voy a darte nuevas y antecedentes del mozo.

«Bien sabes tú, querida Juana, que años hace yo y tus otras hermanas mayores tuvimos la gran trapatiesta con mamá y por ello nos fuimos de la gran casa solariega en busca de paz y tranquilidad, mientras tú por golosa de azúcares te encerraste en la carbonera, no pudiste salir a tiempo y seguiste por años sufriendo las locuras y choche-ras de la pobre mamá, hasta que tanto fue su pataleo, que ya crecida, viéndote hermosa y cuitada, intervino un vecino y conocido nuestro que a la fuerza te sacó a vida de más plácido vivir.

«Durante bastantes años las hermanas que nos queda-mos por estas tierras, nada supimos de nuestra progenito-ra como no fueran disgustos y rencillas con las más *pacíficas* de nosotras precisamente, y el eco de tus gritos y escándalos: pero hete aquí que apenas tú te escapaste se nos presenta un recomendado de mamá, guapo joven —que majo sí lo es— rondándonos la reja, hablando nuestro len-guaje y diciéndonos palabritas más dulces que la miel.

«Ese es Carlitos de Tarsis, nuestro pariente, vástago último de un linaje de campanillas, con una porción de leones, castillos, barras y otros bártulos de heráldica que nosotros no hemos manejado jamás. Hoy está arruinado por obra de apoderados de mala fe y peor juicio, y aunque parece que hace esfuerzos por recobrar sus pasadas fortuna y energías, no ha podido desenredarse de la tupida red de compromisos en que lo tienen preso los Gaitanes, Gaitines y Gaitones, amigos muy cumplidos de D. Bálsamo y del Marqués de Torralbas de Sisones sus malhadados administradores y consejeros.

«Pues bien, en esta situación, se empeña en enamorarme y hacerme la corte, mas con tal súbito ahínco y premuroso afán que bien parece que ha de morir sin mi ternura.

«No me desagrade el galanteo. Tú sabes que a mi ventana vienen a festejarme mocitos de muy extrañas tierras, italianos artistas, franceses espirituales, alemanes rubicundos, ingleses acaudalados... muchos, demasiado, acaso, bastantes para hacerme parecer casquivana y de poco seso, si ello no fuera coqueteo inocente y hasta egoísta para entretener las murrias de estas soledades y aprovechar de los conocimientos y servicios que de sus simpatías yo saco, sin menoscabo de mi honesta soltería.

«No me desagrade el galanteo, digo, porque es de buen ver esa corte de un hidalgo, tanto más cuanto tú bien sabes que nos criaron cerca unas del otro y que tenemos muchas cosas que decirnos de nuestros años infantiles, cuando aún no teníamos apenas conciencia de nuestros actos. Nos con-

tamos historias y fábulas que a veces nos hacen palmotear de admiración y otras me ponen los pelos de punta. Nos reímos mucho y platicamos muy guapamente, que siempre fue placentero saber de nuestra infancia y hablar de sus años idos. Pero, hija, de esto al casorio va un abismo, y es cosa de pensarlo muy mucho, para no dar un mal paso.

«Ahora, aunque él está muy zalamero y me manda cartitas muy sentidas y versos acaramelados, y muchas rosas y clavellinas y hasta acaba de enviarme una alcurniada vejancona llena de alitajes y coloretes y varios campanudos amigotes para hablarme de su mal de amores; a pesar de todos estos arrumacos, ahora estamos de morros.

«Verás. Le asustan primeramente los otros caballeretes a quienes gusto y a quienes admito a mi reja, porque a mis años no es cosa de pensar en monjíos ni en novenarios, que bastantes achaques de penitencia sufrimos en la casa materna, ni tampoco es cosa de abandonar las tierras a la cizaña, cuando ellos —y Carlitos también, justo es decirlo— se apañan con mis gañanes y los míos para tener campos y pampas limpias de mala yerba y ricas de toda riqueza.

«Bastante miedo le tiene a italianos, alemanes e ingleses, más en especial a Samuel Johnson, bien conocido tuyo. Con éste, ya no es pavor, es odio carnicero. Hace años que este vecino nuestro, siendo un mocetón robusto como un atleta, tuvo conmigo rasgo tal de caballerosidad y cortesía que siempre lo he tenido después por amigo muy estimado. Figúrate tú que ello fue en una fiesta de diplomáticos. Yo apenas vestía de largo y casi por primera

vez entraba en un salón. El gentío era inmenso; podría decirse que estaba allí todo el mundo.

«Pero los que más se significaban eran nuestra pobre mamá, todavía rencorosa con nosotras, una comadre vecina de ella muy descocada y de libres modales, una esmirriada inglesa, uniformados tudescos, rusos barbilargos, en fin, la nata y flor de la sociedad.

«En esto, algunas de nosotras oímos el cuchicheo de ciertos señorones y encapotadas damas que reían de nuestros *cursis* atavíos y miraban los brillantones que lucíamos con orgullo juvenil. De pronto, una de nosotras notó que le habían dado un tirón a su escarcela mientras otra sufrió una indecente impertinencia de una lúbrica mano; chillaron, desmayáronse, mas antes que las pobres cayeran en brazos de aquellos desalmados, Samuel de un salto recogió a mis ofendidas hermanas, volviolas en sí y viéndonos a todas nosotras asustadas y juntas a su lado, y con ojos lúbricos y avarientos a los audaces, arremangose su casaca y gritó en tono viril: «¡Atrás y manos quedas, que yo las protejo!» ¡Guay de quien las toque un cabello!»

«El escándalo fue mayúsculo. Dijeron aquellos señores que no era correcto mostrar los puños en un sarao, insultaron al valiente joven..., pero nosotras, desde aquel entonces hemos sido respetadas por los que antaño no reconocían los fueros de la buena crianza, y vienen muy mansos y corteses a visitarnos.

«Después siempre que con algún mocito, y hasta con mamá y con nosotras mismas, hemos tenido disgustos y

dimes y diretes, el joven Johnson puso a nuestro lado sus buenos servicios y a veces la fuerza que heredara de su padre, el fuerte John, por su fortaleza llamado *El Toro*.

«Con tales antecedentes, dime tú, si no es justo que a Samuel otorgue algunas preferencias compatibles con mi recato y que me complazca en invitarlo a todas nuestras tertulias caseras e íntimas.

«Por otra parte, supe que Carlitos tuvo un reñido duelo con el joven diplomático; si no estoy equivocada, por causa tuya, del cual salió aquél mal herido y descalabrado; y ello, unido a lo otro, es razón bastante para que el celoso vencido no pueda ver con buenos ojos al afortunado rival.

«Y ya con todas estas palabras garabateadas, puedes comprender la verdadera posición en que me hallo.

«Carlitos está enfurruñado conmigo aunque lo disimule. Ha comprendido que he descubierto el móvil principal de sus afanes, más metalizado que atiborrado de poesía, como él mismo a nuestro amigo Pérez Galdós confesaba poco ha. Por eso está ahora desviviéndose por hacerme creer lo contrario con juramentos y pruebas de amor, que a veces no fueran dignas de hombre si el amor no cegara a sus víctimas, mas con tal fiebre y sobresalto de perderme por siempre que ha caído en delirio delirante tan original, que aquel amigo nuestro lo ha creído bueno para sus literarias y patrióticas enseñanzas. Y tiene razón el maestro.

«Léete *El caballero encantado*, que aparte su filosofía, a poco que te guste el hablar castizo (y tú, aunque como todas nosotras tengas el habla algo desaliñada, sabes bas-



tante del castellano por el mayor tiempo que te tuvieron en la escuela) pasarás ratos de muy grato solaz y esparcimiento de ánimo.

«Verás lo que masculla de mí el pobre caballero en su delirio, que estima encantamiento, quizás por impresiones de su infancia en que oyó hablar de brujas y baladros y supo de autos de fe con penitentes infamados por sambenitos y corozas.

«Me llama poéticamente *Cintia*, y se queja de mí; por supuesto, que comprenderás fácilmente cómo en este siglo no son posibles esas cosas sobrenaturales de los tiempos de ignorancia y supersticiones; pero Carlos se enfrasca en ellas y resuelve los casos más imposibles por virtud de artes de magia.

«Verás en *El caballero encantado*, cómo se encanta creyendo verme en un espejo, pero cómo dentro de su fantástica encarnación villana cae en barraganías y malos ayuntamientos en desprecio de mi recuerdo. Y cómo no anda muy desencaminado el pobre, cuando en esos momentos de introspección, cuando por virtud del ensueño puede mirar hacia dentro y ver su alma, se contempla en toda su debilidad creciente y le asalta la idea de regenerarse por el trabajo humilde, rudo y constante, ora en las aldehuelas castellanas, ora en la majada de la gregaria muchedumbre, ya en la cantera virginal que da los bloques de los palacios nuevos, ya en las propias ruinas de Numancia; y cómo esa idea, que es su confesión callada, la traduce en aventuras de delirio.

«Observa cómo comprende su pobretería intelectual y lo manifiesta en sus querencias a la Pascuala, maestra pública y encanto de parvulitos, y hasta en sus coloquios con el pobre Alquiborontifosio, personaje que sería real si no fuese como real soñado.

«Pero el despropósito más extraordinario y elocuente de su delirio es el de confundirme con Pascuala, la humilde y entendida hija de Matalebreras. Acaso sería Pascuala el recuerdo de un vivo amor muerto, cuando en él, a la vez que encarnó sus ansias de *libertad y cultura*, cristalizó también el ansia del amor mío. Porque Pascuala no es sino la *libertad de la cultura moderna*, cuyo deseo, en la soledad del enfermo, se aviva. Y así se comprende que no yo, que no su ideal *Cintia* pueda ser la presa del caciquismo español de los Gaitanes, Gaitines y Gaitones, ni sea la prenda que quieren robarle la burocracia del cerdoso secretario del Ayuntamiento de Calatañazor y el armado Regino tan fieramente acusado por Carlos.

«Este ve cómo a sus tierras regresan sus propios gañanes, después de trabajar en las mías y los encuentra mejor que antes, pulidos y de libres ideas, endomingados y con dinero; e intuitivamente cree ver en mí la fuente de la libertad, de la riqueza, de la instrucción y del urbano refinamiento que por las puertas se le entran cada día. Por eso me confunde con Pascuala. Y el equívoco es tan fuerte que hasta cuando el pobre Carlitos cree desencantarse cae en más profundo encantamiento, que sólo por grave turbación de la fiebre puede recuperar de nuevo mi recuerdo y suponer-

me unida indisolublemente a él y madre por él de un infante que su fantasía bautiza con el nombre de *Héspero*, en memoria de la Madre, de esa Madre ideal de que siempre él me habla, como Madre troncal de todos nosotros, como si en nuestro vagar tras de disensiones familiares no hubiésemos aprendido a rezar a otra, ídolo más poderoso y Madre de todas la Madres, a la Civilización Universal.

«Y ahora que sabes de mis intimidades, aconséjame tú. Dime si debo rendirme al infeliz enamorado, si he de despedir a mis amigos y admiradores, y si debo renunciar a mi rica libertad de rica hembra por una unión, casamente-ro antojo de nuestro pobre y alicaído primo.

«Te besa una y mil veces tu feliz hermana

«AMÉRICA ANDINA

## SEGUNDO

*Carta réplica confidencial de Juana a su hermana mayor,  
la bella Cintia*

Baracoa, 4 de julio de 1910

«MI NUNCA OLVIDADA HERMANA AMÉRICA:

«Hasta hoy no he recibido tu carta, y me felicito de ello porque a veces las cartas tardan más todavía en cruzar el Atlántico en el zigzag de las difíciles vías postales que nos *unen*.

«Además, hoy estamos de fiesta y jolgorio por estos barrios con motivo del cumpleaños de un vecino muy bullanguero que tú conoces, y tu carta viene a acrecentar mi regocijo y alegría.

«Yo estoy en esta villa donde se meció mi cuna, porque a fuerza de oír hablar de mi raza y de mi linaje ardo en deseos de aprender las hazañas de mis mayores y aquí he venido y me tienes rebuscando pergaminos y cronicones de Indias que sirvan de pasto a las llamas de mi estudioso afán. Apenas encuentro nada, pero sólo el buscarlo ya es alivio en espera de goces que vendrán.

Pero suspendo esta labor retrospectiva para dedicarte unos pliegos, que no menos necesito para contestar tu cariñosa carta.

Efectivamente, sabía ya del delirio que abrasa a nuestro infortunado primo el caballerete de Tarsis. Lo sabía por Pérez Galdós, cuya genialidad literaria me encanta, y por el propio Carlitos tenía barruntos del acceso, pues sabrás, querida América, que también me corteja a mí con igual ardor; como, por lo que leo, de igual manera hace carantoñas a todas las hermanas nuestras. ¡Habrás visto sultán! ¡Chica, cómo se conoce que la sangre mora le bulle en las venas...!

Excuso decirte algo de esas curiosas manifestaciones de la locura, que tú me cuentas y de las cosas de su encantamiento, que el bueno de Pérez Galdós llama *reales*, por seguirle la corriente al pobrecito, si bien se da el cuidado de llamarlas también *inverosímiles*.

Comprendo toda la ojeriza que Carlitos le guarda a *Sam*, como por aquí llamamos al vecino, y bien me la sé yo que he sido y sigo siendo aun víctima de mis simpatías por éste.

No voy a contarte el origen de mi amistad con *Sam*, pues ello sería largo e innecesario por demás sabido; pero sí te diré que no estoy descontenta de él, pues me sacó de aquel infierno, me lavó y puso vestido largo, combatió con éxito mis fiebres y demás enfermedades que tan horrorosa me tenían, saneó mis rentas, encarriló mi educación y, en fin, me presentó en sociedad como hija de buena familia y adoptada suya... y hasta en mi discípula majadería supo regañarme a tiempo y con dulzura y volverme de nuevo al buen camino. Si caigo, no será pues suya la culpa, te lo juro por mi porvenir, sino de esta hija de mi madre a la que apenas le caben en la cabeza tantas cosas grandes como ha sabido y visto de cerca después de su emancipación, y se aturulla a veces y sufre de convulsiones y vértigos.

Pues bien, Carlitos rabia que es un contento (si esto puede decirse así) cada vez que me ve ir del brazo con *Sam* por esos mundos de Dios, y hasta ha dado en el feo vicio de decir que esa compañía es de perdición y que ando en malos pasos y voy a condenarme si sigo usando de la amplia libertad americana que me permite pasear muy honradamente sola o con amigo honesto, sin hipócrita guardia de dueñas mercenarias o de parientes sin más útil ocupación.

«Y así voy viviendo, luchando por desterrar viejos resabios de mi niñez y adaptarme a la urbanización que el siglo me impone. Pero Carlitos me ha dado ya serios disgustos, pues su manía ha llegado ya al punto de que no puedo hacerle ninguna fineza sin que salga por ahí corriendo, saltando y haciendo cabriolas y dando zapateatas al aire como D. Quijote en Sierra Morena, diciendo a voz en grito que ya estamos casados y que rabie el cochino de *Sam* y que nos unamos más, y nos besemos mucho para que éste reviente de envidia y se vaya por otros barrios repudriéndose de celos, y otras cosas tan sin sentido que me hacen creer que si con *Cintia* está encantado el buen señor, conmigo está loco de remate *per in secula*.

«Y lo siento porque deberíamos ser muy buenos amigos, sin esos enfurruñamientos que ocasionan sus pueriles amoríos y si no fuese tan egoistón en sus quereres y gustase más de verme bonita como un sol, libre y sin ataduras de noviazgos, que echarían a perder la fragancia de mi hermosura.

«Y más le valiera a Carlitos dejarse por ahora de *vendernos listas* o pasearnos la calle, como dicen en su tierra, y decidirse a matrimoniar con Pascuala la sencillota y buena maestra de Matalebreras, buscándola bien para hallarla, porque aunque parezca figuración del delirio, real y muy real debe ser para que haya podido pintarse tan bien.

«Casado con Pascuala, Carlos sería pronto un hombre de provecho, el trabajo lo regeneraría de sus atavismos señoriales y hasta sus melosas palabras como tímidas hem-

bras, dejarían libre el paso a musculosos *fechos omes*, que son los que privan y nos encantan.

«El problema tuyo es, pues, en este sentido, tal cual el mío. No te cases ni con el rey; sé libre, guarda tu soltería que es tu mejor belleza, paliquea cuanto quieras con Carlos y hasta entretente con sus romanticismos, que no es malo mirar hacia atrás cuando sabemos marchar firmes hacia adelante; pero guárdate de permitirle irreverentes dichos, ni menos otras osadías comprometedoras. Óyele sus cuitas, aconséjale como tu saber te indique, quiérela por sus infortunios, que amar al prójimo es obra buena; más no enfríes tus afectos con otros galanes, que éstos son la alegría del vivir presente y la esperanza risueña del futuro.

«Así haré yo, si bien, naturalmente, más apegada que tú a mi amigo *Sam* por necesidades de más honda gratitud y próxima vecindad.

«Si por esto oyes decir a Carlos que he vendido mi honor, dile que miente, que pura sigo mi vivir honrado, alta y firme la mirada en el porvenir; angustiosa por la inexperiencia de mis pocos años, pero resuelta a morir antes que retroceder un paso. Mas si mi destino me hiciera refugiarme en casa ajena, sabe que sería como la humilde sierva que busca su honrado salario o como la casta prometida que orgullosa entra en el hogar del amante; pero jamás, y tú lo sabes bien que bien me comprendes, como la ramera vil que merca en la feria sus amores, pues aun cuando venderme quiso al hombre la que mi madre se lla-

maba, libre quedé y libre sigo, rogando a los Hados para que nos acrecienten nuestra riqueza y cultura y nos conserven por los siglos de los siglos la juventud preciosa de nuestra libertad.

«Te abraza y quiere mucho tu

«JUANA»

(págs. 321-334)





## BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV., *Rafael Altamira: biografía de un intelectual (1866-1951)*, Madrid, Fundación Francisco Giner de los Ríos, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2002.
- Alas, Leopoldo (*Clarín*), «Prólogo» a *Ariel* de José Enrique Rodó, Montevideo, Dornaleche y Reyes, 1900.
- Alberola, Armando, *Estudios sobre Rafael Altamira*, Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert y Caja de Ahorros Provincial de Alicante, 1987.
- Altamira, Rafael, *La enseñanza de la historia* (1895), Madrid, Akal, 1997.
- *El patriotismo y la Universidad*, «Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1898 a 1899», Imprenta de la Universidad Literaria de Oviedo, 1898.
- *Cuestiones hispanoamericanas*, Madrid, 1900. Archivo de la Residencia de Estudiantes (Madrid). Mecanoscrito del legado de Rafael Altamira.

- *Historia de España y de la civilización española* (Barcelona, Edit. Juan Gili, 1900-1911, 4 vols.), Barcelona, Crítica, 2001.
- «La vida nueva, III. Ariel», *Revista crítica de Historia y Literatura Española, Portuguesa e Hispanoamericana*, Madrid, enero-marzo 1900.
- «España y la literatura sud-americana», *Revista crítica de Historia y Literatura Española, Portuguesa e Hispanoamericana*, Madrid, agosto-octubre 1900.
- «Notas americanas», *Revista crítica de Historia y Literatura Española, Portuguesa e Hispanoamericana*, Madrid, 1901.
- *Psicología del pueblo español* (Barcelona, 1902), Madrid, Biblioteca Nueva, 1997.
- «Prólogo» a C. Bunge, *Nuestra América*, Barcelona, Imprenta de Henrich y Ca. Editores, 1903.
- «*La ciudad indiana*, de García», *Nuestro Tiempo*, junio de 1904.
- «Literatura histórica americana», *Nuestro Tiempo*, t. I, Madrid, 1904.
- *España en América*, Valencia, F. Sempere y Compañía, 1908.
- «Historia de la independencia de la América española», *Almanaque Bailly-Ballière*, Madrid, 1910.
- *Mi viaje a América*, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1911.
- «La obra americanista de la Universidad de Oviedo», *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias*, La Habana, julio de 1911.

- *Cuestiones internacionales: España, América y los Estados Unidos*, Madrid, Jaime Ratés, 1916.
- «La realidad de nuestra situación en América», *El Día*, Madrid, 15 de agosto de 1918.
- «Conferencias del Sr. Altamira en su Cátedra de la Universidad Central. Curso de 1919 a 1920»: *Beneficios producidos en América por la Colonización* (Resumen de las explicaciones de los días 8, 10 y 13 de octubre de 1919). Archivo de la Residencia de Estudiantes (Madrid). Mecanoscrito del legado de Rafael Altamira.
- *Trece años de labor americanista docente*, Madrid, E. Jiménez, 1920.
- *La política de España en América*, Valencia, Edeta, 1921.
- *Ideario político* (1921), Valencia, Biblioteca Valenciana, 2002.
- «La labor americanista de mi cátedra», *La Nación*, Buenos Aires, 1923.
- *La huella de España en América*, Madrid, Editorial Reus, 1924.
- «Prólogo» a Alcides Arguedas, *Raza de bronce*, Valencia, Editorial Prometeo, 1924. Reproducido en la edición de Antonio Lorente, *Raza de bronce. Wata Wuara*, Madrid, Colección Archivos, 1988.
- «Prólogo» a José Enrique Rodó, *Ariel*, ed. Cervantes, 1926.
- *Cómo concibo yo la finalidad del hispanoamericanismo*, conferencia pronunciada el día 20 de diciembre de

- 1926, en el Centro de Intercambio Intelectual Germano-Español, Madrid. Madrid, Blass S.A., 1927.
- «Trece años de labor docente americanista», *Revista de las Españas*, nº 5, Madrid, 1927.
  - *Monografías hispano-americanas*, Madrid, Compañía Iberoamericana de Publicaciones, 1928.
  - «El antihispanismo de hoy» (2 artículos), *La Nación*, Buenos Aires, noviembre de 1928.
  - *Últimos escritos americanistas*, Madrid, vol. X de las *Obras completas*, 1929. Archivo de la Residencia de Estudiantes (Madrid). Mecanoscrito del legado de Rafael Altamira.
  - *La enseñanza de las instituciones de América*, Madrid, Universidad de Madrid, Facultad de Derecho, 1933.
  - *Idea de una política actual hispanoamericana*, Madrid, Congreso de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias, Santiago de Compostela, 1934.
  - «La historia de la cultura importada por España en sus colonias de América y Oceanía», *La Nación*, Buenos Aires, noviembre de 1940.
  - *Análisis de la recopilación de las leyes de Indias de 1680*, Instituto de Historia del Derecho Argentino, Buenos Aires, 1941.
  - «La formación de los pueblos de España», *Cuadernos Americanos*, nº 6, México, 1945.
  - «Idioma propio, característica capital de la raza», *Diario de Yucatán*, noviembre de 1945.

- «Necesidad de la historia general de la enseñanza colonizadora», *La Nación*, Buenos Aires, octubre de 1946.
- «Prólogo» a Silvio Zarala *Filosofía de la conquista* (1947), Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 1994.
- *Los elementos de la civilización y del carácter españoles*, Buenos Aires, Losada, 1950.
- *Ensayo sobre Felipe II. Hombre de Estado* (México, UNAM-Instituto de Historia, 1950) Madrid, Gráficas Reunidas, 1959. Última edición: Alicante, Fundación Rafael Altamira, 1997.
- *Contribuciones a la historia municipal de América* (en colaboración), Comisión de Historia del IPGH, México, 1951.
- «Prólogo» a Carlos F. Lummis, *Los descubridores españoles del siglo XVI. Vindicación de la acción colonizadora en América*, Madrid, Ediciones Grech, 1987.
- Calvo Carilla, José Luis, *La cara oculta del 98. Místicos e intelectuales en la España de fin de siglo (1895-1902)*, Madrid, Cátedra, 1998.
- Coronas González, Santos M., *Dos estudios sobre Rafael Altamira*, Oviedo, Academia Asturiana de Jurisprudencia, 1999.
- Echeverría, Esteban, *Ojeada retrospectiva*, Montevideo, 1846; en Esteban Echeverría, *Dogma socialista y otras páginas políticas*, Buenos Aires, Ediciones Estrada, 1948.
- Fernández, Teodosio, «España y la cultura hispanoamericana tras el 98», en Lourdes Royano, (ed.), *Fuera del*

- olvido: Los escritores hispanoamericanos frente a 1898*, Santander, Universidad de Cantabria, 2000.
- «Arguedas en su contexto histórico. El regeneracionismo español», en Alcides Arguedas, *Raza de bronce. Wwata Wwara* (ed. de Antonio Lorente), Madrid, Colección Archivos, 1988, pp. 455-470.
- Fox, Inman, *La invención de España*, Madrid, Cátedra, 1997.
- Litvak, Lily, *España 1900. Modernismo, anarquismo y fin de siglo*, Barcelona, Anthropos, 1990.
- Mainer, José Carlos, *La edad de plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural*, Madrid, Cátedra, 1999 (5ª ed.).
- Martínez Cachero, José Mª, Luis Sela Sampil y Ramón Prieto Brances, *Homenaje a Rafael Altamira en su centenario (1866-1966)*, Oviedo, Secretariado de Publicaciones de la Universidad, 1967.
- Matamoro, Blas, «América y España en el 98: miradas recíprocas», en Lourdes Royano, (ed.), *Fuera del olvido: Los escritores hispanoamericanos frente a 1898*, Santander, Universidad de Cantabria, 2000.
- Mattalía, Sonia, *Modernidad y fin de siglo en Hispanoamérica*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1996.
- Melon Fernández, Santiago, *El viaje a América del profesor Altamira*, Oviedo, Publicaciones de la Universidad de Oviedo, 1987.
- Moreno Sáez, Francisco, *Rafael Altamira y Crevea (1866-1951)*, Valencia, Consell Valencià de Cultura, 1997.

- Ortiz, Fernando, *La reconquista de América. Reflexiones sobre el panhispanismo*, París, Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas, s.f. [1911].
- «Ni racismos ni xenofobias», en Jorge Schwartz, *Las vanguardias latinoamericanas. Textos programáticos y críticos*, Madrid, Cátedra, 1991. [Publicado en *Revista Bimestre Cubana* XXIV, 1 (enero-febrero, 1929), pp. 13-15]
- Palacio, Irene, *Rafael Altamira, un modelo de regeneracionismo educativo*, Alicante, Caja de Ahorros Provincial, 1987.
- Pan-Montojo, Juan (coord.), *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*, Madrid, Alianza, 1998.
- Pelosi, Hebe Carmen, «Rafael Altamira: historiador, jurista y literato», en *Estudios de Historia de España*, IV, Buenos Aires, Instituto de Historia de España, 1991.
- «La renovación histórica a través de Rafael Altamira», en *España y América 1492-1992, II. Actas del Congreso organizado por los Departamentos de Historia y Letras en conmemoración del V Centenario del Descubrimiento de América*, Buenos Aires, 1993, pp. 495-517.
- «Hispanismo y americanismo en Rafael Altamira», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, II Época, num. 22, mayo 1995.
- Ramos, Vicente, *Palabra y pensamiento de Rafael Altamira*, Caja de Ahorros de Alicante y Murcia, 1987.



- Retamar, Roberto, «Modernismo, 98, subdesarrollo», *Para una teoría de la literatura hispanoamericana y otras aproximaciones*, La Habana, Casa de las Américas, 1975, pp. 97-106.
- Royano, Lourdes (ed.), *Fuera del olvido: Los escritores hispanoamericanos frente a 1898*, Santander, Universidad de Cantabria, 2000.
- Rovira, José Carlos, *Identidad cultural y literatura*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1992.
- et al., *José Martí: historia y literatura ante el fin del siglo XIX*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante/Casa de las Américas, 1997.
- Tabanera García, Nuria, «El horizonte americano en el imaginario español, 1898-1930», *E.I.A.L.*, vol. 8, n° 2, julio-diciembre de 1997.
- Ugarte, Manuel, *La nación latinoamericana*, compilación, prólogo, notas y cronología de Norberto Galasso, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1987.
- Unamuno, Miguel de, «Don Quijote y Bolívar», en *Obras selectas*, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, 1986.
- Vaquero Iglesias, Julio Antonio, «El americanismo de Rafael Altamira y el programa americanista de la Universidad de Oviedo», ponencia presentada en el VI Encuentro de Latinoamericanistas Españoles (29, 30 de septiembre y 1 de octubre de 1997, Universidad Complutense de Madrid). Publicado como recurso electrónico (URL: <http://www.ucm.es/info/cecal/encuentr/areas/pensamie/1pe/vaquero>)

- Varona, Enrique José, «El fracaso colonial de España», compilación, prólogo y cronología de Leopoldo Zea, *Pensamiento positivista latinoamericano*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980, Tomo II, pp. 377-404.
- Viñalet, Ricardo, *Fernando Ortiz ante las secuelas del 98*, La Habana, Fundación Fernando Ortiz, 2001.
- Zavala, Silvio y Javier Malagón, *Rafael Altamira y Crevea. El historiador y el hombre*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 1986.



## CUADERNOS PUBLICADOS

1. OSORIO TEJEDA, Nelson, *Las letras hispanoamericanas en el siglo XIX*, prólogo de José Carlos Rovira, Cuadernos de América sin nombre, nº 1, Alicante, Universidad de Alicante / Editorial Universidad de Santiago, 2000.
2. HACHIM LARA, Luis, *Tres estudios sobre el pensamiento crítico de la ilustración americana*, prólogo de Nelson Osorio, Cuadernos de América sin nombre, nº 2, Alicante, Universidad de Alicante / Editorial Universidad de Santiago, 2000.
3. MATAIX AZUAR, Remedios, *Para una teoría de la cultura: la expresión americana de José Lezama Lima*, prólogo de José Carlos Rovira, Cuadernos de América sin nombre, nº 3, Alicante, Universidad de Alicante, 2000.
4. MENDIOLA OÑATE, Pedro, *Buenos Aires entre dos calles. Breve panorama de la vanguardia poética argentina*, prólogo de Remedios Mataix, Cuadernos de América sin nombre, nº 4, Alicante, Universidad de Alicante, 2001.

5. GARCÍA IRLES, Mónica, *Recuperación mítica y mestizaje cultural en la obra de Gioconda Belli*, prólogo de Carmen Alemany, Cuadernos de América sin nombre, nº 5, Alicante, Universidad de Alicante, 2001.
6. PASTOR, Brígida, *El discurso de Gertrudis Gómez de Avellaneda: identidad femenina y otredad*, prólogo de Nara Araújo, Cuadernos de América sin nombre, nº 6, Alicante, Universidad de Alicante, 2002.
7. VV.AA., *Desafíos de la ficción*, prólogo de Eduardo Becerra, Cuadernos de América sin nombre, nº 7, Alicante, Universidad de Alicante, 2002.







Universitat d'Alacant  
Universidad de Alicante